

Pies para que te tengo

Testimonios de personas venezolanas
refugiadas y migrantes

RED CLAMOR NOVIEMBRE 2020



Producción y redacción:

Andrea Bolaños Vargas
Consultora e investigadora

Silvia García García
Yolanda DosRamos
Asistentes de Investigación

Este documento es publicado por la Red Clamor
con el apoyo del Alto Comisionado de las Naciones Unidas
para los Refugiados - ACNUR



A todas y cada una de las
personas que relataron
sus historias...
sus recorridos...
sus pedacitos de vida.
Por las sonrisas y las lágrimas
que compartieron, por los
agradecimientos que dieron...
por su valor,
su fortaleza y su valentía*.

* Los nombres y datos de las personas que aparecen en los relatos de este informe han sido modificados, esto con el objetivo de preservar su identidad y confidencialidad.

Pies para que te tengo

Testimonios de
personas venezolanas
refugiadas y migrantes

Contenido

Una bitácora para el viaje 6

El punto de partida 10

Los sentimientos contradictorios... 12
Las gracias son pocas... 13

Análisis transversales 14

Condiciones de vulnerabilidad 14
Las niñas y los niños: casos de reunificación familiar 14
La xenofobia 18
Los mitos que sustentan la xenofobia 19

Tramo uno Las causas de la salida 21

Violencia política 22
Violencia generalizada. Razones de seguridad 24
Las violencias y riesgos para las personas de la Fuerza Pública 24
Violencias silenciosas. Los derechos económicos, sociales y culturales. 25
Salud 25
Alimentación 27
Educación 27

Tramo dos Rutas de tránsito 29

Como se naturalizan la xenofobia, la discriminación y la violencia 31
Colombia 32
Trocha Maracaibo – Maicao: “extorsiones y personas armadas”. 33
Las personas “Caminantes”: “pies para que te tengo” (sic). 34
Violencia de género en las rutas de tránsito 36
La trata de personas y la violencia sexual en las rutas 37
Ecuador: “El caso de Ibarra nos marcó el camino” 37
De Perú a Chile... otras violencias 38

Tramo tres Ciudades de acogida 41

“No sabíamos a que nos enfrentábamos, qué nos esperaba”. La sorpresa 42
Las oportunidades 44
Las redes de apoyo: Las organizaciones, la iglesia, la comunidad 44
Espacios seguros para los niños y las niñas 46
Inclusión laboral y social 47
Acceso a salud 48

Tramo cuatro Los retos se hacen evidentes 51

La xenofobia el primero de ellos 53
Violencia de género 54
Violencia contra niñas y niños en las ciudades de acogida 58
Los derechos económicos, sociales y culturales 61

Recomendaciones 69

Corolario 75

Referencias bibliográficas 78

Prefacio

“Amen al extranjero porque fueron extranjeros en la tierra de Egipto”.
(Dt. 10,19)

Querida hermana, querido hermano, que tienes este libro en tus manos, ojalá que los pasajes de estos testimonios te lleguen al corazón, porque este libro quiere mover los corazones, de todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Hay muchas personas que, perteneciendo a cualquier Iglesia o religión, o aún sin formar parte de un grupo creyente, son sensibles al dolor humano y son capaces de tender la mano a las personas refugiadas y migrantes. Aquí se nos presentan los testimonios de algunas de las muchas personas refugiadas y migrantes venezolanas en el momento actual, pero sus palabras nos pueden conmover en favor de personas en esta situación de cualquier región del mundo. Los creyentes sabemos que los corazones altruistas son movidos por el mismo Espíritu que quiere mover a los creyentes.

Y si este libro cae en manos de autoridades de cualquier país de destino de las personas refugiadas y migrantes venezolanas, podrá encontrar motivaciones para favorecer las políticas convenientes para abrir los brazos de su nación a quienes traen un cúmulo de riqueza con su cultura y con su trabajo, para hacer prosperar a su país. Al mismo tiempo, puede motivarles a una sana política internacional, apoyada en el necesario diálogo entre las autoridades de cada nación, pues todos nos necesitamos unos a otros, *“porque estamos todos en la misma barca”*. Por otra parte, urge desde la política dar un nuevo rumbo a la economía para que podamos tener un verdadero desarrollo integral, una economía al servicio de todas las personas y no sólo de unas cuantas.

Este libro en manos de los educadores y de todos los más involucrados en la promoción de la cultura, al contacto con los testimonios de estas personas, pueden ellos y ellas encontrar motivación para trabajar en favor de una educación que fomente la cultura de la apertura a la sana convivencia intercultural. Porque este mundo globalizado en el que vivimos debe aprender a tirar los muros que nos separan y a crear puentes de encuentro para enriquecernos unos con otros.

Y este libro debe llegar a manos de todas las personas, para que estemos convencidas plenamente de que las personas refugiadas y migrantes venezolanas son nuestras hermanas, y que millones de ellas están viviendo un éxodo imparable, como no se había visto en ninguna época ni en ningún lugar. Este libro debe motivar aún más a quienes ya se dedican al servicio de las personas refugiadas y migrantes, pero también debe sensibilizar a todos los bautizados, porque esta pastoral debe ser un servicio sinodal de una Iglesia que comprende que la dimensión de este drama requiere del compromiso de todos los creyentes en una pastoral organizada en líneas transversales. Tengamos presente que cada persona refugiada y migrante es otro Cristo encarnado que espera nuestra mano fraternal (cf. Mt. 25, 35. 43).

A todos nos incomodan los números que terminan por decirnos poco o nada sobre el desplazamiento forzado. Seamos prójimos del hermano necesitado como el buen samaritano del Evangelio (cf. Lc. 10, 25-37), y aproximémonos al corazón de las personas que aquí nos ofrecen sus testimonios para conocer un poco más y tocar al Cristo que vive en ellos y ellas.

La Sagrada Familia de Nazaret, que tuvo que huir emigrando a Egipto, bendiga y proteja en su camino a todas las familias refugiadas y migrantes, y a todas las familias separadas por el desplazamiento forzado.

Gustavo Rodríguez Vega
Arzobispo de Yucatán
Presidente de la Red CLAMOR

* Mensaje del Papa Francisco del 27 de marzo del 2020.

Una bitácora para el viaje

Entre agosto y diciembre de 2019, la Red Clamor realizó la investigación “Pies para que te tengo”¹. La investigación tuvo acceso a más de 200 testimonios de personas venezolanas refugiadas y migrantes en diferentes países de América Latina². Se recorrieron cuatro países: Colombia, Ecuador, Panamá y Perú y se visitaron 11 ciudades: Maicao, Riohacha, Ciénaga, Barranquilla, Cali y Cúcuta en Colombia; Quito y Tulcán en Ecuador; Ciudad de Panamá en Panamá; y Lima y Tumbes en Perú. La investigación, además, recogió testimonios de personas venezolanas refugiadas y migrantes en Argentina, Chile, República Dominicana y México.

La información proporcionada por las entrevistas se cruzó con informes de la Plataforma Regional de Coordinación Interagencial para Refugiados y Migrantes de Venezuela (R4V), de organizaciones nacionales e internacionales que trabajan con población refugiada y migrante y de diferentes agencias y/o programas de Naciones Unidas, como el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), la Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos (OACNUDH), la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), el Fondo de las Naciones Unidas para la Niñez y la Infancia (UNICEF), y el Programa Conjunto de las Naciones Unidas sobre el VIH/sida (ONUSIDA), entre otros.

La investigación tuvo como objetivo recoger y darle voz a las personas refugiadas y migrantes, visibilizar sus sentimientos, las situaciones que han tenido que enfrentar y cómo las han afrontado. El Informe aborda, en cuatro tramos de una travesía, las oportunidades, los retos y riesgos que viven las personas venezolanas refugiadas y migran-

tes durante la ruta de tránsito y en las diferentes ciudades de acogida.

Análisis Transversales, evidencia aquellas situaciones y/o violencias que viven las personas refugiadas y migrantes desde su salida de Venezuela. Entre ellas están: la profundización de las *Condiciones de Vulnerabilidad*, que en algunos casos existían ya desde sus lugares de origen. Esta situación afecta de manera diferenciada a niñas, niños y adolescentes, mujeres embarazadas, personas con discapacidad, personas adultas mayores, personas pertenecientes a pueblos indígenas y afrodescendientes y a personas con orientación sexual e identidad de género diversa, entre otras, exponiéndolas a mayores riesgos y situaciones de violencia, abuso, discriminación y xenofobia. Los casos de *Reunificación Familiar*, algunos de madres que han decidido viajar solas y dejar a sus hijos o hijas



en Venezuela, obligadas por la necesidad económica, por buscar una solución para la alimentación de sus familias o por razones de seguridad. *La xenofobia*, desafortunadamente, presente en todo el proceso de movilidad humana de las personas refugiadas y migrantes venezolanas en toda América Latina. Tanto en las diferentes rutas de tránsito, como en las ciudades y países de acogida, las personas refugiadas y migrantes venezolanas han sido estigmatizadas, la cual se ha manifestado de diversas formas: violencia física y psicológica, discursos de odio y discriminación intencionada, encubierta y estructural.

El viaje comienza en el tramo llamado **Las Causas de la Salida**, el cual retoma las diferentes razones que, manifestaron las personas entrevistadas, dieron paso a su salida de Venezuela: *La Violencia Política*, *la Violencia generalizada* -u otras razones de seguridad-, y la precariedad y dificultad de acceso a los servicios y derechos humanos

esenciales, como: *Salud, Alimentación y Educación*.

Continuamos con el recorrido a través de las **Rutas de Tránsito**. Los desafíos, los riesgos y los retos que todas las personas venezolanas refugiadas y migrantes tuvieron y/o han tenido que enfrentar durante su desplazamiento por América Latina, especialmente América del Sur. El cómo muchas personas naturalizaron la discriminación y la xenofobia en contra de ellas. La discriminación y violencia que se manifestó durante los diferentes trayectos y países en forma de extorsiones, robos, violencia de género, trata de personas y violencia sexual.

Al llegar a las **Ciudades de Acogida**, la siguiente parada del informe, se rescatan las voces en el encuentro por lo “nuevo”, por aquello que se espera, pero no se conoce, por aquello que se imaginó versus lo que se encontró: “*No sabíamos a que nos enfrentábamos, qué nos esperaba*”. La sorpresa, cargada de retos, pero también de oportuni-

¹ Expresión que utilizan las personas venezolanas para indicar que están listas para salir y emprender sin demora un camino, proyecto. Frase utilizada durante los testimonios compartidos.

² 122 mujeres, 57 hombres, 23 personas LGBTI+.

dades. Oportunidades como las redes de apoyo, las organizaciones, la iglesia y las comunidades; espacios de encuentro como: los comedores, los albergues, Espacios de Apoyo y los espacios seguros para niños y niñas, entre otros; algunas oportunidades de inclusión social y laboral y oportunidades en el acceso a la salud. En este apartado también encontramos los retos que enfrentan las personas venezolanas refugiadas y migrantes. La violencia de género, la estigmatización por ser mujer venezolana; la explotación sexual en el contexto de la movilidad que sufren mujeres, niñas y personas LGBTI+; la violencia en contra de las niñas y los niños, los intentos de robos, de tráfico y el “alquiler” de niñas y niños; y las precarias condiciones de vida que dificultan un pleno disfrute de los derechos económicos, sociales y culturales como sus necesidades básicas de subsistencia.

Tal y como se reseña en el apartado *Los retos que se hacen evidentes* al llegar a las ciudades de acogida o durante el tránsito, las personas refugiadas y migrantes venezolanas han encontrado obstáculos en su integración social, la creación y fortalecimiento de redes de apoyo, pero sobre todo se han enfrentado a la vulnerabilidad en la inclusión laboral. En casi toda América Latina, las personas venezolanas refugiadas y migrantes han entrado al mercado de la informalidad, a la venta ambulante, al trabajo como personas independientes y en otros casos con contratos formales pero con condiciones disímiles a los nacionales de cada país. Algunas de estas personas se encuentran en situación de calle como consecuencia de la vulnerabilidad en la inclusión laboral y el bajo nivel de ingresos.

Al respecto, como se señala en el apartado *Trabajo en condiciones dignas*, el Informe del BBVA sobre la integración económica de las personas refugiadas y migrantes venezolanas en el Perú afirma: que el 89% de las personas que trabajan de manera dependiente no tiene contratos, el 76% trabaja en empresas pequeñas, que tienden a ser informales y el 97% no tiene seguro de salud brindado por el empleador (BBVA, 2019).

Esta situación no es exclusiva del Perú. Como se ha evidenciado, esta situación es similar e impacta de diversas maneras a las personas refugiadas y migrantes venezolanas a lo largo de América Latina. El no tener una fuente

de ingreso formal, justa y de manera regular afecta de manera directa a su acceso a vivienda digna, muchas veces obligándolas a vivir en condiciones de hacinamiento o de precariedad, a su capacidad de alimentarse y alimentar a su familia con los alimentos básicos y a su acceso a la salud y educación de sus hijos e hijas.

Entre febrero y marzo de 2020, el virus SARS-CoV-2 que ha afectado a gran parte del planeta llegó a América Latina. Entre las medidas tomadas por los Estados de la región está el confinamiento o imposición de cuarentena obligatoria, lo que ha impactado en la población en general, pero de manera particular y diferenciada a las personas refugiadas y migrantes, dadas las condiciones de precariedad en el empleo, en la vivienda, en la alimentación y de acceso a la salud que ya enfrentaban.

Un estudio realizado por la Universidad del Pacífico en el Perú y que hace parte de la campaña “Historias que Inspiran” muestra que para el 15 de julio el 43%, de las personas refugiadas y migrantes venezolanas, habían perdido su trabajo; el 49% sufría riesgo de desalojo, el 5% no contaba con recursos económicos para comprar productos de primera necesidad y el 10% había sufrido hambre durante la cuarentena (Feline Freier, Los refugiados y el COVID-19, 2020).

El estudio también coincide en que entre las razones por las que las personas refugiadas y migrantes venezolanas están en una mayor condición de vulnerabilidad están: 1. La mayor informalidad a la que se enfrentan en comparación con los nacionales de cada país; 2. La ausencia de redes familiares y de contactos cercanos para enfrentar psicológicamente la crisis y 3. Su estatus migratorio, que en muchos casos no ha sido resuelto por las autoridades competentes de cada país. (Feline Freier, Los refugiados y el COVID-19, 2020).

La COVID-19 y las medidas de confinamiento o cuarentena, no solo han tenido un costo económico importante, sino también un impacto directo en la salud mental y emocional de las personas, familias y niñas y niños refugiados y migrantes. El sentirse solos y solas, no tener a quién recurrir ha impactado de manera negativa; su estadía irregular, impacta de manera directa al miedo de acudir a los hospitales, centros médicos o “postas” para atenderse en

caso de necesidad; el miedo, angustia o estrés en caso de necesidad de asistencia médica se une y ahonda la depresión y ansiedad que enfrentan muchas de las personas venezolanas en condición de movilidad en América Latina. En abril de 2020, el 41% de personas refugiadas y migrantes venezolanas, que participaron en un estudio de la Universidad del Pacífico del Perú, mostraron señales de ansiedad y el 29%, de depresión (Feline Freier, 2020.)

Durante estos meses de pandemia se pudo establecer contacto con algunas personas refugiadas y migrantes que participaron en esta investigación las cuales expusieron que el efecto de la pandemia ha sido muy fuerte. La pérdida de la fuente de ingreso, de alimentación básica, los desalojos, la falta de ingresos para cubrir servicios públicos y las deudas que continúan acumulándose, son algunas de las dificultades que enfrentan en los países de acogida.

Muy pocas de las personas contactadas manifestaron que están buscando volver a su país. Es claro que allá, enfrentan o enfrentarán otros retos, muchos tienen vivienda propia que dejaron al salir y sobre todo tienen una red familiar en la cual apoyarse.

Debido a la pandemia aquí en Lima, Perú, [la situación] ha sido muy compleja porque se nos ha puesto difícil por el tema de la cuarentena. Yo siendo padre de familia tuve que tomar la decisión de salir de Lima porque no hay trabajo y tomé la decisión de irme caminado desde Lima hasta la frontera de Ecuador perdiendo cola en mulas. (...) En el camino conocimos padres con sus bebés de meses hasta niños pequeños de 2 años y 3 años caminando, también. (Entrevista vía WhatsApp, junio 2020)

A pesar de la dura situación muchas personas refugiadas y migrantes de Venezuela, atendidas por organizaciones que pertenecen a la Red Clamor y otros actores, afirman que no pueden y/o no quieren volver a su país de origen. Inclusive algunas personas que regresan se enfrentan a situaciones de discriminación.

Los traumas, las experiencias y los riesgos a las que se han visto expuestas antes de la pandemia de COVID-19 se evidencian a través de los relatos. Según sus propios testimonios, es importante que se conozcan y escuchen sus voces.

El punto de partida

Para noviembre de 2020, más de 5 millones de personas venezolanas habían salido de su país hacia diferentes países del mundo. En América Latina se concentra más del 80% de la población refugiada y migrante de Venezuela. Colombia ha recibido cerca de 1.8 millón de personas; le sigue Perú con más de 1 millón, Chile con 455.494 y Ecuador con 417.199, entre otros. Estas cifras son oficiales de los gobiernos, las cuales incluyen personas que se han regularizado en alguno de los sistemas nacionales, han solicitado la condición de refugiado o son actualmente refugiadas. Los Estados no necesariamente incluyen en sus cifras las personas sin un estatus migratorio regular³ (R4V, 2020).

Con base en esto, se puede afirmar que el número de personas que han cruzado las fronteras pueden ser mucho mayor al reportado por las cifras oficiales de los gobiernos. Esto, también, tiene sustento en diversas fuentes (R4V, 2020).

La investigación se desarrolló entre agosto y diciembre de 2019. Durante esos meses se tuvo la oportunidad de visitar, escuchar y compartir con más de 200 personas venezolanas refugiadas y migrantes en diferentes países de América Latina. La mayoría de las personas entrevistadas al momento de la entrevista eran adultas. Se visitaron cuatro países: Colombia, Ecuador, Panamá y Perú. Se recorrieron 11 ciudades: Maicao, Riohacha, Ciénaga, Barranquilla, Cali y Cúcuta en Colombia; Quito y Tulcán en Ecuador; Ciudad de Panamá en Panamá; y Lima y Tumbes en Perú. Se tuvo comunicación, además, con personas venezola-

nas refugiadas y migrantes en Argentina, Chile, República Dominicana y México.

Durante la investigación, algunos países de la región habían impuesto como requisito, a las personas de nacionalidad venezolana, la visa para el ingreso a su territorio. Ese fue el caso del Ecuador (26 de agosto de 2019). Por ello del grupo de personas refugiadas y migrantes en tránsito a quienes se entrevistó en Tulcán, el 80% habían cruzado



la frontera por pasos irregulares. El comedor de la Pastoral Social seguía recibiendo el mismo promedio de personas diariamente, cerca de 200 incluyendo niñas y niños. Las organizaciones manifestaron que las cifras de personas refugiadas y migrantes en tránsito no había disminuido de manera importante desde la solicitud de la visa.

El presente informe se basa primordialmente en los testimonios y relatos recogidos durante los meses de trabajo de campo. Se realizaron entrevistas individuales y grupos focales de discusión con personas refugiadas y migrantes de Venezuela, así como entrevistas a informantes claves en los diferentes países de acogida. La información se cru-

zó con informes de la Plataforma Regional de Coordinación Interagencial para Refugiados y Migrantes de Venezuela (R4V), de organizaciones nacionales e internacionales que trabajan con población refugiada y migrante, y de diferentes agencias y/o programas de Naciones Unidas, como el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), la Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos (OACNUDH), la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), el Fondo de las Naciones Unidas para la Niñez y la Infancia (UNICEF), y el Programa Conjunto de las Naciones Unidas sobre el VIH/sida (ONUSIDA), entre otros.

³ Última actualización 5 de octubre 2020, R4V.info. "Esta cifra representa la suma de migrantes, refugiados y solicitantes de asilo venezolanos reportados por los gobiernos anfitriones No necesariamente implica identificación individual, ni registro de cada individuo, e incluye un grado de estimación, según la metodología de procesamiento de datos estadísticos utilizada por cada gobierno. Como muchas de las fuentes de los gobiernos no toman en cuenta a venezolanos sin un estatus migratorio regular, es probable que el número total sea más alto." R4V.info: <https://r4v.info/es/situations/platform>

Durante la investigación se recalcó que las personas entrevistadas en este ejercicio se han visto obligadas a vivir y enfrentar cada situación de manera diferente y lo han afrontado de la mejor manera posible de acuerdo a sus circunstancias.

Los sentimientos contradictorios...

“Personalmente, para mí cruzar la frontera, psicológicamente fue fuerte.

Yo me acuerdo que iba cruzando el puente en Cúcuta, y yo miraba hacia atrás y me quería devolver.

Yo miraba mi bandera perderse a lo lejos y era un nudo en la garganta”. (Grupo Focal, 2019)

¿Salir o no salir? “Nunca quise salir de mi país, porque nunca consideré a Colombia como un destino para mí, no me gustaba, pero aquí estoy” (Grupo Focal, 2019). Sí, acá, allá y más allá están millones de personas venezolanas refugiadas y migrantes caminando o asentándose, buscando protección y una oportunidad de vida dejando atrás sus familias, alegría, sonrisas y también dolores y nostalgias.

Yo iba muy asustada. Cuando uno sale, uno atraviesa un duelo, porque dejamos todas nuestras comodidades, mi familia. Yo nunca me había separado de mi mamá, de mi familia, a pesar de que yo vivía aparte, yo tenía muchas emociones, me quería reencontrar con mi esposo, pero estaba dejando todo”. (Grupo Focal, 2019)

El decidir salir de su propio país nunca es sencillo. Muchas de las personas que compartieron su testimonio afirmaron que “empacaron su vida en una maleta”⁴, cargándola con ilusiones y también dolores, sin saber a ciencia cierta a donde iban y mucho menos con qué se iban a encontrar, por el camino o en la ciudad en la que llegaron para quedarse. “No es fácil salir de tu país sin saber lo que te va a esperar (...) porque nos venimos a aventurar, a ver qué podíamos conseguir, y no ha sido nada fácil”. (Grupo Focal, 2019)

Viajé con muchas ilusiones, por mi profesión pensé que iba a poder trabajar y ayudar a mi familia. Todas esas ilusiones, con el tiempo se fueron derrumbando. Salí con una maleta llena de ilusiones y llegué con una bolsa llena de desilusiones. (Relato 07, 2019)

“Si uno supiera lo que iba a enfrentar, tal vez no hubiera salido”, han dicho algunas personas, pero luego al mirar al horizonte afirman que no regresarían a su país de origen a pesar de los retos que deben enfrentar con los procesos de regularización e integración en su nuevo destino. “Allá no teníamos que comer, acá por lo menos tenemos las tres comidas, con 5 dólares podemos comprar algo para comer”.

Como les dije, yo nunca había salido de mi tierra. El problema era que yo no había enfrentado lo que era realmente una migración. Ya después que yo pasé todo ese trayecto y yo llego aquí, yo digo, o sea, volver. Yo creo que sería, por extrema obligación, pero no volvería a exponer a mis hijos a eso. (Grupo Focal, 2019)

No querer salir, pero verse obligado a hacerlo porque no hay otra opción para salvar la vida.

Esa noche el pueblo fue atacado por tanquetas de la Guardia Nacional, hubo un pequeño enfrentamiento en el puente, con gases lacrimógenos, disparando sin saber a dónde, salieron afectados muchos niños por los gases. En la madrugada me llamaron y me dijeron que tenía que salir del municipio con mi familia. Salimos como si fuéramos delincuentes, recogimos lo más que pudimos y hasta dejamos la casa abierta, por los nervios. (Relato 64, 2019)

Las gracias son pocas...

En medio de relatos que transmiten un “ya no podemos más”, que están a punto de rendirse, que están agotadas de no tener oportunidades de trabajo decente⁵, de vivir en situación de calle, de sufrir robo, ser extorsionadas, engañadas, de ser violentadas y acosadas sexualmente, de sufrir discriminación por su orientación sexual e identidad de género diversa, por el limitado acceso a la salud o a la educación, de ser estigmatizadas y sufrir de discriminación y xenofobia, lo que nos han enseñado, lo que nos siguen enseñando las personas venezolanas, es FORTALEZA. Esa fortaleza que evidencian los procesos desplazamiento forzado o migración. Esa fuerza por la vida que han tenido y demostrado las personas venezolanas en estos más de dos años de éxodo masivo.

Resulta difícil vernos al espejo, vernos como las otras personas nos ven. Darnos cuenta de nuestras fortalezas o debilidades. A algunas de las personas venezolanas no les ha sido fácil verse en ese espejo y reconocerse. Algunas personas venezolanas piden disculpas...

De verdad, disculpas por invadir su espacio. Nosotros estamos invadiendo un espacio, que no fue algo porque nosotros quisiéramos. No. De verdad que nos tocó porque no teníamos otra opción. No es porque queremos, sino es porque no teníamos otra opción”. (Grupo Focal, 2019)

Esta coyuntura, este proceso de desplazamiento de la población venezolana, ha significado retos para todos y todas. Para las personas refugiadas y migrantes, para los Estados, para las ciudades y comunidades de acogida, para las personas de cada pueblo, municipio y ciudad, para las organizaciones sociales, para las organizaciones de la iglesia y para los organismos internacionales. “Es que esta migración masiva nos tomó por sorpresa y nos ha tocado organizarnos desde el aprendizaje diario” compartió, mientras íbamos a una entrevista, una de las organizaciones que integra la Red Clamor.

Tal vez por eso a todas nos ha costado vernos en el espejo y descubrir que todo ha sido un aprendizaje con aciertos, retos y lecciones aprendidas.

Ellos y ellas, las personas refugiadas y migrantes están agradecidas:

A las organizaciones. Yo creo que no nombraría porque hay muchas (...) son ellas las que más nos han escuchado, las que más nos han apoyado. No sé (...) pero de verdad, les damos muchas gracias por estar ahí. Por hacernos la vida aquí un poquito más fácil. Porque de pronto, por la ayuda que nos hayan dado, o la ayuda que nos hayan prestado en algún momento (...) Y bueno. Las gracias son pocas. (Grupo Focal, 2019)

Nosotras y nosotros, quienes de una u otra manera les acogemos, les acompañamos, les escuchamos o simplemente les miramos, también deberíamos estarlo... su ejemplo de templanza y fortaleza hace que les debamos responder: Las gracias son mutuas.

4 “Dios tiene un propósito con cada uno de los venezolanos que decidimos emigrar. Porque nos echamos un país en una maleta. Un país en un bolso”. (Grupo Focal, 2019)

5 <http://www.oit.org/global/topics/decent-work/lang--es/index.htm>

Análisis transversales

Condiciones de vulnerabilidad

Las personas refugiadas y migrantes venezolanas, como se detallará más adelante, han sufrido una precarización en sus condiciones de vida desde sus lugares de origen. Estas condiciones han tenido un impacto directo en su calidad de vida y en sus derechos al acceso a la alimentación, a la salud y a la educación, entre muchos otros. También, en muchos casos han visto afectada su seguridad personal y familiar.

Esta profundización de las condiciones de vulnerabilidad durante el proceso de desplazamiento y éxodo masivo que afecta de manera diferenciada a las mujeres exponiéndolas a mayores riesgos y situaciones de violencia, abuso, discriminación y xenofobia, ya que en muchas ocasiones son las mujeres las que salen y se hacen cargo de sus hijos e hijas y las personas mayores de su familia.

Soy venezolana. Decidí un día levantarme, porque tengo un hijo de 15 años, una hija de 13 años y mi mamá de 78 años a mi cargo porque mi papá falleció hace tres años. Yo madre soltera y embarazada, decidí un día levantarme y venirme a Ecuador.

Cuando salí de Venezuela no tenía el dinero para el pasaje, nos vinimos pidiendo colas hasta San Antonio del Táchira. En San Antonio pasé las fronteras, llegué a Cúcuta y de ahí nos vinimos caminando por todas las selvas de Colombia, por todas sus carreteras, hasta llegar a Ipiales.

Por el camino conseguimos, gracias a Dios, a personas que nos daban algo de comida, un sandwichito o algo, y con eso alimentaba a los niños. Yo continuaba. Nos bañábamos en los ríos porque el calor era muy fuerte. Tanto caminar. Así llegamos a un re-

fugio que encontramos en el camino, pero yo preferí dormir afuera y no adentro, porque nos habían dicho que ahí era peligroso. Entonces dormí afuera con mis hijos, como lo hice durante todo el viaje, dormíamos en las carreteras. Les tendía una sábana y allí dormían. (...) Mis hijos me decían, “mamá, tú estás segura de lo que estamos haciendo”. Y yo le decía: “sí hijo, vamos a llegar a Ecuador y allá nos va a ir bien”. Sin saber si así iba a ser, pero tenía que ser fuerte. Y así continuamos (...) poquito a poquito fuimos avanzando, duramos 21 días para llegar a Rumichaca.

Cuando llegamos a Ipiales me di cuenta de que estaba ahí mismo Rumichaca. Fue una alegría enorme, porque es duro caminar embarazada. Estaba botando el líquido amniótico por el camino y con el riesgo de dar a luz porque ya tenía siete meses de embarazo. Mi mamá es diabética e hipertensa, ya le habían dado tres infartos coronarios y se cansaba demasiado. Estuvo a punto de regresar.

Cuando llegué a Rumichaca, me arrodillé y le di gracias a Dios de estar ahí. Los pies los teníamos destrozados, toditos. Ahí senté a mi mamá y a mis dos hijos y me puse a pedir dinero por todo el parque, para llevarles pan y jocotes. (Relato 30, 2019)

Las niñas y los niños: casos de reunificación familiar

Sea por necesidad económica, por buscar una solución para la alimentación de sus hijos e hijas o por razones de seguridad, algunas madres han decidido viajar solas y dejar a sus hijos o hijas en Venezuela, mientras ellas emprenden camino hacia sus nuevas ciudades de acogida. Traba-



jar siendo madres en otra ciudad no es fácil. “¿Con quién dejas a tus hijos/as mientras trabajas? “Por eso pensamos que frente a lo desconocido lo mejor era dejar a nuestros hijos con sus abuelas”, compartieron dos primas que decidieron salir juntas desde Venezuela.

“No fue ni ha sido una decisión fácil” relata una de ellas. En otro caso afirmaban que los dejaban con las abuelas porque pensaban que pudiendo trabajar podían mandar dinero y así sus hijas e hijos iban a estar mejor.

Por supuesto viajar sin sus hijos e hijas les ha enfrentado a diversos riesgos.

En Lima, nosotras empezamos a trabajar y ya estábamos enviando 100 o 150 soles (45 USD) para Venezuela, pero no alcanzaba, los niños (que seguían en Venezuela) empezaron a bajar de peso. La mamá de mi hermana nos habló y nos dijo que nos iban a suspender del refugio donde vivíamos antes de salir, porque nos acusaban de abandono del país y tra-

ción a la patria. Que teníamos que traernos a los niños o se los iban a quitar”. (Relato 66, 2019)

Pero la reunificación familiar en el contexto de movilidad humana no es fácil. Particularmente en el de las personas refugiadas y migrantes venezolanas en el que las familias están disgregadas por diferentes países y ciudades; en el que mujeres y familias han tenido que atravesar diferentes países y afrontar largos trayectos.

En el anhelo por la reunificación con sus hijos, las mujeres trabajan largas jornadas y en algunos casos no comen, para ahorrar lo suficiente para poder mandar a buscarlos. En otros, contactan a organizaciones internacionales o humanitarias buscando ayuda y en muchos casos las mujeres emprenden viajes de vuelta en búsqueda del reencuentro.

Con esa llamada fue que empezó todo. Me puse a llorar y le dije: “Hoy es el día, aunque sea caminando nos vamos”. Decidimos regresar desde Lima, com-

En busca de mamá

Logré reunir cien dólares y se los envié a mi hijo mayor. Los envié a Maicao, un 24 de enero, porque mi hijo me decía que él se quería venir, que ya no aguantaba más tiempo sin verme. Que, si no, él se iba a matar junto con sus hermanos. Entonces yo le puse el dinero para que se viniera. Con ese dinero, ellos salieron el 24 de enero de allá y llegaron hasta Cartagena. Y ahí me dijo, mamá, ¿sigo caminando? Yo le dije no. Quédate ahí hasta que yo pueda conseguir más dinero. Quédate en el terminal de Cartagena.

Nos comunicábamos por el Facebook. Fui a la misión Scalabriniana y me prestaron un teléfono, me contacté con mi hermano y él me dijo que ellos estaban en Cartagena todavía, mi hijo de 17 años con sus dos hermanos.

Luego de eso, los tres estuvieron tres días desaparecidos. Y yo aquí (en Quito, Ecuador) mortificada, no sabía qué hacer, si irme para Colombia o quedarme aquí.

En eso, por Facebook salió un video, de una tractomula con los tres niños que venían en busca de su mamá. Me contacté con el señor por el Facebook, me dio un número para comunicarme y me dijo que mis hijos estaban bien, que no me preocupara. Él me contó que los agarró caminando en una autopista de Cartagena, a los tres niños. Que el menor, el de cuatro años, venía muy mal, con los pies reventados. Tuvo que comprarle unas chanclas y curarlo. También les dio comida. Me

dijo: 'Yo no soy una persona mala' y me pasó a mi hijo mayor. Cuando lo escuché me dijo 'mami estamos bien'. Y que él tenía que venirse a Ecuador porque querían verme. Que el de ocho años, no quería comer ni nada, solo quería abrazarme.

El señor de la tractomula es de Medellín. Él los dejó en Pasto, les pagó el pasaje para que llegaran a Ipiales. Ahí fui a recogerlos, a Ipiales, llegaron a media noche. Recuerdo que estaba lloviendo en Rumi-chaca. Yo me desesperé porque no los encontraba, empecé a gritar y me metieron a inmigración. Ahí me llamó una amiga desde acá de Ecuador y me dijo que escribieron por mi Facebook, yo lo había dejado abierto, porque no tenía teléfono, y que mis hijos estaban en una aldea infantil de Ipiales y que estaban bien. Era media noche, pero yo quería irme caminando para allá. Necesitaba ver a mis hijos. Pero el policía no me dejó. A las 5 de la mañana me escapé y me fui. Empecé a preguntar por todo Ipiales dónde quedaba una aldea infantil, un señor en un taxi me llevó hasta la aldea. La aldea la abrían a las 7 de la mañana, me quedé afuera esperando.

No puedo explicar lo que pasó cuando vi a mis hijos. Como que volviéramos a nacer. De allí me los traje. De nuevo me apoyó mucho el Consejo Noruego. Nos llevaron a dormir a un hotel en Tulcán y me dieron 80 dólares para llegar hasta acá. (Relato 38, 2019)



pramos los pasajes hasta Huaquillas. Nuestro objetivo era llegar a Cúcuta y que ahí nos llevarían a los niños. Pero nos dijeron que si salíamos de Ecuador no podíamos sellar en seis meses, entonces ya no nos fuimos hasta allá y nos quedamos en Tulcán. Cuando nosotras salimos de Perú estaban dando las ayudas, las madres con niños o embarazadas podían entrar, les daban la visa o refugio. Todo se complicó, ya no estaban dejando pasar así (...) Nosotros sellamos en julio en Ecuador, antes de que establecieran lo de las visas. A nosotros nos tocaría tramitar la visa en Perú, pero ¿qué iba a pasar con los niños? (Relato 66, 2019)

Pese a los muchos obstáculos que deben enfrentar para el reencuentro, lo logran. En el proceso de reunificación familiar participan diversos actores, las organizaciones internacionales, las organizaciones humanitarias, organizaciones religiosas, las organizaciones de la Iglesia católica, diversas ONGs y las autoridades nacionales de cada país con, por supuesto, el admirable protagonismo de las madres.

El día que llegaron los niños fue el jueves. En la frontera no sellaron, ni nada, porque ellos entraron con el código del censo. No le habíamos dicho a nadie que los niños venían, porque siempre nos cambiaban la fecha. Los estuvimos esperando en Rumichaca, buscando por donde aparecían, desesperadas. Estábamos en las carpas de la Cruz Roja, ya nos sentíamos derrotadas porque no los veíamos. De repente veo que venía la chica de UNICEF y el de la Defensoría del Pueblo.

Dijeron que nos habían estado buscando hasta debajo de las piedras (...) Empezamos a llorar de alegría (...) Ya con los papeles en la mano, nos dirigimos al puente.

De repente venían todos (...) Ya estaba oscuro, solo se veía que venía un grupo de gente en el puente de Rumichaca. Todos los niños llorando, del más pequeño al más grande, teníamos un año sin vernos. Eso fue una experiencia única, ni cuando uno da a luz es así... Una felicidad única. (Relato 66, 2019)

La xenofobia

En 2016, el Relator Especial de Naciones Unidas sobre las formas contemporáneas de racismo, discriminación racial, xenofobia y formas conexas de intolerancia retomó en su informe temático anual el concepto de xenofobia como las “actitudes, prejuicios y comportamientos que rechazan, excluyen y a menudo denigran a las personas, en base a la percepción de que son extranjeros o personas ajenas a la comunidad, a la sociedad o a la identidad nacional.” (OACNUDH, 2016). La xenofobia es una de las formas más fuertes e importantes de discriminación, la cual ha sido prohibida en diversos instrumentos internacionales de protección de derechos humanos⁶. En palabras sencillas “La xenofobia es el rechazo hacia las personas extranjeras” (ACNUR, 2018).

El miedo a la otra persona que percibimos como diferente, como foránea y como una amenaza, es una de las causas de la xenofobia, la cual se acentúa en contextos de movilidad humana, en los cuales la xenofobia puede manifestarse a través

de prejuicios expresados de palabra o con violencia (OACNUDH, 2016).

Desafortunadamente, el proceso de movilidad humana de personas venezolanas no ha estado exento de discriminación xenófoba. Tanto en las diferentes rutas de tránsito, como en las ciudades y países de acogida, las personas refugiadas y migrantes venezolanas han sido víctimas de xenofobia, la cual se ha manifestado de diversas formas: violencia física, discursos de odio y discriminación intencionada, encubierta y estructural.

Las condiciones de vulneración de las mujeres y las personas LGBTI+ venezolanas refugiadas y migrantes se profundizan durante el proceso de movilidad humana.

Las mujeres, entre ellas las trans, sufren de manera particular la discriminación xenófoba unida en la violencia de género, como consecuencia de la profundización de las relaciones desiguales de poder frente a los hombres. Esta discriminación se manifiesta de manera particular en la

“sexualización de su cuerpo” y en la violencia sexual.

Hubo momentos que uno no quisiera recordar jamás. Se aprovechaban de nuestra situación. En una ocasión, en un lugar de Colombia donde hace demasiado frío, le pedimos a un “gandolero” que nos sacara de ahí (...) Me tuve que arrodillar para que me sacara de ese lugar porque el frío me iba a matar. Y el señor sí nos dio la cola, pero igual, se aprovechó de la situación, me puso a hacer cosas que no se pueden contar. (Relato 42, 2019)

A través de todo el informe se evidenciarán las diferentes actitudes y manifestaciones xenófobas durante el proceso de movilidad humana de las personas venezolanas refugiadas y migrantes.

Los mitos que sustentan la xenofobia

“La llegada de personas venezolanas ha causado problemas sociales, políticos y sobre todo económicos en nuestra región”, es una de las frases que se dice, se escucha y se lee en las diferentes ciudades y países visitados. “Son las personas venezolanas las que están causando inseguridad o nos están quitando el empleo”, dicen muchos.

En conversaciones con población local en Ecuador, un taxista al ver a personas venezolanas paradas en un semáforo (una de ellas llevaba una chaqueta con la bandera de Venezuela) manifestó: “¿Sabe qué? Mi familia está de mal genio conmigo; no me hablan porque le di mi otro taxi a manejar a un venezolano. Me dicen que por qué se lo di, si las y los venezolanos nos están quitando el trabajo y nos roban (...) Pero yo fui migrante en España, y sé que eso no es cierto. Las personas migrantes movemos la economía”, explicó “Mire, yo le doy trabajo a ese venezolano, el me trae el dinero del día a mí, que soy ecuatoriano. Él tiene para ir a comprar la comida a un negocio de una persona ecuatoriana; si compra frutas o verduras, nosotros vamos a tener que producir más. El cuarto que paga, seguro que es de una persona ecuatoriana. Y así la economía se mueve”. “Y, ¿sobre la seguridad?”, le pregunté. Él respondió: “Señorita, malos hay en todo lado y de cualquier nacionalidad. Ahora vamos a decir que solo los venezolanos. No, nos

estamos equivocando”.

Esa ecuación, que no es sencilla, la sustentan cifras oficiales en algunos países. En Colombia al menos, con respecto a los altos niveles de desempleo que se presentan, el director del Departamento Nacional de Estadística (DANE), dijo: “La posibilidad de decir que la población migrante venezolana está afectando estructuralmente el nivel de la tasa de desempleo es bastante remota en este momento” (GIFMM, Grupo Interagencial sobre Flujos Migratorios Mixtos, 2019). En Perú, un estudio del BBVA concluye que “Al tomar en cuenta la mayor disponibilidad de mano de obra y de capital humano generada por los inmigrantes venezolanos, estimamos que el PIB potencial de Perú ha dado un salto discreto importante, por única vez, entre 2017 y 2019. Asimismo, la demanda de bienes y servicios de los inmigrantes venezolanos ha tenido un impacto positivo sobre el PIB observado”. (BBVA, 2019). Un estudio reciente del Banco Mundial en Perú, señala que, si el país realiza acciones como regularizar la situación de la población venezolana, el PIB puede crecer en los próximos años (Banco Mundial, 2019).

⁶ El Pacto Internacional de derechos civiles y políticos, el Pacto Internacional de derechos económicos, sociales y culturales y la Convención Internacional sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación Racial, son algunos de ellos.

Tramo uno:
**Las causas
de la salida**



“ Venezuela no es un país que ha emigrado, ha sido un país de inmigrantes. Nosotros estábamos acostumbrados a recibir a la gente, no a salir del país”. Esas son las palabras con las que muchas de las personas comienzan sus relatos. Algunos mencionan que los venezolanos no han sido históricamente refugiados y migrantes, “la situación que se vive en el país nos ha llevado a ello”.

Las causas del éxodo no han cambiado; por el contrario, se han agudizado, afirmaron varias de las personas entrevistadas, una de ellas radicada en Panamá:

Antes de 2016 salieron las personas con recursos económicos, quienes tenían empresas y medios de vida más altos, que tenían la posibilidad de establecerse económicamente en otros países, ahora están saliendo el resto, las personas que perdieron sus empleos o que teniéndolos no les es suficiente para poder comprar la comida o pagar la medicina de sus familiares enfermos (PANAMÁ, 2019).

A partir de 2018, el número de personas que han salido de Venezuela ha ido en aumento. La preocupación por la alimentación y la salud de niñas, niños, personas adultas mayores y personas con enfermedades crónicas se suma a la violencia política y las razones de seguridad en un contexto de violencia generalizada que vive el país (OAC-NUDH, 2019).

Violencia política

Pensar diferente, disentir, discutir, protestar, salir a marchar, acompañar a los y las alumnas durante las protestas, se han vuelto en una razón más para verse forzado a dejar lo que tanto se ama: la familia y su país.

“Salí de mi país porque tuve problemas políticos. Estaba en un postgrado en la universidad y salía con todos los estudiantes a protestar”, dice la funcionaria de una de las universidades de Venezuela, que lleva

ya más de un año fuera de su país. “Salí porque me acusaron de traición a la Patria”, termina la frase.

Como consecuencia de su activismo junto a los y las estudiantes universitarios sufrió represalias, estuvo detenida y sufrió malos tratos durante su detención. Además, recibió amenazas en contra de su hijo. En Venezuela, duró detenida aproximadamente un mes.

El día que salí, le dije a mi madre, “me voy o me quedo”. Ella me dijo, “te vas porque te van a matar. Ya nos lo dijeron. Así que te vas”. Salí sin nada para Colombia, estaba embarazada. Y de Colombia llegué hasta acá. Caminando porque no tenía ni un peso.

(RELATO 38, 2019)

Participar en política, militar en un partido político de oposición o haber sido funcionario o funcionaria pública desde una orilla diferente a la oficial, es también un factor de

riesgo para provocar una salida rápida, no planeada de Venezuela. Pedro⁷ participaba en un partido político en Venezuela. Trabajó en su municipio. El pertenecer a un partido opositor le trajo como consecuencia hostigamientos, allanamientos a su vivienda, detención y amenazas en contra de su familia.

(...) regresé a mi municipio. Me acerqué a la alcaldía, a mi puesto de trabajo. A los pocos días me enviaron un mensaje diciéndome que estaban en el municipio y que iban para mi casa. Mi familia estaba en la casa, los niños estaban dormidos, yo dije “no voy a salir corriendo”, no era justo que eso estuviera sucediendo. Llegaron y dijeron que tenían una orden de allanamiento de mi casa. Entraron, armados (...) Revisaron y por lo menos respetaron a mis hijos, que estaban en su cuarto durmiendo, solo se asomaron para verificar que eran menores de edad los que estaban allí.

7 Los nombres y datos de las personas que compartieron sus relatos aparecen como otros en este documento para preservar su seguridad.

(...) Me citaron en otro municipio. Yo me trasladé, ahí ya actuaron de otra manera. En la sala de espera me pusieron esposas (...) Me interrogaron y dijeron que tenían pruebas (...) En el allanamiento no encontraron nada, solo querían una excusa. Pero no pudieron hacer nada, me advirtieron que no me moviera de mi hogar, que estuviera en el municipio porque en los próximos días me iban a volver a llamar.

Regresé a mi municipio, ese día fue muy estresante, nunca habíamos pasado por algo así. Seguí trabando (...) En la calle sentía una presión muy fuerte, no solo hacia mí sino hacia mi familia. Mi hijo más pequeño que estaba en preescolar constantemente sufría hostigamiento por parte de su docente y hasta de la directora, lo marcaron. Fue algo muy grotesco, y yo veía que la situación no iba a cambiar para Venezuela en ese momento y los más perjudicados íbamos a ser nosotros. Me llamó un conocido y me dijo que lo mejor era que me fuera, porque me tenían fichado y que lo más probable era que la próxima vez no me soltaran. Entonces pensé que lo mejor era salir del país (Relato 64, 2019).

Violencia generalizada. Razones de seguridad

Los robos, las extorsiones o incluso los intentos de asesinato son algunas de las razones por las que algunas personas deciden salir de Venezuela. La escasez de dinero en efectivo, de alimento, medicina y los cortes de electricidad ponen aún más en riesgo la seguridad de los barrios y las ciudades y se convierte en un catalizador para la salida del país. Esa fue la historia de la familia Perez, empresarios.

Nos iba bastante bien como familia, al principio. Pero empezó a decaer la economía del país, y se agravó la inseguridad y las extorsiones. Nos robaron los computadores y la información de las empresas. En 2009 empezamos a recibir llamadas, amenazas fuertes. (...) Todo el tiempo estaban monitoreando, fue bastante traumático. Pensábamos que de un momento a otro iban a disparar y matarnos, preferimos salir del estado. Salimos huyendo,

porque iba una camioneta detrás de nosotros. Estuvimos un año y medio en esa finca.

Regresamos a nuestro estado y volvimos a levantar la empresa, pero en 2015, nos volvieron a extorsionar. Después vino una situación económica crítica para el país, y nos fuimos a otra finca. Teníamos animales, pero tuvimos que venderlos para comer. Nuestros hijos se estaban enfermando por la mala alimentación, entonces decidimos irnos.

Después de que salimos de Venezuela y que supieron, nos expropiaron la casa. Tenemos la intención de recuperarla y venderla, pero nuestros familiares nos han dicho que no regresemos, que se pierda la casa. Porque si regresamos nos pueden matar. Por razones políticas y por la inseguridad. (Relato 29, 2019)

Las violencias y riesgos para las personas de la Fuerza Pública

Además de los factores generales de seguridad, están los riesgos que trae consigo ser o trabajar en la Fuerza Pública venezolana. Es el caso de una mujer policía a quien las largas jornadas laborales y los riesgos que corría en la prestación de su servicio se unieron a la falta de liquidez económica para poder sostener y alimentar a sus hijos e hijas.

Yo era oficial de policía. Para nosotros era más la responsabilidad, y más lo que teníamos que hacer. (...) Entonces había momentos en que, debido a la situación del país, miras también por este lado, ya estás en el comando, no puedes salir. Y mis hijos se quedaban a la deriva, ¿y la comida y todo lo demás? Y no nos permitían las salidas. Porque yo dije, igual yo estoy trabajando. ¿Si estando viva, ellos (el Estado) no veían por el beneficio de mi familia, que es para los que yo trabajo; imagínate tú que a mí me lleguen a matar? Y es que nosotros salimos a la calle, todos los días teníamos la muerte tras la oreja. Sabíamos que salíamos, no sabíamos si regresábamos. Entonces yo no le veía sentido, de pronto salir y seguir laborando y mis hijos pasando necesidad. Pero en vista de todas las situaciones que empezaron a pasar, pues eso me obligó a salir. (Grupo Focal, 2019)

En otros casos, a la precariedad económica y alimenticia se suman la "orden" de violentar los derechos humanos, y los riesgos que trae consigo desobedecer esas órdenes:

"Trabajaba como efectivo de la Policía Nacional Bolivariana. Hay un punto en que uno se ve obligado a desistir de ese trabajo, porque le piden a uno oprimir a gente que sale a la calle a pedir por sus derechos. Dejé ese trabajo porque el gobierno es tan cínico que nos decían que debíamos atacar a quienes salen a marchar. El sueldo de la policía también es miserable, no importa el rango que tengas. Salí de Venezuela en 2019". (Grupo Focal, 2019).

Violencias silenciosas. Los derechos económicos, sociales y culturales.

El factor que más sobresale entre las causas de la salida de personas desde Venezuela es la incapacidad actual del Estado venezolano de garantizar los derechos a la alimentación, la salud y la educación (OACNUDH, 2019).

La falta de poder adquisitivo, la escasez de alimentos y de medicinas y/o sus altos costos; así como la falta de acceso real a la atención médica, ya sea en hospitales o en centros médicos, así como la falta de oportunidades educativas para niños, niñas, adolescentes y jóvenes, la ausencia de maestros y maestras, y el no tener dinero para poder llegar a las aulas escolares ni comprar los materiales educativos, se unen a la confluencia de factores que obligan a las personas y familias enteras a salir de Venezuela.

Era jefa de seguridad de un banco en Venezuela. Yo trabajaba, soy madre soltera, era muy difícil con el dinero. Soy madre de tres niños. Yo vivía sola, alquilaba, ya no tenía para el arriendo, no me alcanzaba para las tres comidas. Ya estaba como que disminuyendo la comida. Eran tres niños y ya no era fácil. (...) Yo me llené de desespero. Mi hijo mayor se lo entregué a su papá. Y las dos niñas, que su papá es otro, ya fallecido, yo era la que las tenía. A mí me tocó vender el techo de mi casa. Vendí mi teléfono, mi aire, mi televisor, vendí todo, porque estaba decidida a emigrar a Colombia. A donde me agarrara el día, la noche, lo que me agarrara, pero con tal de que mis hijos no se me siguieran desnutriendo. Porque la menor sufrió una desnutrición severa aguda. Incluso en el hospital al que llegué la tienen hospitalizada. Vendí todo. (Grupo Focal, 2019)

Salud

La falta de acceso a tratamientos médicos y los altos costos de las medicinas, es otra de las causas para que familias enteras o personas individuales decidan salir de Venezuela. En particular para las personas con enfermedades crónicas y que se encuentran viviendo con VIH. Otra problemática es la referente a la salud sexual y reproductiva y la dificultad de acceso a métodos de planificación familiar y atención especializada para mujeres gestantes y lactantes. En general, el desabastecimiento de medicinas en los hospitales, centros médicos y farmacias obliga muchas veces a buscar las medicinas en el mercado clandestino, encontrándolas a altos costos económicos y también de seguridad:

Tomamos la decisión de salir de nuestro país, principalmente, para tener la posibilidad de conseguir los medicamentos de Mario, él es diabético y se nos hacía muy difícil conseguir sus medicamentos allá. La mamá de una amiga de nosotros (...) le enviaba los medicamentos desde España (...) pero hubo un tiempo en que ya no pudo hacerlo y tuvimos que buscarlos en el mercado 'negro' a costos excesivos. A veces nos salían hasta en cinco sueldos mínimos, más de lo que uno cobraba, una sola inyección de insulina, eso le servía para 15 o 20 días aproximadamente, era muy costoso y se nos dificultaba demasiado. Había meses que no podíamos conseguir la insulina, pasábamos un mes más o menos buscando insulina, sin que él se pudiera inyectar, eso lo estaba descompensando, se estaba deteriorando, llegó un punto en que llegó a pesar 56 kilos, eso era preocupante". (Relato 59, 2019)

Acceso a la salud y tratamientos

Yo soy fisioterapeuta, no estoy ejerciendo, pero no pierdo las esperanzas. Salí de Venezuela con mi esposo y mi hijo. Soy una madre luchadora.

Cuando me enteré de que estaba embarazada, me hice la prueba de VIH y salió positiva (...) al igual que mi esposo. No era una opción no tener a mi hijo, además no es legal abortar, me podían meter a la cárcel. Me dijeron que tenía que estar en control médico. A los dos meses empecé a tomar el tratamiento retroviral. Todo el tiempo los estuve tomando, hasta que di a luz, mi hijo se adelantó y nació de siete meses. Entré en trabajo de parto y rompí la fuente, el niño tragó el líquido y se contaminó. Igual, me hicieron la cesárea. Ya no había vuelta atrás, el bebé estaba contaminado y eso le provocó muchos problemas de salud.

En la clínica lo atendieron varios médicos, por el problema de pies equinos, él camina de puntitas,

y, además, le diagnosticaron una inflamación en los adenoides, un problema que necesita operación. Todos los que han visto a mi hijo son especialistas, pero no le hicieron la operación de los adenoides y la inflamación ha avanzado con el tiempo, el oído se le está perforando cada vez más, presenta secreción y granulomas. Además, tiene un problema en la piel que también necesita operación.

En Venezuela lo llevamos a varias partes, al hospital con los médicos cubanos, a otro hospital y me dijeron que lo iban a operar, pero no lo hicieron.

Salimos de allá porque, de verdad, nos preocupaba la salud de mi hijo y la de nosotros. Porque no teníamos como tomar los tratamientos en nuestra ciudad. Queremos mejorar la calidad de vida de nuestro hijo, y conseguir la atención médica y las operaciones que necesita. (Relato 23, 2019)

Alimentación

Muchos de los relatos tanto de padres, madres y familias enteras cuentan que una de las principales causas de la decisión de salir de sus ciudades es la falta de comida para alimentar adecuadamente a sus hijas e hijos. En muchos de los casos las familias se ven obligadas a comer una vez al día, priorizar la comida de las niñas y niños sacrificando la comida de las personas adultas.

Pasábamos días sin comer, y mis hermanos iban a casa y me decían ‘hermana tengo hambre’, ellos estaban pequeños, de 6 y 7 años, era doloroso para mí no tener que darles. Lo poco que teníamos, preferíamos dárselo a ellos, porque nosotros podíamos aguantar (Relato 20, 2019).

Las personas relataron como la hiperinflación tiene un efecto directo en el costo de los alimentos básicos, lo que se une a un desabastecimiento de estos, a las largas filas y conflicto que se da en los barrios o zonas en las que el Estado distribuye las cajas “CLAP” de alimentos, las cuales tampoco cubren las necesidades básicas nutricionales. Situación que también describe el informe de la Alta Comisionada de Derechos Humanos Michelle Bachelet⁸. (OACNUDH, 2019)

Esta situación tiene un efecto negativo especial en las mujeres, quienes en la mayoría de los casos son las encargadas de proveer la alimentación de su familia y quienes según los relatos tenían como tarea “resolver” sobre la comida de toda la familia: buscar los alimentos en las tiendas o hacer jornadas largas haciendo filas para obtener las cajas del Estado.

Yo le dije a mi hermana, porque nosotras somos las dos hermanas. Yo le digo, bueno hermana, usted se queda aquí con los muchachos que yo me voy a saquear. Algo les vamos a dar a los muchachos. No sé, yo me traigo, aunque sea un paquete de harina o pan, para hacerles la comida a los niños. (Grupo Focal, 2019)

Educación

Barreras en el acceso a la educación primaria y secundaria de niños, niñas y adolescentes son evidentes, incluyendo la falta de personal docente, falta de alimentación escolar, falta de servicios de agua y electricidad, materiales educativos insuficientes, entre otros.⁹

Entre las personas jóvenes una de las razones que las lleva a desplazarse es el acceso real a la educación. Muchos de ellos y ellas eran estudiantes universitarios o de carreras tecnológicas en Venezuela. Mucho/as de ellos/as quienes, a pesar de tener garantizado el acceso a la educación, la falta de transporte, de alimentación y las restricciones económicas para poder tener los materiales de estudio necesarios los llevaron a decidir dejar sus estudios y a salir hacia otros países. “Yo estudiaba diseño gráfico y trabajaba en un supermercado, duré dos años trabajando. Por la situación no pude seguir trabajando y tampoco pude seguir costearo mis estudios” relató Juan, mientras compartía su historia en uno de los grupos focales (Grupo Focal, 2019).

⁸ A/HRC/41/18/SP, Informe de la Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos sobre la situación de los derechos humanos en la República Bolivariana de Venezuela. Ginebra, 2019.

⁹ Plan de Respuesta Humanitario Venezuela, con necesidades humanitarias, Julio 2020.

Tramo dos:
Rutas de
tránsito



Aunque durante la investigación se identificaron casos en los que las personas salieron por vía aérea hacia las ciudades de acogida, la gran mayoría salieron por vía terrestre buscando los puntos fronterizos más cercanos y seguros.

Para las personas que salen vía terrestre, Colombia es uno de los pasos obligados, en la mayoría de los casos. Los pasos fronterizos de Maicao (La Guajira) y en Cúcuta (Norte de Santander) son dos de los más utilizados.

Los requerimientos de visa impuestos por los diferentes países, entre los que están Perú¹⁰, Ecuador¹¹ y Chile no necesariamente han reducido el número de personas que cruzan sus fronteras e ingresan a sus países. Por el contrario, lo que genera y significa es un aumento del tránsito por los pasos irregulares; el cobro por parte de tramitadores y personas que “facilitan” el cruce por trochas, las carrileras del tren o los ríos, y exponiendo a las personas refugiadas y migrantes a mayores riesgos de protección, poniendo en aún mayor condición de vulnerabilidad especialmente a niñas, niños y adolescentes, personas adultas mayores, con enfermedades, personas con discapacidad, mujeres y personas LGBTI+ que en ocasiones sufren violencia de género.

Salimos en 2019, en total éramos seis adultos y las dos niñas. Mi hermano, mi cuñada -que tiene una discapacidad-, mis dos sobrinas mayores, el marido de una de ellas, las dos niñas y yo. Viajamos en bus, por San Antonio (del Táchira) hacia Cúcuta (Colombia). A Cúcuta llegamos en agosto y estuvimos ahí un día. Cruzamos con la Carta Andina, las niñas y yo. Mi pasaporte estaba vencido y no me lo sellaron. Ahí compramos los pasajes en bus hasta Rumichaca. En el camino el autobús se accidentó cuatro veces, entonces al llegar a Rumichaca ya estaba cerrada la frontera. Nunca cambiamos de autobús, se accidentaba y duraban horas en arreglarlo, así una y

otra vez. Hasta que llegamos a Rumichaca, debimos haber llegado el 25, antes que cerraran. Porque a partir del 26 ya empezaron a pedir la visa temporal en Ecuador.

Como no pudimos cruzar la frontera, unos “asesores” nos llevaron hacia un lugar, una casa, a donde llegaron unas personas con una camioneta, ellos nos dijeron que nos pasaban por 30 dólares, al final nos pasaron por 20. Nos llevaron en la camioneta por la trocha, era una carretera que pasaba por toda esa montaña (...) Nos dejaron en la vía. Dijeron que nos bajáramos y que viéramos cómo seguir el camino. Y nos bajaron ahí, en un pueblito. Entonces, tomamos un autobús hasta Quito. (Grupo Focal, 2019)

Como se naturalizan la xenofobia, la discriminación y la violencia

Salir de Venezuela en las condiciones en las que las personas refugiadas y migrantes lo hacen, les ocasiona un peso emocional muy grande. “Lo traumático fue dejar a mi familia. A mí no me importa como sea cualquier ciudad o cualquier país. Dejar a mi familia, eso es lo que a mí me afecta en todo”, compartía una de las participantes del grupo focal. (Grupo Focal, 2019)

Al sentimiento de tristeza y de nostalgia se suman hechos de violencia y xenofobia que en muchos casos se normalizan o naturalizan con un “es lo normal” o un “pasamos tranquilos, pero...”

Largas requisas en las postas o alcabalas venezolanas, la extorsión económica en el paso por cada una y/o el decomiso o robo de sus pertenencias una vez ya no tienen dinero, es percibido como algo que “nos toca” por decidir salir del país. En muchos casos las personas van preparadas para enfrentarlo, llevan dinero en efectivo o pertenencias que saben deben dejar por el camino hasta llegar a la frontera. “Al igual que todos, en el trayec-

¹⁰ <https://r4v.info/es/documents/download/72443>

¹¹ Comunicado Grupo de Trabajo de Movilidad Humana Venezolana, Visa impuesta por Ecuador a personas migrantes y refugiadas venezolanas contraviene obligaciones internacionales en materia de derechos humanos, 26 de agosto de 2019.

to a mí me quitaron plata. Al final de tres alcabalas me quitaron cosas personales, el resto del camino sin problema”, relató un joven venezolano estudiante de enfermería. (Grupo Focal, 2019). Muchas personas refugiadas y migrantes afirman que el trecho más duro fue el que tuvieron que vivir saliendo de Venezuela.

Viajamos juntas, mi novia y yo, en bus de Caracas hasta San Cristóbal. El viaje estuvo excelente, hasta que llegamos a la frontera. Yo llevaba una tablet y mi pareja otra, de esas tablet Canaima, de las que el gobierno da a los estudiantes de bachillerato y universitarios y que está prohibido sacar de Venezuela. Lo peor fue que al llegar a la frontera nos revisaron y a ella le encontraron la tablet Canaima y la metieron en un cuarto pequeñito. Yo no sabía que no la podíamos pasar.

Ella salió horrorizada, porque la hicieron desnudarse y la revisaron completamente, la querían grabar. La amenazaron con destruir su pasaporte si no lo hacía. Y ella obviamente se quitó la ropa y la revisaron. Y al final le dijeron que como no podía pasar la tablet tenía que devolverse. Lo hicieron por maldad. Entonces yo me regresé con ella porque no la iba a dejar atrás. Tiramos el forro y ella se metió la tablet dentro del suéter y volvimos a pasar, y no nos dijeron absolutamente nada. Eso fue del lado de la seguridad venezolana. (Relato 47, 2019)

El pago por poder pasar por las trochas o caminos no regulares se ha normalizado. Tarifas entre los 10 y 20 USD en Colombia o Ecuador, Perú o Chile es algo asumido como el “deber ser”, “nos toca”, nadie lo cuestiona, lo ven como una obligación naturalizada en su proceso de movilidad. En las fronteras entre Venezuela y Colombia, las personas identifican a quienes les “ayudan” como “tramitadores” que pueden ser de cualquiera de las dos nacionalidades y son las personas que te “colaboran” para cruzar la frontera ya sea por la trocha o por “la raya”, es decir el paso fronterizo regular.

A todo esto, se suman tratos y mensajes xenófobos explícitos los cuales deben enfrentar en los pasos de frontera o en las rutas.

Cuando íbamos pasando ese puente, la gente de Colombia nos gritaba: bájense, pasen por la carretera, déjenles las aceras libres a los colombianos. Venezolanos, bájense. Ustedes caminen por la carretera. O sea, y nos gritaban como si fuéramos una peste que iba entrando al país. Y yo decía, bueno, desde

aquí comienza el aprendizaje. Desde aquí, o sea, escuchar esos comentarios como que, siempre te han enseñado a tratar igual al otro y de pronto tú recibes esos comentarios, o sea, fue algo como desde allí, ya fue marcando. (Grupo Focal, 2019)

Fue un viaje largo y cansado, sin mucho problema, solo cuando llegamos a Tulcán (Ecuador), un señor que vendía los boletos del bus nos apuraba, nos trataron mal, y nos dijo: ‘A los venezolanos toca tratarlos como los perros’. Entonces yo le respondí: ‘si nosotros somos perros, entonces un perro fue el que libertó a tu país, porque Simón Bolívar era venezolano’. (Relato 01, 2019)

Colombia

Las rutas en Colombia reportan ser las más difíciles para las personas refugiadas y migrantes. Por un lado, son las primeras a las que se enfrentan al salir de Venezuela; luego la diversa y difícil topografía colombiana que implica cruzar el país de oriente a occidente o de norte a sur a través de las tres cordilleras en las que se divide Los Andes al entrar al país. Ya sea porque se entra por Maicao, Cúcuta o Arauca si quieres seguir a otras ciudades del país o llegar a Ecuador, Perú, Chile o cualquier otro país de Suramérica se deben atravesar cordilleras, páramos y valles, enfrentando a las personas refugiadas y migrantes a diferentes temperaturas climáticas y a carreteras difíciles, muchas llenas de curvas y condiciones de difícil tráfico.

Pasamos por muchos pueblos, duramos 20 días caminando, íbamos pidiendo trabajo, pero no conseguíamos. Pasamos por Cúcuta, por Medellín, dormimos en el monte, pedimos dinero y comida, cosa que nunca habíamos hecho. Pasamos el Páramo de Berlín, Pamplona, Los Palomos, Chinchiná, y llegamos acá, a Cali. Nos tocó pasar el Páramo a pie. Eran las 8.30 de la noche cuando pasamos el páramo. (Relato 19, 2019)

A la topografía y al clima de Colombia se une la situación de seguridad. Un conflicto armado no resuelto, grupos guerrilleros, paramilitares, grupos armados al margen de la ley y delincuencia común, vinculación a economías ilegales (como la minería ilegal o cultivos de uso ilícito) y alto riesgo que tienen los niños, niñas, adolescentes y jóvenes a ser reclutados por estos grupos, son algunas de las dificultades con las que se enfrentan las personas refugiadas y migrantes.

Trocha Maracaibo – Maicao: “extorsiones y personas armadas”.

La ruta desde Maracaibo hasta Maicao es una de las que miles de personas venezolanas han pasado durante la salida de Venezuela. Ya sea por “la raya”, como le dicen al paso oficial regular, o por “la trocha”, los caminos irregulares. El Grupo Interagencial sobre Flujos Migratorios Mixtos reseña a La Guajira como el tercer departamento de Colombia con el mayor número de personas refugiadas y migrantes venezolanas con 161.106 personas (GIFMM, 2020).

Durante su salida de Venezuela por esta vía las personas venezolanas relatan la presencia de personas armadas de “palos”, “machetes” y en algunos casos armas de fuego, quienes controlan “los mecates” (peajes) cada determinado número de kilómetros. Estas personas controlan y detienen los carros en los que pasan, extorsionan al conductor y en algunos casos a las y los pasajeros. “El trayecto fue horrible, las personas que cobran nos asustaban, estaban armados, nos sacaban machetes y teníamos que pagar bastante para que no nos hicieran daño” compartió una de las personas durante la entrevista. (Relato 07, 2019)

En otras ocasiones cuando la población no tiene dinero en efectivo para pagarles a las personas armadas, estos les roban sus mercancías o pertenencias:

Mi viaje fue un poco traumático también, ya que se presentaron demasiadas dificultades. Venía una camioneta que allá le dicen “chirichera”, venían muchas personas de viaje, traían muchas mercancías, traían muchas cosas. Y los guajiros que cobran “mecate”, si no se les paga quieren robar a las personas. Hubo muchas personas que no tenían para pagar, ellos les quitaron mercancías y muchas cosas. (Grupo Focal, 2019)

Algunas mujeres que han viajado por la trocha relatan que se han dado casos de violencia sexual. “Me dijeron que así arreglada y en pantalón corto no me llevaban y me pasaron una cobija” relata una mujer en uno de los grupos focales, a lo que otra mujer le responde: “Si les gusta una mujer la hacen bajar del carro y se quedan con ella”.

De ahí pasamos por trocha, con armamento toda esa gente, en verdad fue muy feo. A mí me quisieron bajar con las dos niñas porque yo venía adelantante. Mi esposo venía atrás con la mayor. No nos bajaron, porque yo le dije al señor que necesitaba llegar a Colombia porque mi bebé podía morir. Les rogamos, mi esposo se les arrodilló. (Grupo Focal, 2019)

El camino de Maracaibo a Maicao

Entré a Maicao por las trochas con mi hermano y mis dos hijas. Eso fue en 2018. En la trocha había que pagarles a los mecates (...) Quitaban 500 bolívares por cabeza, o sea que eran 2 mil, entre mis dos niñas, porque les cobraban a ellas, él y yo.

Como les dijimos que no teníamos más, a mi hermano le pegaron en la cabeza. Y le iban a dar un tiro. Mi hija de seis años se le tira encima a mi hermano y lo abraza. Le dice al señor: por favor, a mi papá no, a mi papá no. Porque él fue el que me ayudó a criarlas a ellas. La casualidad de que

uno de los que pagaban ahí es de una zona que conocía. Mi hermana vivía ahí, lo conocía y él me conocía a mí. Cuando yo volteo a gritarle al otro que por favor me ayude y le diga a ese muchacho que deje a mi hermano tranquilo (...) Pero si no, a mi hermano me lo matan. Porque ya no teníamos, nos hacían falta 10 bolívares. No los teníamos. Ahí al que no tiene, lo bajan y le hacen su daño. Pero por eso en trocha no fue nada fácil. (Grupo Focal, 2019)

Las personas “Caminantes”: “pies para que te tengo” (sic).

Como ya se ha mencionado, muchas de las personas refugiadas y migrantes venezolanas enfrentan su travesía con pocos recursos económicos. Algunas venden sus pertenencias y con lo que tienen emprenden viaje. Los costos de los pasajes terrestres y el cobro por parte de tramitadores y de las personas que les “ayudan” con los trámites y a pasar las fronteras es muy alto. Por eso muchos recurren a caminar, a atravesar Colombia buscando una ciudad de acogida en dónde asentarse o llegar a otro país.

La mayoría de las personas venezolanas comienzan su recorrido desde Cúcuta (Norte de Santander), de ahí se dirigen caminando hacia Bogotá, Medellín, Cali o hacia la frontera con Ecuador. En su recorrido llevan ropa, algunos enseres como ollas, algo de comida y un pedazo de su vida en Venezuela. Por el camino van dejando poco a poco sus pertenencias para poder liberarse del peso. Por el paso en algunas ciudades y pueblos las organizaciones humanitarias les van entregando mochilas con alimentos y kits de aseo y comida. En los Espacios de Apoyo¹², en diferentes lugares, reciben información y orientación, se identifican y refieren casos con necesidades específicas y se brindan servicios básicos integrales que responden a sus necesidades más urgentes. La mayoría de las veces las personas hacen grupos para no caminar solos buscando protección. Los hombres que viajan solos prefieren caminar con mujeres, niños y niñas: “los que tenían más posibilidades de un aventón eran los niños y las mujeres. Las madres pues” relata uno de los hombres.

Seguí la ruta del migrante a pie, mi meta era seguir a Bogotá. En el trabajo que tuve en Cúcuta reuní algo de dinero para el viaje, y me enteré de que, en la Cruz Roja de Patio Bonito, a las afueras de Cúcuta, estaban dando ayudas para que la gente siguiera su viaje. Llegué ahí, a Patio Bonito y me dieron un kit de comida y medicina. Salí de ahí caminando y después tomé un bus que me llevó hasta Pamplona, que es una zona fría, me quedé en un refugio esa noche. En ese refugio nos dieron ropa y una comida, después uno tenía que seguir. (Relato 15, 2019)

Muchas personas refugiadas y migrantes van caminando de día. En la noche buscan pueblos, plazas o albergues para poder dormir. Algunas duermen en la orilla de las carreteras buscando lugares seguros. Todas piden “cola” (hacer autostop) a camiones

de carga que les llevan de pueblo en pueblo o de ciudad en ciudad en trayectos diversos. A quienes tienen suerte, los camiones pueden llevarles por largas distancias, a otros se las acortan solo un poco haciendo su travesía más larga.

En su camino personas colombianas salen a ayudar, animar o a tenderles la mano a las y los caminantes. Algunas les brindan comida, otras, ropa, algunas arman refugios improvisados en donde adaptan ranchos con colchonetas y lugares para hombres y lugares para mujeres. El reconocimiento a la bondad y generosidad de las y los colombianos que les ayudan, está siempre presente.

Ese camión sí nos dio la cola como hasta la mitad de Ipiales, de ahí en adelante empezamos a caminar los cuatro. Como dos horas después vimos un pueblito, unas casas. Nos topamos con una estación de Policía. Los policías nos pararon, nos compraron refresco, galletas y pan. Nos ayudaron. Ellos mismos pararon un camión, ahí sí nos pusimos a llorar, les montamos la llorona de que estábamos cansados. Ese camión nos llevó hasta Rumichaca y le pagamos descargando la mercancía. Ahí llegamos como a las 9 o 10 de la noche. (Relato 47, 2019)

Sin embargo, en algunos casos, quienes manejan los camiones les cobran por la “cola” a las personas caminantes.

Al otro día fui a la Cruz Roja y ahí me volvieron a surtir para seguir el viaje. Ahí nos dio cola un camión a cambio de tres latas de atún o salchichas, y nos llevó hasta el próximo refugio. Llegamos, pero estaba demasiado copado y nos tocó quedarnos en la orilla de la carretera. El frío era implacable y no nos dejó dormir. En la mañana llegó otro camión que nos dio cola, a cambio de otras tres latas y nos dejó cerca del siguiente refugio de la Cruz Roja, porque había una alcabala en el camino. Nos tocó caminar un rato hasta que llegamos a la zona de la nevera, por el páramo Berlín, ahí nos dieron otra donación, y así nos seguían cobrando tres latas para llevarnos al siguiente refugio. Éramos muchos y los camiones se llenaban de enlatados. (Relato 15, 2019)

Muchas mujeres caminantes salen de Venezuela con sus hijas o hijos pequeños y enfrentan con ellos y ellas las largas jornadas de camino atravesando Colombia y algunas veces Ecuador. Las rutas con los niños y niñas se tornan particularmente difíciles, sufriendo riesgos para la salud y la vida del niño o niña y en muchos casos de su mamá.

Caminar con bebé y embarazada

En enero 2019, mi bebé tuvo un accidente, yo se lo había dejado a la abuela, por parte del papá, y lo dejó salir. Lo arrojó un camión y tuvo fracturas, estuvo a punto de morir. Entonces mi mamá me mandó los pasajes para venirme. Salí caminando hasta Colombia, con un maletón y con mi niño, por ratos lo cargaba y por ratos caminaba. No sabía que estaba embarazada.

En el trayecto fue fuerte porque fue lluvia todo el camino. Al bebé lo tapaba para que no se mojará, tenía un año y seis meses. Él venía muy delicado porque en el accidente en Venezuela, tuvo una fractura craneal y una afectación en el vaso intestinal. Me lo traje con riesgo, porque él no podía viajar. Pero al ver que allá no había nada de medicamentos mejor lo saqué de allá. Por raticos él caminaba, pero mayormente venía cargado. El maltrato lo llevaba yo, pero muchos me ayudaron. En el camino nos ayudaron demasiado, nos daban bebida, comida y ropa.

Venía con unas amigas y amigos, éramos como 10 personas, ellos me ayudaron, porque sentía el cansancio, pero no sabía que era por el emba-

razo. En Colombia nos iban regalando comida. Seguimos caminando, caminando, hasta que encontramos ayuda para trasladarnos. Así estuvimos. Por rato caminábamos, por rato nos daban cola. En el camino yo iba botando ropa, la ropa que mi hijo ya no iba a usar, porque era demasiado el peso que traía. Al bebé le dio una diarrea crónica, pero nos regalaron pañales porque estaba muy pequeño.

En Colombia no nos querían dejar pasar. Yo traía mis papeles en regla, pero muchos de mis amigos no. Los querían golpear, y no querían dejarlos pasar. Nos ofendían mucho verbalmente. Duele más lo verbal, que lo físico. Pero de igual manera pasamos pues.

A Rumichaca el bebé llegó con neumonía, ahí lo atendieron. No pude hospitalizarlo, porque no tenía cómo. Pero nos ayudaron mucho, nos dieron muchos medicamentos, comida y bebidas para hidratarlos. Y yo me había encontrado 50 mil pesos que me sirvieron para llegar hasta ahí. Duramos casi 17 días caminando. (Relato 51, 2019)

¹² Los Espacios de Apoyo es una iniciativa interagencial de la Plataforma R4V, implementada por el GIFMM en Colombia y otras plataformas de coordinación nacional en países como Ecuador, Perú, Chile, Brasil, Argentina y Bolivia. Para más información visite <https://r4v.info/es/working-group/234?sv=39&geo=0>

Los Hinchas: ataques xenófobos en las rutas de tránsito.

Los primeros relatos les ubican por la ruta entre Bogotá y Cali, en el paso entre Ibagué y Neiva. Son grupos de personas que agreden a las personas caminantes en su travesía por el país. Les describen como un grupo de personas con camisetas de equipos de fútbol que se suben a los camiones de carga y con palos comienzan a atacar a las personas venezolanas que van en la parte de atrás.

Hasta que ya estábamos llegando a Ibagué, volvimos a coger una cola en una tractomula, ya estaba oscureciendo. Ahí “los hinchas” se montaron para hacernos daño, nos pegaron y robaron. El señor de la tractomula se dio cuenta y los bajó. Montó a 30 venezolanos más y rodó y rodó y rodó, se metió por un páramo frío frío frío, hasta que llegó a Neiva. Ahí nos bajamos. (Relato 66, 2019)

Luego se sumaron relatos y testimonios sobre agresiones de “los hinchas” en otras rutas de Colombia. Hoy en día parece que están por distintas partes del país.

En el páramo, antes de llegar a Medellín, íbamos caminando y alguien nos llamó y nos dijo que subiéramos al camión. Adentro iban escondidos “los hinchas”, pero solo nos llamaba uno. En eso una señora nos dijo: “no, no suban”, y cuando vimos tenían machetes, palos, tubos, nos fuimos y nos escondimos. Después seguimos caminando y más adelante llegaron otros y tampoco nos subimos al camión, afortunadamente. Yo hasta lloré del miedo, nunca había pasado por esto. (Relato 19, 2019)

Durante las entrevistas y grupo focal en Cali, Colombia, las personas refugiadas y migrantes compartieron varias de sus historias sobre “los hinchas”. De todas una llamó particularmente la atención: grupos de “Los hinchas” estaban ahora en Cali, agrediendo a las personas refugiadas y migrantes que pasan la noche en los alrededores de la terminal de transporte.

Antier vinieron aquí al terminal y llamaron a los policías. Venían un poco y menos mal que ya estaban dos chamos despiertos y los chamos empezaron a gritar que venían “los hinchas”, porque ahí hay bas-

tantes niños y cada uno se despertó. Cuando vienen los policías y le dicen los muchachos, mira “los hinchas” que vienen. Ellos lo que hicieron fue verlos y no les dijeron nada. Dejaron que se montaran en la buseta, porque venían dos busetas full de ellos. Y lo que hicieron fue escucharlos. No les hicieron nada.

(Grupo Focal, 2019)

Violencia de género en las rutas de tránsito

De los testimonios recibidos es posible afirmar que las mujeres refugiadas y migrantes son quienes están más expuestas a sufrir violencia de género durante su trayecto. La discriminación en este contexto se conjuga con la xenofobia y con los estereotipos sexualizados sobre la mujer venezolana, exponiéndolas, muchas veces a violencia y agresiones sexuales. Algunas veces, incluso, condicionándolas a recibir ayuda durante su tránsito de ciudad a ciudad.

Salí caminando en 2018. Me dijeron que agarrara una autopista que daban colas en mulas. Y ahí pasé dos días esperando. En toda la autopista de Barranquilla. Al fin me dio cola un señor, hasta Cali. Pero el señor tenía otras intenciones. Llegando a Cali me dijo: “bueno, ya te traje hasta Cali, me tienes que pagar”. Pero cómo le iba a pagar si no tenía plata. Le dije que no tenía plata, y me dijo: “bueno, ya tú sabes, tú eres muy linda, tú tienes que pagarme”. Entonces le dije que no lo iba a hacer, que antes me tendría que matar. Me quiso golpear, pero unas policías colombianas llegaron, yo les dije lo que estaba pasando y lo apartaron. Me dejaron ahí dos horas, me dieron comida y agua. Y al señor lo dejaron ir. Les dije que necesitaba seguir y continúe caminando. (Relato 38, 2019)

Las personas gays y transgénero son de los grupos que están en mayor condición de riesgo durante la ruta. El “sexo” a cambio de comida, de “cola” o algo de beber son situaciones a las que se enfrentan para poder continuar su camino, como lo compartió una mujer trans durante su entrevista. (Ver relato 42 arriba)

La trata de personas y la violencia sexual en las rutas

Como se leerá más adelante en el apartado *La explotación sexual de mujeres refugiadas y migrantes*, algunas mujeres venezolanas son “reclutadas” para fines sexuales desde sus ciudades de origen. Familiares, amigas u otras mujeres les ofrecen trabajo en Colombia, en muchos casos sin explicar claramente el destino de cada una. Esta situación se agrava con los riesgos que sufren durante la ruta de tránsito.

A mí también me trajeron unas compañeras, me invitaron para acá a trabajar ‘en lo que nos saliera’, por lo menos eso me dijeron.

Estuvimos en Campo dos, nos cobraban multas también. Era correr para acá, correr para allá. Nos decían que nos iba a matar la guerrilla, que nos iban a agarrar los paracos. Y era pedir colas. Las colas no nos la daban de gratis. En la cola venía algo. Entonces, yo me vine con dos muchachas que de pronto tendrían más experiencia que yo, o me usaron a mí para yo ser la llave. Yo era la que más me ‘prostituía’ en las colas, porque me agarraban era a mí. (Grupo Focal, 2019)

Ecuador: “El caso de Ibarra nos marcó el camino”

En enero de 2019 un hecho de violencia enlutó el municipio de Ibarra, Imbabura, al norte de Ecuador. Este hecho marcó de manera negativa las historias de personas refugiadas y migrantes venezolanas en Ecuador. Expresiones y hechos de xenofobia comenzaron a afectar a algunas de las personas que estaban de tránsito...

Ya estando en Tulcán comenzó como que la travesía aún más fuerte, porque Colombia ya medio la conocíamos pues. De Ecuador no conocíamos mucho y nos tocó. En Tulcán nos pusimos a trabajar, sentimos el poder de la xenofobia despiadada de los ecuatorianos por cuestión de que ya había sucedido, lo de un man que había matado a una muchacha y todo esto. Ver cómo sacaban a la gente de los albergues, ver cómo corrían. (Grupo Focal, 2019)

Historia “Unos perros nos salvaron”

(...) Luego comenzamos a bajar, caminamos bastante y bajo el sol. Hasta que se paró una camioneta y nos llevó hasta Otavalo, nos dejó en la entrada, en un lugar que se llama “El Catatumbo”, ahí comimos gracias a otros venezolanos. Esa noche nos quedamos en una plaza.

Ya estábamos cansados. Mi cuñado y el amigo se fueron a trabajar. Nosotras nos quedamos en la plaza. Ese día había mucho movimiento, pero no sabíamos lo que estaba pasando. Nosotras nos quedamos dormidas en la plaza, de pronto vemos que unos hombres muy misteriosos venían hacia nosotras. Desperté a mis hermanas y salimos corriendo, uno de ellos decía “mátenlas, mátenlas”. Nosotras corríamos y corríamos, con los pies descalzos. Decían “búsquenlas, búsquenlas”. Salieron unos perros y los espantaron a ellos. Nosotros caímos en la casa de unos señores que nos ayudaron. En el parque se llevaron las cosas, casi todo. Menos la cartera, porque nunca la soltamos.

En la tarde, llegaron mi cuñado y nuestro amigo, y la gente nos explicó lo que había pasado: un venezolano mató a una ecuatoriana, eso era lo que estaba pasando cuando nos agredieron, se robaron nuestras cosas e intentaron violarnos y matarnos. Por eso decidimos irnos a Quito. (Relato 66, 2019)

...o ya asentadas desde hacía meses en Ecuador,

En eso puso las noticias. Yo ni sabía qué estaba pasando, como no tenía ni televisión (...) ni me enteraba. Y me dijo que un paisano había matado a una mujer embarazada y no sé qué. Que todos éramos iguales, que todos veníamos de la misma rama, y no sé qué más. Se puso a revisar si le hacía falta algo en la casa. Yo ya tenía cuatro meses ahí. (Relato 39, 2019)

De Perú a Chile... otras violencias

Los cambios en las condiciones migratorias o de requisitos para las visas de entrada en Ecuador, Perú y Chile se han sumado a la lista de complicaciones que tienen que enfrentar las personas refugiadas y migrantes venezolanas durante su movilidad.

Estaba decidido de viajar a Chile porque tengo un tío que tiene tres años aquí, y él ofreció recibirme en su casa. Decidí venirme cuando todavía se podía entrar sin visa, pero justamente esa semana que yo iba a viajar, establecieron que quien tuviera la intención de vivir en Chile debía tener la visa de responsabilidad democrática para entrar. En julio de 2018, comencé a solicitarla en el consulado de Chile en Puerto Ordaz, en Venezuela. Estuve como cinco o seis meses haciendo el trámite, cumplí con los requisitos que me pidieron: los antecedentes penales apostillados y el pasaporte con 18 meses de vigencia, y me la aprobaron en 2019. Es una visa que da legalidad en el país a quienes quieren quedarse a vivir en Chile. Es una residencia por un año, con ella uno puede sacar el RUT (Rol Único Tributario), se puede renovar por un año más, o solicitar la residencia definitiva. (Relato 74, 2019)

Algunas personas profesionales, animadas por amigos, amigas o colegas de trabajo les motivaron llegar a Chile, país que en su momento permitía el ingreso de personas venezolanas y facilitaba la homologación de títulos con lo cual las oportunidades laborales aumentaban.

En Ecuador y Perú solo estuve de paso, porque mi destino siempre fue Chile. El gobierno chileno había sacado un decreto en el que aceptaba el ingreso de venezolanos con pasaporte y cédula de identidad vencida. Además, había un precedente, algunos pro-

fesionales habían homologado sus títulos en Chile. Como profesional, era mi oportunidad. Hablé con una colega en Chile y ella ofreció recibirme. (Relato 02, 2019)

En su tránsito atravesaron Colombia, Ecuador y Perú. En cada país enfrentaron retos diferentes. Algunas personas refugiadas y migrantes fueron víctimas de malos tratos por parte de las autoridades nacionales.

Cuando llegamos al terminal de Lima, nos tocó pedir dinero en la calle para reunir lo de los pasajes hasta Tacna, la frontera con Chile. Eran 80 soles -casi 24 dólares-. Esperamos toda la noche en la agencia de los buses, para salir hacia Tacna, en el bus de las 8 de la mañana. Como a las 6 am llegaron las autoridades peruanas a hacer un recorrido. Estábamos durmiendo todavía, cuando nos ven y nos dicen: “venezolanos, sus pasaportes”. Gritando, y diciendo “pero rápido, rápido”. Los teníamos guardados y tardamos un poco en sacarlos. El oficial se molestó y quería hacer algarabía. Comenzó a decir que los venezolanos los ignorábamos y no les hacíamos caso. Él quería todo rápido y comenzó a gritar para hacernos quedar mal. No quisimos discutir, ni responder, ni pelear. Nos quedamos callados para evitar empeorar la situación. Fue un mal momento que nos hizo pasar. El oficial fue muy grosero y nos humilló. Le mostramos la documentación y nos movimos de ahí, para evitar, porque muchos venezolanos han sido víctimas del maltrato de las autoridades peruanas. Eso es parte de la xenofobia. (Relato 02, 2019)

En otros casos en los que la pérdida de sus documentos de identidad, la falta de dinero y/o los cambios en las regulaciones les ha dificultado, mas no impedido llegar a su destino.

Cuando cumplimos los tres meses en Perú, a mi esposa le dijeron que no le podían dar la visa, porque faltaban completar la documentación mía y la de mis hijas. Durante la semana siguiente llegó mi documentación, pero no la de mis hijas. Fui de nuevo con mi documentación y la fecha de ingreso a Perú. Hicimos todo el papeleo por nada, porque nos negaron la visa.

Decidimos seguir así hasta Tacna, ahí estuvimos dos

meses más por los requisitos que estaban pidiendo. Nos solicitaban los antecedentes penales del Perú, y salen en 30 dólares apostillados. Gastamos mucho dinero para nada. Nos rechazaron los papeles porque llevábamos más de tres meses en Perú.

Como no teníamos la visa, pedimos refugio en Chile, porque me sentí amenazado en mi país. Pero el de la PDI me habló muy claro y me dijo que los que tienen más de tres meses en Perú no tenían oportunidad de adquirir la visa para ir Chile. En ese momento me quedó muy claro que no podía entrar por la vía habilitada. Ya había agotado las opciones.” (Relato 03, 2019)

El cierre de las fronteras y los diversos obstáculos fácticos para pasar de manera regular no ha sido un freno para que algunas de las personas refugiadas y migrantes se detengan en su anhelo de llegar a su destino, ya sea por reencuentros familiares o en la búsqueda de seguridad y estabilidad. Algunos, deciden pasar por trochas o pasos no regulares poniendo en riesgo su vida y la de sus familias.

En esa entrada no me pidieron la bolsa, pero sí me pidieron la visa. Llevaba conmigo el decreto que había emitido el gobierno chileno, pero aun así me pidieron la visa. Ya era demasiado. Para entonces, ya éramos muchos venezolanos en la frontera, buscando ingresar. Todos estábamos en condición de calle, desesperados. Muchos decidieron pasar por lugares y rutas no controladas. Yo decidí arriesgarme, porque no me podía rendir, había gente en Venezuela que dependía de mí. Decidí entrar por esa ruta, sé que hice mal, pero mis circunstancias me obligaron.

Caminé por el desierto que divide a Perú de Chile, específicamente, por los rieles. Iba con otros venezolanos. Eso fue en mayo, de 11 de la noche hasta las 5 o 6 de la mañana. Llevábamos solamente agua y un poco de ropa. Con frío, hambre, con todo. Caminamos hasta llegar a Arica. Cuando pisé el suelo chileno busqué el terminal, porque allí estaban venezolanos en la misma condición. Rechazados en la frontera. (Relato 02, 2019)

Tramo tres:
**Ciudades
de acogida**



Llegar al destino, muchas veces incierto, no predeterminado, no escogido o sencillamente el que les tocó. Algunas de las personas refugiadas y migrantes llegan a las ciudades que les acogen por azar: se les terminó el dinero, les ofrecieron empleo o se cansaron de caminar y de bajar hacia el sur.

Mi objetivo era llegar a Lima, con mi hija 8 de años, pero ahora ya no. En Zarumilla me ofrecieron un trabajo en construcción, estoy esperando que me digan, que me confirmen. Mi hermana sí va a seguir para Lima, porque su esposo está allá. Me está diciendo que me vaya con ella, pero no quiero, porque lo que puedo hacer allá, también lo puedo hacer aquí. (Relato 68, 2019)

Otras personas tenían claro a dónde querían llegar. “Siempre tuvimos claro que queríamos llegar a Lima” compartieron dos hermanas que atravesaron Colombia y Ecuador hasta llegar a Lima. Otros aún en camino persisten e insisten llegar hasta Chile.

En Venezuela, los niños llevaban ocho meses sin ir a la escuela. Así que decidimos que los niños fueran a estudiar a Chile. Vendimos todo lo que teníamos y los mandamos a Chile. Mi compañera, que es colombiana, y yo salimos hacia Chile. Hemos ido bajando. Como trabajamos con arte circense, arrancamos desde Cúcuta, salimos por Cúcuta y pasamos, verdaderamente por lo que hacemos, por todos los pueblos. Estuvimos en varias ciudades de Colombia, hasta llegar a la frontera. En Ipiales pues (...) de ahí pasamos por Otavalo, Cayambe, Quito y (...) pues, hoy día sigo yo el viaje solo por tierra para alcanzarlos en Chile. Mi familia está en Chile. (Grupo Focal, 2019)

“No sabíamos a que nos enfrentábamos, qué nos esperaba”. La sorpresa

Muchas de las personas refugiadas y migrantes admiten que no

sabían qué se iban a encontrar al llegar a las ciudades y lugares que les han acogido. La mayoría de las personas venezolanas salieron por la falta de servicios básicos de salud, de educación y sobre todo por las dificultades de acceso a la alimentación. Otras personas salieron por razones de seguridad y/o por razones políticas. Algunas manifestaron tener un lugar de vivienda propia, un lugar de habitación con las condiciones mínimas de vida. Enfrentarse, entonces, a lo nuevo, a lo desconocido, a la búsqueda de trabajo, de colegio para los y las niñas, a la búsqueda de servicios médicos y salud, y tener que vivir en situación de calle o en condiciones precarias de vivienda ha sido un choque para muchas de las personas refugiadas y migrantes venezolanas.

Ya en Chile, no teníamos un lugar a dónde llegar y nos fuimos a vivir con mi primo. Pero él vivía en el barrio más peligroso de Arica. La casa quedaba al frente del basurero municipal. Había cucarachas por todos lados, insectos, gusanos, mal olor, mucha contamina-

ción. Tenía sólo dos habitaciones: en una se quedaba mi primo con su esposa; en la otra, una habitación muy pequeña, mi familia, que éramos seis personas, y en la sala se quedaban otras siete personas.

Durante el día mi primo y su esposa salían temprano a trabajar. Mi papá y yo nos levantábamos temprano y salíamos a caminar. Como no conocíamos, caminábamos y caminábamos, no teníamos dinero para tomar una buseta. En eso se nos iba el día.

Empecé a buscar trabajo y no conseguía, con mi papá andábamos por todos lados para tratar de encontrar trabajo. No teníamos comida, teníamos que sacar comida de la basura. A veces durábamos tres o cuatro días sin comer, pidiéndole a Dios que nos ayudara. Se nos iban los días y no conseguíamos trabajo.

Duramos así, como 10 o 12 días. Después ya pudimos empezar a juntar dinero. Conseguí una guitarra en la basura, me fui al puerto de Arica y empecé a cantar en las lanchas de paseo. Con las monedas que me daban empecé a comprar comida para los dos. Mi papá consiguió trabajo en la feria de pescado. (Relato 01, 2019)

Las oportunidades

En medio de la llegada a una ciudad nueva, muchas veces sin familiares o personas conocidas, las personas refugiadas y migrantes se han encontrado no solo con personas locales o ya asentadas que les han ayudado, sino también con redes de organizaciones internacionales y nacionales, con organizaciones de las iglesias, particularmente la católica, y con la ayuda de parroquias y pequeñas iglesias que los han acogido y apoyado de diferentes formas.

Las redes de apoyo: Las organizaciones, la iglesia, la comunidad

El papel de las diferentes iglesias, en especial de la católica y sus organizaciones, ha sido muy importante. Diversos relatos mencionan el papel de la Iglesia, de los albergues, los comedores, los Espacios de Apoyo y los de escucha como vitales en su resiliencia, en su integración y en la superación de los diversos obstáculos que han tenido que enfrentar.

La importancia de sitios como los albergues, los comedores y/o los Espacios de Apoyo para personas venezolanas refugiadas y migrantes van más allá de una labor humanitaria, de prestar servicios básicos y aliviar necesidades. Estos lugares brindan también la oportunidad de sentirse útiles, de ayudar a las personas nacionales que atienden estos espacios, de integrarse y en muchos casos de sentirse escuchados, de sentir que hay un espacio de confianza para poder desahogarse.

Cuando me dijeron de la Pastoral yo empecé a asistir por las ayudas psicosociales. Fueron de gran bendición, porque en verdad, nos sirvieron porque uno venía de un luto de allá de Venezuela, de haber dejado todas sus comodidades, a estar aquí durmiendo en el suelo prácticamente, sin tener nada o compartiendo un baño con 20 personas (Grupo Focal, 2019).

Los espacios de escucha y de ayuda pensados para mujeres sobrevivientes de violencia de género, incluidas la violencia sexual

y explotación sexual cobran una importancia vital en la seguridad emocional y física entre las mujeres. Algunas de ellas manifiestan sentirse cómodas en estos espacios, en donde pueden hablar y llorar sin esconderse, compartir sus realidades sin sentirse juzgadas y compartir con mujeres que han pasado por las mismas situaciones. (Grupo Focal, 2019)

Los comedores

En las diferentes ciudades las personas refugiadas y migrantes encuentran comedores comunitarios. En algunos casos, estos espacios -comedores son nuevos. En otros, algunos de los comedores, ya brindaban alimentación a personas en situación de calle, personas con necesidades económicas particulares o a personas nacionales desplazadas forzosamente.

En todos los casos, estos comedores incluyen hoy en día entre las personas beneficiarias a las personas refugiadas y migrantes venezolanas. En el comedor de la Pastoral Social CARITAS de Tulcán (Ecuador), se han llegado a servir hasta 150 almuerzos en un día a personas venezolanas refugiadas y migrantes. En Cúcuta, por ejemplo, existen ocho comedores coordinados por la Pastoral Social. Entre todos los comedores pueden ser 5 mil raciones diarias de almuerzos, aunque es muy probable que la cifra sea más alta. (Contexto Cúcuta, 2019).

En algunos de los comedores, como es el caso del comedor en la ciudad de Cali, Colombia, las personas refugiadas y migrantes se unen a las labores de trabajo en el comedor. A este espacio, llega un grupo de personas voluntarias desde la mañana y se retiran en la tarde, todas implicadas en las labores del comedor y la ayuda a sus compatriotas.

En el comedor prestamos una colaboración. No es nada remunerado ahí. Nosotros lo que hacemos es prestar una colaboración como para mitigar el trato del venezolano, o sea, el mismo colombiano, ellos que son los trabajadores directamente. Y nosotros mitigamos un poquito, como nosotros ya conocemos a las personas que van, tratamos de hacer que las cosas salgan más fáciles. Porque nosotros mismos [las personas venezolanas] tenemos temperamentos que son agresivos hacia otras personas que nos están ayudando. Porque lamentándolo mucho, no agradecemos las cosas buenas que nos pasan, sino que tratamos de que las cosas buenas se conviertan en malas para todo el mundo. (Grupo Focal, 2019)

Estas obras son atendidas diariamente por hombres y mujeres que están entregando su vida con generosidad a la causa de las

personas refugiadas y migrantes, miembros de Departamentos de Movilidad Humana de las Conferencias Episcopales, Congregaciones Religiosas como las Scalabrinianas, los Scalabrinianos, los Jesuitas, los Franciscanos las Pastorales Sociales CARITAS, y muchas otras organizaciones de la Iglesia Católica.

Espacios de atención: Los albergues, espacios seguros, Espacios de Apoyo y otros

Así como en las rutas de tránsito y en las ciudades de acogida, las personas refugiadas y migrantes encuentran diferentes Espacios de Apoyo¹³, espacios seguros y lugares de acogida temporal. Estos pueden tener diversos nombres: Casas de Acogida, Casas del Migrante, Casas de Paso, albergues, residencias, centros de acogida, centros temporales, centros de atención. Todos tienen como objetivo ser un espacio seguro para hombres, mujeres, niños y niñas refugiadas y migrantes, de diferentes edades y perfiles. En los centros de acogida temporal, el tiempo de permanencia puede variar entre los diferentes lugares y también dependiendo de las necesidades de cada persona o familia. En algunos de estos centros se brinda, además, atención médica y capacitaciones a las personas que en él se albergan.

Tengo 31 años. Vivo con mi mamá que tiene 61 años y mi hija de 6 años. Era carnicero y hacía trabajos de reparación de computadoras, tablet Canaima y teléfonos.

Sufro una discapacidad física, a causa de un incidente violento. En 2017 un vecino me pegó un tiro, que me perforó los órganos vitales. Estuve a punto de morir.

(...) Decidimos que yo me venía primero. En 2018, yo salí para Maicao, me fui para la trece, por trocha.

(...) En ese tiempo se me puso la pierna muy hinchada y duré casi dos meses internado en un hospital en Maicao.

(...) Después (...) busqué un carrito de supermercado y me puse a vender piezas. Recolecté una platica y le dije: “mami veníte, que yo tengo algo guardado, aquí vamos a estar bien, allá están pasando hambre”. Pagué una camioneta para que se vinieran, mi mamá y mi hija. Y ellas vinieron por las trochas en 2019.

(...) Mi mamá conoció a una muchacha, que tenía una niña de 2 meses. Ella le dijo que se viniera con ella

para Riohacha, para ayudarla a cuidar a la niña. Entonces mi mamá se vino para acá, la señora le daba 5 dólares diarios.

Cuando mi mamá se vino para Riohacha, yo me puse grave y me fui al hospital de Maicao. Estaba recién operado y necesitaba descansar. Para entonces ya había sido hospitalizado tres veces aquí en Colombia. Como sabían que aquí estaba mi familia, me mandaron para acá. En el hospital no me cobraron y me ayudaron con los pasajes.

Aquí en Riohacha, busqué a mi mamá y a mi hija y nos recibieron aquí, en el Centro del Migrante¹⁴. En el Centro llevamos como un mes. Yo me había anotado en las carpas de Maicao¹⁵, ahí estaban dando una ayuda, con eso quería comprar una estación, comprar una canaimita y ponerme a reparar, pero me enviaron para acá.

Aquí me dicen que lo primero es la salud, me han curado, me han ayudado con terapias. Pasé mucho tiempo en la cama, y tengo una escara (úlcer) que no se me cura. Aquí me compraron la crema. Me he recuperado bastante, yo caminaba feo, tenía el pie hinchado. Acá he podido descansar. (Relato 33, 2019)

Algunos de los albergues están pensados en mujeres refugiadas y migrantes viajando solas, sin esposo o hijos/as. Son espacios seguros y de convivencia en donde pueden, no solo dormir, sino compartir con otras mujeres sus retos, logros, información sobre sitios de ayuda, trabajo y procesos de regularización.

Gracias a Dios, una señora muy amable, peruana, hasta el día de hoy es nuestra amiga y siempre está pendiente de todo, me dice: ‘mira, en la iglesia que está detrás del metro, se reúnen venezolanos y creo que tienen un proyecto, vamos’. O sea, nos acercamos.

Y fuimos hasta allá, hablamos con el sacerdote y él nos deriva hasta la hermana Jenny, que es la encargada del proyecto. Estuvimos también en una reunión allí y a través de ella pues llegamos a conocer este proyecto. Al conversar con la hermana, ya al segundo día, nos dijo sí, hay dos habitaciones, ya, múdense. Ok, nos mudamos.

Bueno, desde que estamos aquí realmente ha sido algo muy bueno. Es una bendición, porque bueno,

¹³ Espacios de Apoyo, <https://r4v.info/es/documents/download/75787>, marzo 2020.

¹⁴ Centro de Atención al Refugiado y Migrante – Majayura.

¹⁵ Centro de Atención Integral - CAI.

es sentirse como en un hogar, en una casa, entre familia pues. Estamos puras venezolanas y realmente es sentir el apoyo, quizás de tus compatriotas y que estamos como que en lo mismo. El único fin es trabajar para ayudar a otros. Darnos apoyos, conocernos más y nos hace sentir como en casa. Como un pedacito de tu territorio. (Grupo Focal, 2019)

Espacios seguros para los niños y las niñas

Una de las cosas que más impactan es ver el gran número de niñas y niños venezolanos/as refugiados/as y migrantes que están en las calles vendiendo o acompañando en los trabajos informales a sus padres y madres.

Tanto padres como madres, pero especialmente las mujeres, viajan con sus hijas e hijos solas. Durante la investigación nos encontramos con familias y/o mujeres que tenían entre dos y seis niñas o niños. Al llegar a las ciudades en donde deciden permanecer no tienen nada. Muchas ni siquiera en donde vivir, ni que comer. En esta situación muchas recurren al comercio informal, a las ventas de “tinto” -café- en las calles, a comprar dulces para revenderlos en los semáforos. Al no tener con quien dejar cuidando a sus hijas e hijos, deciden entonces llevarlos consigo a recorrer calles, sin importar las condiciones del clima y las necesidades de alimentación y abrigo.

“Yo necesitaba trabajar, pero el niño no estaba estudiando. El pequeño necesitaba guardería, yo me llevaba al grande a vender. Entonces me iba con el pequeño y con el grande” (...) “¿Sé que no está bien, pero ¿qué más podemos hacer?, no podemos dejarlo solo en la habitación o en la calle?”, comparten en una charla varias mujeres.

En algunas ciudades, las organizaciones nacionales e internacionales han creado espacios amigables/protectores para niños y niñas venezolanos/as refugiado/as y migrantes, así como también de la comunidad de acogida. Algunos de estos centros se visitaron en Barranquilla, Cúcuta y Riohacha, en Colombia, y están presentes en varios países de la región.

Hogar Niña María, en Cúcuta. En febrero de 2019, la Diócesis de Cúcuta, decide crear un espacio protector para niñas y niños de entre 2 y 7 años. Se busca ofrecer a los niños y las niñas, hijas/as de personas colombianas retornadas y venezolanas, un lugar seguro donde reciban alimentación y acompañamiento psicológico. Los niños y las niñas son hijas/as de personas que trabajan en diferentes oficios, algunos tienen trabajos informales en las calles y otros están en situación de calle, pero que no tienen donde dejarlos. Funcionan como una guardería, reciben clases y están durante todo el día, mientras sus padres y madres tra-

bajan. El Hogar funciona en jornada de tiempo completo, entre 7am y 5pm de lunes a viernes. Los y las niñas reciben además de educación preescolar, cinco comidas diarias -desayuno, almuerzo y dos meriendas-, acompañamiento psicosocial y lúdico. El espacio funciona con apoyo de personal voluntario de diferentes parroquias y estudiantes de entidades públicas y privadas como el Servicio Nacional de Aprendizaje, el Instituto Protelco y la Universidad Simón Bolívar. Reciben también donaciones del sector privado para la adecuación de las instalaciones y la prestación de los servicios. En febrero de 2019 comenzaron recibiendo a 25 niñas y niños. Para septiembre de 2019 recibían diariamente cerca de 200 niños y niñas (Contexto Cúcuta, 2019).

La Milagrosa, en Barranquilla. “No había podido conseguir cupos en la escuela y ahí colocaron el cartel afuera, diciendo que los niños que no estuvieran estudiando, podíamos inscribirlos aquí. Que de aquí les podían conseguir donde los recibieran a ellos y a nosotros. Estamos esperando”. Compartía una de las mujeres en uno de los grupos focales que se realizaron. *La Milagrosa* se ha convertido en un espacio seguro, no solo para niños y niñas, sino para sus padres y madres. Ante la dificultad de escolarizar a sus hijos e hijas y de tener que salir a trabajar con sus hijos e hijas al lado, *La Milagrosa* les ofrece la tranquilidad de que ellos y ellas no solo se están escolarizando de una manera informal, sino que están recibiendo por lo menos tres comidas diarias -dos meriendas y el almuerzo- mientras padres y madres trabajan, ellos y ellas socializan con otros niñas y niños tanto venezolanos como colombianos.

Yo empiezo a ir todos los días. Yo venía de vender y llegaba todos los días, porque el que persiste, encuentra. Y yo iba, mañana y tarde. Y la maestra me dijo: ¿qué edad tiene tu hijo? Porque es a partir de los dos años. Mi hijo tenía uno todavía. Yo le dije, él cumple dos años en octubre y ella me dice: ‘Tu niño cumple los dos años en dos semanas, yo te voy a apartar el cupo, yo no lo voy a recortar. El día que tu hijo cumpla dos años vas a venir y yo te lo voy a inscribir’. Y el día que mi hijo cumplió los dos años yo fui y me lo inscribieron. Al otro día el empezó a ir al colegio, yo tenía más facilidades para trabajar. (Grupo Focal, 2019)

Otra de las oportunidades que ha brindado *La Milagrosa* es integrar a algunas mujeres/madres en el programa, por medio de capacitación y espacios de trabajo con las y los niños; así como también con apoyo psicológico a las mujeres/madres.

Viniendo a las reuniones, nos solicitan “mamitas” para nivel infancia. O sea, tenemos que ser al menos mamitas. Fuimos seleccionadas. Entre 20 quedamos nueve. Ellos aquí tienen las talleristas, que son las

profesionales, que están encargadas de cada salón y nosotras somos las mamitas auxiliares. Estamos dos por grupo, auxiliando a la tallerista. En total somos tres por grupo de niños. (...)

Ellos nos orientaron psicológicamente, qué debíamos hacer. Las psicólogas, yo creo que fueron nuestra mano amiga aquí. El abogado, él nos orientó con las rutas de atención, qué debíamos hacer, qué proceso debíamos tomar. Qué podíamos hacer con el PEP y qué no podíamos hacer. O sea, ellos fueron como que, esa mano amiga que nos ayudó acá. Tanto a mí como a las personas que se beneficiaron del proyecto. Yo digo que a partir de ahí empezó a cambiarnos la vida (Grupo Focal, 2019)

Inclusión laboral y social

Como se leerá más adelante, uno de los retos más importantes que señalan las personas refugiadas y migrantes al llegar a su lugar de asentamiento y acogida es el acceso a trabajo, en condiciones dignas y no discriminadoras.

Un gran número de las personas venezolanas refugiadas y migrantes cuentan con un alto índice de escolaridad. La gran mayoría, afirman, ser bachilleres y muchas otras son técnicas o profesionales, algunas de ellas con doble titulación o estudios de maestría. Algunas tenían un trabajo estable en Venezuela, y algunas mujeres trabajaban en el cuidado de su familia.

En muchos de los casos en los que se ha logrado una inserción exitosa a la economía local, ya sea a través de un empleo en condiciones dignas o a través de proyectos productivos, ha mediado el apoyo y/u orientación de organizaciones sociales, de la iglesia y/o internacionales.

En Ecuador, las personas refugiadas y migrantes han encontrado apoyo por medio de proyectos de “medios de vida”, por medio de los cuales se “busca mejorar las condiciones de vida de las familias en movilidad humana y refugio”, afirma la asesora de una de las organizaciones eclesiales que trabaja con población venezolana. Por medio de la participación directa de las personas refugiadas y migrantes, “se trata de incentivar la cultura del ahorro, el emprendimiento y el autoempleo”, agrega. Para esto se llevan a cabo formaciones y capacitaciones con las personas interesadas. En todo momento se cuenta con el acompañamiento de las organizaciones para diseñar un plan de negocio y el acceso a créditos en condiciones favorables.

Las organizaciones buscan, también, familiarizar a las personas refugiadas y migrantes con un sistema financiero al que nunca

han tenido acceso. Despertando al mismo tiempo “la creatividad y la responsabilidad social de crear un nuevo valor en las prácticas que emprenden, promoviendo así el desarrollo empresarial en el país y la participación comunitaria”, menciona una de las organizaciones entrevistadas, Hermanas Scalabrinianas (Ecuador, 2019).

El padre también nos habló de una fundación que estaba aprobando créditos para emprendimientos. Nos dijo que fuéramos y habláramos con los de la Misión Scalabriniana. Fuimos a una reunión, nos informamos y decidimos hacer un grupo de auto ahorro. Al principio éramos un grupo de cinco: dos ecuatorianos que se metieron por ayudarnos, mi pareja y yo.

Seguimos con el grupo de auto ahorro, pero no los cinco. Estamos cuatro, el primo de mi pareja y su esposa, mi pareja y yo. Al principio íbamos a comprar una cámara fotográfica, trabajar la fotografía, si lo hubiéramos hecho ahorita tuviéramos algo ahorrado. Pero tuvimos que cambiar el plan de negocios, y decidimos montar un restaurante de comida rápida, cerca de donde vivo, frente a un colegio. Ya hicimos el plan de negocio, lo aprobaron y estamos esperando que esté listo el dinero para ir a comprar las cosas.

También hice un taller para emprendimientos con los Jesuitas, ahí nos van a aprobar otro proyecto, para invertir en fotografía, pero solo mi compañera y yo. A este proyecto le vemos bastante potencial, creo que sí podemos generar ganancias. Además, en lo de la fotografía me he ido involucrando. Con una cámara prestada hemos trabajado en una primera comunión, un bautizo, una boda. A la gente le gustó cómo les vendíamos las fotos, los recuerdos, el álbum, etc. Algo diferente (...)

Somos cuatro personas, pero los primos de mi pareja tienen tres niños, entonces somos siete en realidad. Aunque vivimos separados una cosa no da para todos, el diseño sí. Además, es lo que nos gusta a nosotros. (Relato 47, 2019)

En otros casos la inclusión laboral se ha dado por medio de las mismas organizaciones ya sean nacionales y/o internacionales. Personas, hombres y mujeres, en condición de movilidad humana que han estado apoyando de manera voluntaria o que han formado parte de procesos de capacitación o acompañamiento

de las organizaciones, luego se vinculan laboralmente, a tiempo parcial o completo con algunas de ellas. En otros casos, comienzan a trabajar en horarios de trabajo flexibles y en jornadas menores, pero siempre en condiciones dignas de trabajo.

Con la ayuda del ACNUR, que nos dio el salvoconducto cuando recién llegamos, empecé a hacer los trámites para la afiliación al Sisbén. En el ACNUR también me dieron apoyo psicosocial durante casi tres años, eso me ayudó a que saliéramos adelante.

El año pasado fui a una atención psicosocial y escuché de un voluntariado, pedí poder participar, porque era una manera de estar activa y no estar solo en mi casa, porque me generaba frustración y muchas cosas negativas. Así salió la oportunidad del voluntariado en el proyecto La Humanidad no tiene Fronteras, del ACNUR. Yo me sentí muy feliz, a todos, incluso a mi hija, nos dieron una camisa estampada de Humanidad no Tiene Fronteras. Cuando me dijeron que iba a hacer el voluntariado, yo lloré demasiado. El voluntariado fue en noviembre y parte de diciembre de 2018, el proyecto me daba los pasajes y un incentivo, pero lo más importante era que yo, siendo venezolana y en situación irregular, podía ser parte de un voluntariado con el ACNUR, para mí eso era muy grande.

A principios de este año vinieron unas personas de Alemania, hicieron una visita a mi casa y ahí me enteré de que me daban la oportunidad de participar en el proyecto de un socio del ACNUR, que es COR-PRODINCO y que empezaba en abril. Me quedé en shock, todo mundo lloró conmigo. Porque siendo uno extranjero es difícil abrirse campo en el área laboral y saber que de eso depende el bienestar de mi familia y el mío, es una emoción muy grande. (Relato 25, 2019)

Acceso a salud

Como se reseñó en el tramo sobre *Las Causas de la Salida*, algunas de las personas venezolanas en condición de movilidad humana han salido de Venezuela en búsqueda de atención médica para las enfermedades, algunas crónicas, que padecen.

En países como Ecuador y Panamá con sistemas de salud que tratan de garantizar la prestación universal del servicio de salud, algunas personas encuentran un “oasis” en medio del colapso del sistema de salud venezolano.

Me vine por el tiempo que tienen acá permitido. Al momento de irme las cosas se pusieron peor en Venezuela y decidí quedarme por un periodo más largo para ver si era posible trabajar un poquito y llevar algunos dólares a mis nietos y mis hijos que se quedaron allá.

En ese periodo (...) me surgió una enfermedad. En abril de 2017, me diagnosticaron cáncer de mamá grado 4º, me salieron dos tumores en el pecho, me hice ver aquí en los centros de salud, solamente con presentar los pasaportes ya me asistieron muy bien. Con ese diagnóstico me decidí quedar y me dije “voy a optar por la vida”.

Una amiga panameña me ayudó a conseguir la cita privada con un médico y él me dijo “qué va hacer, quédese y vaya al Hospital Oncológico aquí y vaya a Migración”. Con ese panorama, yo pensé: “yo tengo acá la opción que me están brindando”. Así que decidí quedarme con el “corazón partido” porque tengo dos hijos allá con tres nietos para los que las cosas no son fáciles.

En mayo de 2017, fui a Migración a la ONPAR (Oficina Nacional Para la Atención a los Refugiados). Me pidieron mi pasaporte, las constancias de los diagnósticos y me dieron el Carné temporal de ayuda humanitaria. Me lo entregaron dos meses después. Con eso me dieron una ayuda humanitaria. El carné es por un tiempo determinado, solo lo dan en los casos de enfermedad. En la ONPAR me han tratado muy bien y me recomendaron tramitar un recurso de migrante en otra condición, pero aún no lo he hecho por falta de tiempo y de dinero.

El Hospital Oncológico es un hospital público, del Estado de Panamá. Ese hospital es una bendición. En el Oncológico una quimio vale 5 dólares. Es decir, es un subsidio grande que hace el Estado. Allá atienden a las personas aseguradas y a las no aseguradas. Allá me comenzaron a ver, antes de tener mi carné de migración. Me atendieron y me hicieron 16 sesiones de quimioterapia, una cada 21 días. El 4 de enero de 2019, me hicieron una mastectomía radical y luego unas 25 sesiones de radioterapia. El Hospital tiene una sección de trabajo social, psicológica, psiquiatría. Ellos te exigen ir a servicio social y te dan

apoyo en salud mental. Por eso le estoy agradecida a Dios y al pueblo de Panamá. (Relato 55, 2019)

Perú por su parte garantiza la gratuidad en la prestación del servicio a la salud a las personas que viven con VIH¹⁶, las personas refugiadas y migrantes han encontrado algún tipo de atención a sus enfermedades crónicas, o las de sus familiares.

En 2014, salí de Caracas directamente hacia Bogotá. No pude despedirme de mi familia, porque ellos viven en Maracaibo. Pasé la frontera por Cúcuta, con mi visa Mercosur y comencé mi recorrido hacia Bogotá.

Empecé a trabajar de mesero y al mismo tiempo me puse a contactar a las ONG que trabajan con población con VIH y a activistas de derechos humanos y empecé a trabajar con ellos. Trabajé con hospitales, con la Alcaldía, con ACNUR, con la Pastoral de Caritas y con población viviendo con VIH.

En 2016 comenzó a crecer la demanda de población venezolana con VIH [en Colombia], recibíamos a

gente con varios cuadros clínicos y no nos dábamos abasto con la atención (...) En 2017 comencé a somatizar el estrés y por salud personal decidí desconectarme un tiempo de mi trabajo humanitario.

Comencé a averiguar sobre el sistema de salud en Perú y a contactarme con las organizaciones que trabajan en VIH y decidí trasladarme a Perú. Llegué a la frontera en Tumbes y a Lima en 2018. Me inscribí en el programa del VIH para recibir tratamiento en el hospital y ahí lo sigo recibiendo hasta ahora.

Inicié las gestiones para obtener el carné de extranjería por vulnerabilidad. Primero uno debe pasar por los hospitales y cumplir los requisitos. Luego se presenta la historia clínica y al departamento de vulnerabilidad de migraciones, para gestionar el carné de extranjería por salud. En mi caso, todo el trámite llevó 15 días. El carné de extranjería me lo dieron en 2019, por cuatro años y debo actualizarlo anualmente. (Relato 63, 2019)

¹⁶ “La última norma técnica de atención integral del VIH del año 2018, establece que: ‘la atención integral de las personas con infección por VIH es gratuita en los establecimientos de salud públicos’, definiendo atención integral como ‘la atención a las personas con infección por VIH de acuerdo a sus expectativas y necesidades de salud, para mejorar su calidad de vida’ (ONUSIDA, 2019)

Tramo cuatro:

**Los retos se
hacen evidentes**

El flujo de personas refugiadas y migrantes procedentes de Venezuela ha tomado por sorpresa a todos y todas. A las mismas personas venezolanas, luego a los Estados, a las sociedades civiles, las comunidades y a las organizaciones nacionales e internacionales. “Nadie estaba preparado” se dice en diversos espacios.

En este contexto, a pesar de haber intentos de coordinación importantes, como es el establecimiento de la Plataforma Regional de Coordinación Interagencial (R4V) y el Plan Regional de Respuesta a Refugiados y Migrantes (RMRP por sus siglas en inglés) los retos continúan sobrepasando las capacidades, esfuerzos y recursos disponibles.

Una de las grandes reflexiones al realizar la investigación es que el flujo de personas procedentes de Venezuela no ha llegado a crear problemas sociales nuevos. La llegada de personas, por haber sido y ser masiva, ha puesto en evidencia la ya débil infraestructura en los servicios de salud y educación; en las pésimas condiciones de vivienda para los sectores menos favorecidos y las precarias condiciones laborales de muchos de los países de América Latina. Es, entonces, el resultado de percepción equívoca afirmar que la población refugiada y migrante ha aumentado el desempleo o ha hecho colapsar los sistemas de salud y educación de nuestros países. Estos problemas ya existían, los flujos de personas venezolanas en movilidad lo que ha hecho es poner su debilidad en evidencia.

En este sentido es posible afirmar que el flujo masivo de personas refugiadas y migrantes venezolanas nos está brindando la oportunidad como sociedad y Estado de identificar las fortalezas, cuando las hay; los retos y las oportunidades de lo que es posible mejorar de cada sistema, buscando la integración de las poblaciones sin crear falsas divisiones en el acceso y en la atención a todas las personas.

No solo las personas refugiadas y migrantes venezolanas enfrentan diversos retos en las ciudades y lugares de acogida. También los enfrentamos todos y todas como sociedad, las organizaciones de la sociedad civil, las internacionales y sobre todo los estados. Este es un trabajo colectivo, que es necesario abordar desde diferentes enfoques, experiencias y aristas.



La xenofobia el primero de ellos

Así como en las rutas de tránsito, las personas venezolanas en condición de movilidad que son víctimas de xenofobia también la sufren en las ciudades que les acogen. Ataques verbales, físicos, actos de discriminación en los ámbitos educativo y laboral, se unen en algunos casos con pronunciamientos públicos hechos por sectores privados o públicos en diferentes países.

Con argumentos que estigmatizan y discriminan, alcaldes y funcionarios de algunos municipios del Perú han anunciado el decreto de ordenanzas con el presunto objetivo de “regular” y restringir la presencia de personas refugiadas y migrantes venezolanas en sus municipios. (Comercio, 2019). Otra situación fomentada por representantes de los principales barrios y asentamientos humanos se dio en el distrito de Pichará, en Cusco, Perú. En dónde durante una Asamblea Popular, se optó por la “expulsión” de las personas venezolanas refugiadas y migrantes en su distrito, dándoles un plazo de dos meses, en consideración a la presencia de niñas y niños en edad escolar. Esto pese al llamado de autoridades como el Fiscal de Prevención del Delito, advirtiendo que con esa medida se estaba configurando el delito de discriminación. (Sequeiros, 2019). Posteriormente se emitió un comunicado que iba a dejar sin efecto esta decisión y se decidió empadronar a las personas venezolanas.

Sin embargo, hay manifestaciones veladas de discriminación y xenofobia en otros contextos y países. Por ejemplo, en el acceso a los servicios de salud o a la educación, como se leerá a continuación.

Organizaciones de la Iglesia católica como CARITAS Internacional con “Compartiendo el viaje”, CARITAS Venezuela, Caritas Colombia, CARITAS Ecuador, las Hermanas de San Juan Evangelista han desarrollado importantes campañas comunicacionales en favor de la cultura de la acogida y el encuentro, como alternativa frente al rechazo y la xenofobia” así como el importante trabajo de incidencia ante los organismos de las Naciones Unidas, que hace el SIMN, Caritas Internacional y las Hermanas del Buen Pastor desde New York y Ginebra.

Violencia de género

La estigmatización, ¿Eres venezolana?

De norte a sur. En todas las ciudades visitadas durante este estudio, mujeres venezolanas refugiadas y migrantes manifestaron sentirse discriminadas y acosadas sexualmente. La pregunta obligada en su travesía ha sido “¿Eres venezolana?”, la cual no es inocente, pues viene, muchas veces seguida por una propuesta sexual ya sea por dinero o por otro bien como comida o habitación donde dormir. Otras veces la pregunta es acompañada por algún otro hecho violento, ataques físicos o intentos de violencia sexual.

A mí me pasó que yo iba en un taxi. Cuando apenas uno habla y saben que una es venezolana, como que, “¡Wu!” le gritan a uno como si uno fuera un macanado o algo. Entonces yo iba en el taxi y yo veo se bajan todas las personas que iban en él. Entonces, llega el hombre [el conductor] y me dice, a pues tú eres venezolana, y le digo sí. Claro, contándonos, que era venezolana, la situación de Venezuela.... Y el hombre empezó a molestar y agarrar, y yo: ‘cálmate, chico, qué te pasa’. ‘No, que a mí me gustan mucho las venezolanas, que ya andan por la calle, pero me gustan más así seriecitas’, me dijo. Y el hombre empezó como a jalnearme la camisa y nos fuimos para una subida arriba, muy alto y atrancó la puerta, los pasadores.

Yo decía Dios mío, este me va a violar aquí. ‘Pero cálmate, tranquilo’ y empezó a sacarse la cosa y que se lo agarrara y se sacó el miembro y me saca eso, yo: ‘pero ahora cálmate, poco a poco, tranquila’. Y empecé a registrar la cartera y yo tengo una colonia pequeña así en espray y se lo eche. Y cuando se lo eché abrí la puerta y salí corriendo. Pero en eso me dejó, todo esto hediondo, hasta la mitad de la cara. Cuando yo llegué a mi casa, sentí ese mal olor en el cuerpo. Me bañé y todavía sentía ese olor (Grupo Focal, 2019).

La estigmatización y sexualización de la mujer venezolana no discrimina edad, incluso niñas que están obligadas a vender en la calle o en las plazas son abordadas por hombres que les ofrecen dinero a cambio de sexo.

(...) Yo también estaba estudiando, pero no pude seguir porque mi papá y mi mamá no tenían trabajo para ayudarme. El dinero lo gastamos en la comida.

Llegó un momento en que no teníamos qué comer. Entonces comencé a vender, salí a la calle y ahí me quedé.

Cuando vendía (...) los hombres se me acercaban a ofrecerme dinero para estar con ellos. Un día un señor me ofreció 60 mil pesos (18 USD), me fui con él y me los dio. Yo vi mucho dinero, y compré comida, pañales, leche (...) y me quedaba dinero todavía. Así que comencé a trabajar en eso, me iba bien. En la casa no saben lo que hago. Ellos creen que salgo a la plaza a vender (...). (Relato 24, 2019)

La violencia sexual se ha manifestado de diversas formas, también como acoso y violencia xenófoba, violencia que algunas veces es naturalizada por las mujeres.

La otra vez mi hermana cumplió años, yo le fui a comprar un obsequio a un mercado así arriba. Y yo venía en el autobús, venían hablando de los venezolanos. Que esos “venecos”, que no sé qué. Que no sé qué más. Y a mí me daba hasta temor verlos o hablarles, porque yo decía, digo algo aquí, no me vayan a caer a golpes. Porque, o sea, hay mucha xenofobia acá en Perú. Igual, con respecto a los hombres, bueno, acosada sí me he sentido en varias oportunidades. De hecho, yo trabajaba en una discoteca anteriormente. Era azafata en una discoteca y muchos hombres se me acercaban ofreciéndome dinero para que me fuera con ellos. Otros me tocaban las nalgas. Se propasaban. Pero la verdad sí ha sido fuerte eso. Y creo que todas hemos experimentado ese acoso acá de la parte peruana, o sea de los hombres, para con nosotras (Grupo Focal, 2019).

Explotación sexual en el contexto de la movilidad: “sexo transaccional” como forma de supervivencia

“No nos digamos mentiras, acá a más de una nos ha tocado vender nuestro cuerpo para poder comer” ... “a todas” respondieron las demás al unísono, aunque de forma pasiva y casi murmurando.

En los diferentes países de América Latina, muchas de las personas refugiadas y migrantes venezolanas están viviendo en condiciones de vulnerabilidad por diversos factores: la falta de vivienda digna y de oportunidades labores y/o las enfermedades crónicas o producidas por las precarias condiciones de vida que tienen que afrontar durante el proceso migratorio y de asentamiento¹⁷.

Estas circunstancias conllevan de manera intrínseca una situación de opresión y desigualdad de poder, la cual se suma y agrava las condiciones de vulnerabilidad en las que se encuentran. Todo esto es el escenario que obliga a algunas personas a vender su cuerpo, ofrecer favores sexuales a cambio de algo de dinero o de ayuda.

La explotación sexual, el sexo a cambio de dinero, comida o “cola” es algo que no se dice o reconoce abiertamente. Sin embargo, todas las personas refugiadas y migrantes saben que sucede, algunas lo han vivido: son víctimas del sexo por supervivencia en la ruta, o en las ciudades en las que se han asentado.

El sexo transaccional como forma de supervivencia no discrimina género ni edad: mujeres, niñas, personas de la comunidad LGBTI+ y hombres jóvenes manifestaron, durante la investigación, haber sido víctimas de esta violencia. Sin embargo, de las personas entrevistadas, son mayoritariamente mujeres de todas las edades, personas gay y trans las mayores víctimas de este tipo de violencia.

Ahorita ya no, pero en el pasado sí, hasta me tocó acostarme con alguien por dinero. Porque, o era eso o me moría de hambre o me iba a la calle. Yo no tengo pena de decirlo, porque si me tocó y fue una experiencia muy desagradable, estar con alguien por dinero. (Grupo Focal, 2019).

“Los modelos webcam”. La explotación que sufren los hombres homosexuales y heterosexuales

Durante los relatos se identificaron algunas historias en las que hombres gays o heterosexuales fueron obligados al sexo transaccional como modelos webcam u otras formas de explotación sexual.

Hay personas que conozco de mi barrio, que están aquí y han tenido que vender su cuerpo, para poder alquilar. También trabajan con webcam: se filman y luego les entregan un sobre con dinero (Grupo Focal, 2019)

La mayoría de las veces, además de ser explotados sexualmente, les realizan un pago económico mucho menor al prometido inicialmente.

¹⁷ Sentencia Corte Constitucional SU-062/19. Salvamento de Voto, M. Diana Fajardo Rivera. “2. (...) En el mismo sentido, la representante de la Defensoría del Pueblo aseguró que dicha entidad había realizado dos visitas a la taberna Barlovento en las que pudo corroborar que las trabajadoras sexuales no tenían contrato de trabajo ni ningún tipo de servicio en materia de salud y algunas de ellas eran venezolanas. Agregó que estas mujeres manifestaron ser madres cabeza de familia con tres o hasta seis hijos y que se veían obligadas a ejercer la prostitución debido a su difícil situación socioeconómica. Además, no conocían de ofertas de trabajo o políticas públicas de la Alcaldía Municipal que les permitieran ejercer otro oficio”. (El resaltado es nuestro).

Había unos amigos que trabajaban como “modelos de webcams”, son chicos que tienen relaciones en cámara, en vivo, por plata. Trabajé tres meses ahí, la verdad fue..., creo que mejor me hubiese quedado vendiendo las arepas, porque me estafaron los primeros tres meses, no me pagaron, la señora ni siquiera me dio para el pasaje de vuelta. Tuve que pedir en el norte para poder regresar a donde yo vivía anteriormente. (Grupo Focal, 2019)

La explotación sexual de mujeres refugiadas y migrantes

Como a muchas de las personas entrevistadas, la crisis económica y social que se vive en Venezuela ha obligado a salir a las mujeres. Algunas de ellas relatan que estudiaban en Venezuela, tenían trabajos estables bien fuera empleadas o porque trabajaban de manera independiente. Algunas son madres y trabajadoras. Otras son, además, abuelas de niños y niñas muy pequeños.

Yo me vine para acá porque yo quedé viuda hace cuatro años y siempre he trabajado por mi cuenta. Me iba bien cuando yo trabajaba. (...) Yo siempre he trabajado por mi cuenta, pero la situación se puso tan grave allá, que uno no conseguía las cosas ni para trabajar por su cuenta. Y qué más, uno tiene niños, me tuve que venir con la mayor. Ya tengo dos años. (Grupo Focal, 2019)

Las mujeres son “reclutadas” de diferentes maneras. Algunas veces en las rutas de tránsito o durante los pasos fronterizos.

Cuando ingresé en la frontera de Tumbes, se me acercaron. Cuando ingresé estaba haciendo cola, duré un día completo en Tumbes y se me acerca una persona, que si tenía a dónde iba a llegar. Pero como había conocido tantas personas buenas en el camino, bueno, accedí a conversar con él.

Entonces me dice que si sé a dónde voy a llegar, que si tengo trabajo. Yo no tenía trabajo, entonces le dije que no. Y me ofreció trabajo. Me dice, vas a ganar 70 soles diarios, vas a trabajar en un restaurant, en una cevichería como moza. Yo dije bueno, pero es que yo no vengo a Tumbes.

Entonces le comento a una chica que estaba allí, venezolana y me dice: “no amiga, eso es prostitución. Acá ofrecen mucha prostitución. Te dicen que es una cevichería, que es un restaurante, que te van a pagar esa cantidad, pero en ningún lado se gana 70 soles y vas a cobrar por trago. Entonces, ahí eso es prostitución”. Entonces fue ahí cuando me di cuenta de lo que me estaba proponiendo el amable señor. (Grupo Focal, 2019)

En algunos casos ha mediado el engaño para que salgan de Venezuela con la ilusión de un trabajo en Colombia. Ha sido una constante en la motivación del viaje haber sido invitadas por amigas para trabajar en spas, en bares o como modelos, sin advertir de que se trataba de trabajo sexual.

Muchas de las mujeres recién llegadas tienen que vivir en las “residencias” de los bares en los que trabajan y por las que fueron contactadas desde Venezuela. En algunos casos deben, además, pagar por la habitación que ocupan. Frente a la falta de opciones muchas se quedan hasta que les es posible pagar la deuda de los pasajes con los que salieron de su país y el costo de la residencia por el tiempo que vivieron en ella.

Yo me vine con una amiga, porque a nosotras nos mandaron los pasajes. Pero ya ella sí había trabajado acá. Ella me dijo a mí que nosotras íbamos a trabajar en una parte que era como un bar, pero no tenía nada que ver con prostituirnos, ni nada. Y cuando yo llegué allá, me encontré, fue con esa cosa. Que yo tenía que estar con los hombres y esa broma. Entonces, yo duré ahí en ese bar hasta que yo le pude pagar la plata que nos mandaron, a la persona. Y después de ahí yo me salí de ese bar. (Grupo Focal, 2019)

Entonces yo ese día yo no hice nada. Nada. Nada más cinco mil pesos que fue en unas fichas. En unas fichas que me dieron. Ese día ella me pagó la comida y me pagó la habitación. Porque a pesar de que la residencia era del dueño, nosotras teníamos que pagarle a él. Entonces al día siguiente, todas las muchachas amigas de ella empezaron a hablar conmigo, que yo tenía que hacerlo, porque igual, si yo no lo hacía, no me iban a dejar salir de ahí por los pasajes que me mandaron y esto. Y yo tuve que, empecé a trabajar. (Grupo Focal, 2019)

Violencia sexual ¿Los bares o la calle?

En otros casos, mujeres ya asentadas en las diferentes ciudades frente a la falta de oportunidades laborales y de encontrar un trabajo estable, han buscado la manera de sobrevivir económicamente trabajando en bares o en la calle. Siendo estos dos de los lugares de “trabajo” de la mayoría de las mujeres que se enfrentan a la explotación sexual.

En locales paga el modo de caminar (risa). Pagas arriendo en local. Pero yo me siento más segura. Porque en la calle hay muchas personas que se enamoran de uno y uno corre más peligro (...) En la calle te va mejor porque no pagas arriendo, lo que ganas es para ti. Pero en el negocio. Yo de mi parte, yo pago arriendo en el negocio y en donde vivo con mis hijos. Porque en ese negocio hay que pagar arriendo de 10 mil diarios. (Grupo Focal, 2019)

El trabajo en los bares, en principio es percibido como más seguro. En Ecuador, las mujeres tienen acceso a un carné, el cual les da acceso a exámenes médicos para la prevención de enfermedades de transmisión sexual (Entrevista Contexto Ecuador, 2019). Sin embargo, en casi todos los casos, las mujeres que trabajan en los bares están obligadas a pagar el “alquiler” del cuarto, ya sea que duerman ahí o solo lo utilicen para “trabajar”.

Muchas de las mujeres que recurren a ofertas de “trabajo” en bares se han encontrado, no solo con el hecho de que es trabajo sexual, sino que están obligadas a hacerlo en condiciones precarias e insalubres dado el estado en los que se encuentran algunos de estos sitios¹⁸. Adicionalmente, las obligan al consumo de drogas, para poder resistir las largas jornadas de trabajo a las que son sometidas. En algunos de los casos las drogas son vendidas en los mismos establecimientos.

Es que en la mayoría de los negocios le dan a uno, o sea, lo obligan a consumir droga para que uno aguante el trasporno y aguante el licor. Sí, eso es lo que hace la mayoría. Lo que uno se gana, lo utiliza para comprar droga. Y ahí mismo le venden a uno la droga porque uno tiene que aguantar el trasporno y dormirse a la una. Para que, mujer que no meta vicio, entonces no sirve y se me van y la echan. Y la mujer también, para aguantar, porque ellas lo que buscan es aguantar. (Grupo Focal, 2019)

Algunas de las mujeres que tienen su familia en la ciudad de asentamiento prefieren trabajar “por su cuenta”. Los horarios de trabajo y las largas jornadas que enfrentan en los bares, sumado al control y uso de drogas en algunos de los establecimientos, hace que prefieran trabajar en la calle, pese a la mayor exposición y a la violencia adicional que pueden sufrir.

...Bueno, yo particularmente, trabajo en la calle, me gusta más la calle pero claro, hay más peligro, uno tiene que cuidarse y saber trabajar la calle; Pero por la cuestión del horario de mis hijos. Me entiendes. Porque, por si el niño se enferma para atenderlo. Si por lo menos, la niña me estudia hasta las 4 de la tarde y yo a las 4 voy y la busco. En un negocio no. En un negocio, si sales temprano te multan. (Grupo Focal, 2019)

En la calle, las mujeres se encuentran con varios tipos de violencias adicionales, uno de ellos es el control de zonas que en principio eran “manejadas” por mujeres nacionales, que poco a poco y en diferentes ciudades se han ido desplazando a otras zonas, ciudades e incluso países. Como consecuencia de ese “desplazamiento” el control territorial que en principio era de mujeres nacionales comenzó a cambiar para ser mixto o de mujeres venezolanas o ser controlados por grupos ilegales. (Entrevista Contexto Ecuador, 2019)

...Yo peleé porque a mí me cobró una venezolana. Y yo le dije que por qué entre nosotras mismas si veníamos a lo mismo, nos íbamos a estar cobrando vacuna y la calle era libre. Y a mí sí me vino a cobrar el paraco propio, colombiano. Me vino a cobrar al negocio. No falta alguna que no diga esa es. Él llegó y preguntó. A mí me dicen la Tula. ¿Y la Tula? Allá está. Y venga. Traígame esto, y esto y esto. “Acá no damos tiempo ni hora, me va a pagar hoy en la noche”, me dijo. Yo le respondí: “No, hoy no tengo”. “Bueno, está hablada”. Y así la sacan a uno de la calle. Y después tuve que pagar. (Grupo Focal, 2019)

Otro de los riesgos que enfrentan es ser víctimas de agresiones sexuales por parte de sus “clientes”. Algunas de las mujeres entrevistadas, compartieron algunos de los casos de violencia sexual como consecuencia de su trabajo:

A mí también me pasó (...) Llegó un señor, ahí donde yo trabajaba, en la séptima. Cuando me dijo, vámonos. Pero, me decía: pero no vas a hacer nada, porque nosotros vivimos con mi mamá. Cuando, bueno, no había plata. Ya eran tres días y no había hecho

nada (...) Me voy con el señor. No digo nada a las muchachas que estaban ahí, todo era callado. Me fui con él (...) te voy a dar un masaje, me dijo. Cuando me empezó a dar masaje, me empezó a ultrajar. Me violó. Él me violó. Me agarró así duro, me daba duro. ‘Y no grites porque mi mamá está ahí y te pueden caer encima’. Y calladito. Y yo, ahí desesperada y no sabía dónde estaba. Me quedé ahí calladita y lloraba así en silencio... (Grupo Focal, 2019)

Los intentos por salir de la “prostitución”

“Yo duré como tres meses sin trabajar, hasta esta semana que volví a trabajar, porque me divorcié. No se dieron las cosas y bueno, empecé otra vez al negocio ahí...” dice una de las mujeres que participaron en un grupo focal con trabajadoras sexuales.

Todas ellas “trabajan” en trabajo sexual por necesidad, por darle de comer a sus familias, para pagar el alquiler del sitio donde viven o poder costear los gastos escolares de sus hijas o hijos.

Yo tengo una amiga que ella estaba vendiendo tintos. Ella se esforzó, compró su termo. Y yo bromeaba y qué bueno que te hayas salido de esto, le digo yo. Entonces vendió. Duró todo el día vendiendo tintos y me dijo que sí. Para el día siguiente la veo que viene y yo le digo, ajá y el carrito. No, lo que me hice fueron 11 mil pesos. Y mire, me dice, un ratito ahorita, 20 mil pesos. ¿Me entiendes? (Grupo Focal, 2019)

Algunas, incluso habiendo regularizado su situación migratoria, enfrentan obstáculos para conseguir oportunidades de trabajo en condiciones dignas y bien remuneradas.

Todavía, como quien dice, uno se sale de los bares, pero todavía queda, que un amigo, que tenga que ayudar uno, porque no alcanza lo que uno pueda hacer. Porque yo no he podido conseguir trabajo, aún con mi carné de permanencia. Y he metido hojas de vida, hasta más no decir.

Frente a esto, todas manifiestan querer salir, “no llegar a viejas” en estas condiciones, aceptan que la “necesidad” económica las condiciona y no se les hace fácil tomar la decisión y sobre todo mantenerla... sin embargo, hay quienes lo logran.

Un día yo dije: “me quiero ir de aquí, no quiero seguir más aquí”. Y me fui, sin plata y sin nada, porque tuve que responder lo de los servicios que no quise hacer.

18 Sentencia Corte Constitucional SU-062/19. Salvamento de Voto, M. Diana Fajardo Rivera. “2. (...) en la audiencia pública llevada a cabo el 16 de agosto de 2018 el Inspector de Policía de Chinácota señaló que la casa donde funcionaba la Taberna Barlovento “no tenía las condiciones sanitarias para prestar servicios sexuales, los colchones estaban muy viejos, las habitaciones no tenían baño, las habitaciones de por sí eran muy pequeñas (...)”. Sobre las trabajadoras sexuales que allí prestaban sus servicios agregó: “no tienen un buen salario, les pagan como quieren, les retienen dinero”.”

Todas las muchachas que estaban ahí eran venezolanas y los dueños del lugar eran venezolanos. Y no les importó que yo me fuera sin plata y sin nada, ese día. En mi casa nunca van a saber que yo estuve en esa broma de prostitución. Nunca le voy a contar a mi familia. (Grupo Focal, 2019)

En este campo es importante destacar el trabajo que vienen realizando congregaciones religiosas como las Hermanas Adoratrices, Oblatas, Buen Pastor, Hijas de la Caridad, Orden Mercedaria, entre otras muchas, así como las Redes de la Vida religiosa contra la trata, animadas desde la CLAR, para acompañar a las víctimas que son captadas o están en riesgo y, en acciones de prevención. Esto las lleva a enfrentar a las mafias que trafican con seres humanos arriesgando sus propias vidas.

Violencia contra niñas y niños en las ciudades de acogida

Las niñas y los niños enfrentan diversos tipos de riesgos y violencias en los lugares de acogida. Madres cabezas de familia y

familias como muchos niños y niñas pequeñas se enfrentan a difíciles condiciones de vida. Muchas de las familias refugiadas y migrantes viven en viviendas precarias y algunas en situación de calle. Muchas madres y padres salen a trabajar con sus hijos e hijas pequeños ante la ausencia de un lugar seguro en donde dejarles mientras trabajan.

En julio (...) voy a buscar a mi bebé a la guardería. Y cuando lo voy a buscar a la guardería, la señora de la guardería me lo empuja y lo hace para afuera donde estoy yo. Y yo llego y la miro, extrañada, (...) cuando yo le huelo las manos a mi hijo, estaba todo lleno de pupú. Y yo le digo, ¿qué le pasó? Me dice que no se lo mande más, que hasta que yo no le enseñe buenos modales a él, que no se lo mande más. A un niño de dos años. Y yo llego y le digo, cómo así. Me dice, él está hecho pupú desde las 10 de la mañana. Yo fui a buscar a mi hijo a las 4 de la tarde. Y ella me dice, sí, no lo mandes más. Enséñale en tu casa y después me lo traes. Cuando yo llegué a mi casa que le quito la ropa, que veo toda, toda su ropa,

toda la ropita de él estaba pegada a la piel porque era un pupú ya seco. Cuando lo baño pegaba gritos (...) Saqué al bebé de la guardería, la señora de la guardería lo trató malísimo, de un momento a otro (...) Ella también estaba en otra guardería, porque yo fui a hablar con ella para meter a mi hijo. Me dijo: no, yo aquí, niños de venezolana, no quiero. Hubo tres guarderías que no me lo aceptaban porque era hijo de una venezolana. Porque él era venezolano. Yo llegué y la iba a denunciar, pero hablé con una señora que está en trabajo social en el hospital y la señora de trabajo social lo que me dijo fue: y a quién vas a denunciar tú, por qué no te vas a tu país y lo tienes mejor. Y yo llegué, y dije: ay, y a quién denuncio, si ella misma me está diciendo que no. Ella debería haberme dicho: no, sí, denúnciala, que se le cierra la guardería. Y me dijo, a quién vas a denunciar tú, por qué no te vas para tu país. Y yo como que, ajá, ya me fui. (Grupo Focal, 2019)

Y el frío. Me daba mucha asma. Si no sales a trabajar no te dan comida. Nada. Entonces ya nos queríamos ir porque no trabajábamos, no hacíamos nada, porque no nos subíamos a desnudarnos, no. Y entonces, bueno, tienen que hacerlo, porque, ajá y quién me va a pagar. Eran 150 mil pesos.

El que entra (...), se pierde en todo. En droga, en todo. Porque ahí te meten drogas para que tú andes así. Por eso a mí no me gustó, porque ahí, te tienes que meter vainas en la nariz para que tú andes activa las 24 horas, de madrugada, de día. Y yo preferí. Y bueno pues, yo dije, voy a agarrar para el pueblito a ver qué. Sin embargo, me enfermé mucho porque sufro de artritis en los huesos y el frío. Vivía, era enrollada por allá, el asma, eso. Hasta que una prima me envió la plata y me vine otra vez. Pero fue horrible. (Grupo Focal, 2019)

Los peores días

“Yo viajé (...). Eso fue el año pasado como en estas fechas. Bueno, vamos a probar, me dice una amiga, vamos (...) Llega una muchacha y nos dijo que íbamos a trabajar en un spa, que ella nos iba a pagar el pasaje, que ahí íbamos a tener, tanta cosa nos prometió en sí, pero no nos dijo cómo, nosotras sabíamos lo que íbamos a hacer, pero no lo que vimos allá. Ella nos habló tan bonito, que nosotras fuimos a buscar la maleta y nos fuimos.

Cuando llegamos (...) fue lo peor. Fueron los días peores. Ni en Venezuela pasé yo hambre como pasé allá. Horrible, (...) es más pesado y caro. Cuando llegamos allá nos metieron en un cuarto, teníamos que trabajar las 24 horas, de madrugada y de día. No dormíamos nada. Desnudarnos en una pasarela, a bailar en esa pasarela y yo no fui capaz, porque yo decía, pero así tampoco. O sea, las mujeres andan desnudas todas (...) Todas en la calle desnudas. Yo no podía. Se me caía la cara de vergüenza.

Robo y tráfico de niñas y niños

Algunas de las violencias identificadas en contra de niños y niñas fue el robo de bebés. Mamás que acaban de dar a luz, que están solas en casa al cuidado de hijos o hijas pequeñas o madres que son hospitalizadas por enfermedades crónicas o accidentes y no tienen con quien dejar a sus hijos son las situaciones que ponen a niñas y niños en mayor condición de riesgo.

Yo di a luz en 2018 y dos semanas después nos mudamos a un apartamento (...) El apartamento tiene una habitación, un cuartito pequeño, un bañito, cocina y una salita.

Al lado del cuartito en dónde vivíamos, antes del apartamento, vivía una muchacha que se hizo muy amiga y se encariñó conmigo, nos regalaba ropa y nos ayudaba. Ella decía que iba a ser la madrina de la bebé, le hizo muchos obsequios, antes y después de nacer. Cuando nació la niña, ella siempre muy cariñosa.

Cuando nos mudamos, fue como a 6 casas de ahí, entonces ella seguía llegando, cuidaba a la niña, jugaba con ella, la llevaba y la traía. Un día llegó muy bien vestida y dijo que se iba a llevar a la niña para tomarse unas fotografías. Yo dejé que se la llevara porque no vi ninguna malicia. Pero empezó a pasar el tiempo y no regresaban. Se hizo de noche y la fuimos a buscar a su casa, pero no la encontramos.

No aparecían y había pasado mucho tiempo, empezamos a preguntar a los vecinos y nadie sabía de ella ni de la niña. A eso de las 9 de la noche, decidimos llamar a la policía. Todo el barrio empezó a colaborar y a darnos apoyo, pensábamos que algo les había pasado. Los policías, los del GAULA estuvieron en la casa. Buscando, llamando, hablando con los vecinos. Alguien dio información, dijo que la muchacha había ido a encontrarse con el novio, que lo había engañado diciéndole que la niña era su hija.

Como a las 2 de la mañana se fueron todos, mi esposa se puso a llorar y un policía del GAULA le dijo que no se preocupara, que sabían que la niña seguía en la ciudad. Fue una noche de desesperación.

Como a las 7 de la mañana llamó la muchacha para hablar con mi esposa y le dijo que la niña estaba bien. Para ese entonces ya la tenía la policía y la llamada que le dieron la uso para llamar a mi esposa.



El agente del GAULA nos informó que ya tenían a la niña y que estaba bien. Estamos muy agradecidos con la gente del GAULA y con los que colaboraron y nos apoyaron.

Esta muchacha tenía todo organizado para registrar a la niña. El secuestro fue un viernes y el lunes iban a pagar 600 mil pesos (casi 170 USD), para registrarla. Todo lo tenían pensado. (Relato 07, 2019)

En algunos casos niños, niñas y adolescentes salen a la calle a trabajar vendiendo diferentes productos, situación que les expone a diversos tipos de violencia: robos, malos tratos, discriminación, xenofobia y también tráfico y trata de personas.

(...) En la calle pasa de todo, hace un mes un señor ofreció pagarme 200 pesos mil (57 USD) semanales, pero debía trabajar en otro país, en modelaje. Le dije a mi mamá que me iba a trabajar a una casa de familia, y me subí a la camioneta con ese señor. En la camioneta, me dijeron que no tenía que decir nada y que me iban a pasar por una trocha. Ahí había dos muchachas más, una de 14 y la otra de 17 años, me decían que no me subiera porque me iban a amarrar y a pegar. Que nos iban a llevar a otro país, a vendernos obligadas, y que no me iban a dar plata. Ellas estaban amarradas y yo todavía suelta. Cuando ellos se descuidaron, uno se bajó, como pude las solté y

nos escapamos. Abrimos la camioneta y salimos corriendo. Estaban armados y a una de las muchachas le dieron un tiro en la pierna, ya no supimos de ella porque la otra muchacha y yo seguimos corriendo.

(Relato 24, 2019)

Alquiler de niños y niñas

La situación de necesidad en la que se encuentran padres y madres les llevan muchas veces a situaciones límite buscando la manera de poder conseguir dinero para alimentar a sus hijas e hijos. El “alquiler de niños y niñas” es una de esas precarias y crueles formas de supervivencia.

Eso no se ve solo aquí (...). Solo sé que se ve en todo el territorio colombiano. En todo. La necesidad que tienen las madres venezolanas aquí en Colombia es que entran en la depresión pues, en el nerviosismo, cuando tienes cuatro o cinco muchachos. Te alquilan uno. Te dicen, llévatelo y te haces responsable de mi hijo. Pero lo que tú traigas, lo picamos a mitad, para yo sustentar, aunque sea por un día, a mis otros hijos y parte del arriendo. ¿Qué hacen? Te dan al niño, tocamos casa por casa. O sea, tocamos te digo, porque somos venezolanos y me estoy incluyendo. (Grupo

Focal, 2019)

Los derechos económicos, sociales y culturales

“Vivimos del diario (...) vivimos el día a día, así pagamos el alquiler y la comida, no podemos pensar en mañana, mucho menos en una semana”. (Grupo focal, 2019)

Como ya se ha afirmado en otros apartados de este informe, muchas de las personas refugiadas y migrantes venezolanas se enfrentan en los lugares de acogida, a la exclusión social; a querer que sus hijas e hijos accedan a la educación; a los servicios de salud; a una vivienda digna y a un trabajo remunerado y respetuoso de las prestaciones sociales a las que tienen por derecho.

Ambos contamos con permiso de permanencia. No tenemos empleo formal. Ya él tiene tres años y pico vendiendo tinto. Es un empleo que es de lunes a lunes. No tiene tiempo de socializar ni con sus hijos porque sale en la mañana, llega a las dos, vuelve a montar y vuelve a salir. Llega a las 11 o 12 de la noche. Esa es su rutina diaria. Al tener trabajo, pues mejora la educación, mejora la alimentación, mejoran todas las áreas. Porque ya uno tiene una fuente de empleo, ya uno está produciendo algo que te puede asegurar todas las demás áreas. Mis hijos estudian. Mis hijos tienen la salud. Gracias a dios, después del censo, pudimos obtener el PEP, pues ya estamos todos legalizados aquí. Entonces yo creo que ese sería mi proyecto. Ya buscarnos algo, bien sea independiente, que sería lo recomendable. (Grupo Focal, 2019)

Trabajo en condiciones dignas

Las personas refugiadas y migrantes venezolanas, que poseen por lo general un alto nivel de estudios y/o capacitación profesional y que tenían en Venezuela empleo, se enfrentan al desempleo o en el mejor de los casos a ser trabajadores independientes sin una remuneración justa y adecuada para un nivel de vida digno. (OIM, 2018)

El no poder acceder de manera real y efectiva a visas de trabajo, permisos de permanencia o incluso al reconocimiento de su condición como persona refugiada, se suma a los diversos obstáculos que enfrentan las personas en movilidad humana, para poder acceder a un trabajo en condiciones dignas y bien remunerado, profundizando más su situación de vulnerabilidad, en especial la de las mujeres, las y los niños y las personas adultas mayores.

A la falta de regulación de su situación migratoria se suman factores como la discriminación y la xenofobia: el pago de salarios por

debajo de los mínimos legales, las largas jornadas de trabajo y en ocasiones el no pago por el trabajo realizado son algunas de las situaciones a las que tienen que hacerle frente las personas refugiadas y migrantes en los diferentes países.

Como todos los venezolanos que emigran, lo más difícil, además del viaje, es conseguir trabajo. Uno se encuentra con personas que, como somos venezolanos, quedan en llamar y no lo hacen. (Grupo Focal, 2019)

Informes realizados en diferentes países, muestran cómo ha sido la inserción económica de las personas refugiadas y migrantes en cada país. En Perú, por ejemplo, el Banco BBVA realizó un informe en el que afirma “que la mayor parte de venezolanos en Perú se encuentra en edad productiva y registra un número de años de estudios más alto que el promedio de la población peruana. Sin embargo, su incorporación al mercado laboral local no se ha dado en las mejores condiciones: los indicadores de informalidad señalan que esta es muy elevada (gran parte de los inmigrantes no cuenta con permiso regular para trabajar y no le ha sido posible convalidar sus estudios)”. (BBVA, 2019)

Por su parte el Banco Mundial en su informe “Una Oportunidad para Todos: Los Migrantes y Refugiados Venezolanos y el Desarrollo del Perú”, afirma que en Perú:

Si bien [las personas venezolanas] tienen altos niveles de participación y ocupación en el mercado laboral peruano, sus condiciones de trabajo son más precarias que la de los peruanos (sic). La informalidad del mercado laboral peruano ha representado para [las personas] migrantes y refugiados venezolanos una vía de acceso relativamente rápida, pero susceptible de ser una fuente de vulnerabilidad. Se observa además una desconexión importante entre las calificaciones de la población venezolana y su ocupación; por ejemplo, trabajadores de alta calificación en ocupaciones elementales. (Banco Mundial, 2019)

Por su parte, en Colombia el Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas (DANE) publicó un informe que dispuso el mito acerca de la responsabilidad de las personas refugiadas y migrantes provenientes de Venezuela por la alta tasa de desempleo para colombianos en el país. Basado en los resultados de la Gran Encuesta Integrada de Hogares, el director del DANE declaró públicamente, “La posibilidad de decir que la población migrante venezolana está afectando estructuralmente el nivel de la tasa de desempleo es bastante remota en este momento,” citando la cifra de 19,2% asociada con la población venezolana desempleada a nivel nacional en comparación con la de colombianos que se ubica en el 10,1%. (GIFMM, Grupo Interagencial sobre Flujos Migratorios Mixtos, 2019)

Muchas de las personas refugiadas y migrantes venezolanas, sin importar el país o la ciudad en la que estén, trabajan en la informalidad. En algunos casos su fuente de trabajo es la preparación de comidas rápidas. Al respecto una joven afirmaba en uno de los grupos focales: “todas las personas venezolanas de esta ciudad salimos a vender salchipapas o empanadas, así no da el negocio”. En otros casos salen a vender “tintos” a las calles o dulces en los semáforos, aceptando que el mercado está saturado de personas venezolanas que como ellos y ellas están en el rebusque diario con negocios de venta de comida.

Faltaban como dos o tres meses para empezar el periodo de clases. Entonces en ese tiempo mi hija y yo decidimos hacer algo por nuestra cuenta para tener un ingreso. Empezamos a vender empanadas venezolanas. Yo soy abogada, pero amo la cocina, hice un curso de chef y creo que cocino algo bien. Preparaba las empanadas en una hornilla que teníamos prestada y mi hija salía a venderlas. Se hizo amiga de algunos chicos de la zona y la acompañaban y vendían muy bien. Tanto así que ese fue el inicio de algo super espectacular, porque llegamos a tener un restaurante.

Once meses más tarde, en 2018, hubo una migración masiva de venezolanos a Perú, porque iban a haber más restricciones para la entrada, ya no iban a otorgar el PTP. Todos los que entraron a partir del 1 de noviembre de 2018 ya no lo iban a poder solicitar, así que hasta el último de octubre muchísimos venezolanos salieron caminando y llegaron a Perú.

Eso nos afectó a nosotras, porque después de que empezamos de cero, vendiendo en la calle, casi de puerta en puerta habíamos logrado hacer un punto. Y el hecho de que hubiera tantos venezolanos dificultaba conseguir trabajo y para algunos de ellos fue más fácil aprovechar que ya teníamos un punto de venta y clientes, y nos montaron competencia, al lado y enfrente. Lamentablemente el negocio se fue a la quiebra, tuvimos que vender todo y nos tocó salir de ahí. (Relato 70, 2019)

A pesar de que todas las personas refugiadas y migrantes anhelan poder regularizar su estadía y poder acceder a permisos de trabajo, la verdad es que aun teniéndolos se enfrentan a las realidades económicas, de desempleo y de precarización laboral de los países latinoamericanos, sumado desafortunadamente a la discriminación y xenofobia.

Dios empezó a abrirnos puertas. Nosotros no teníamos cama, no teníamos nada. Dormíamos con unos colchones. Con un temor, porque eso es un patio grandísimo y salen muchas culebras y yo no dormía pendiente de que no hubiera una culebra, un sapo. Por los niños. Y yo salía y vendía y ya a las 8h00 ya estaba en la casa, volvíamos a trabajar, volvía a vender en la tarde, volvía a vender en la noche. Nos acostábamos a las 12h00, una, para levantarnos a las 3h00. Esa era nuestra rutina diaria. Comenzó el proceso. Fue un proceso largo. La ventaja de estar acá (...), que tú sales con un termo de tinto y haces para la comida (...)

En septiembre, a mi esposo lo llaman para trabajar en una empresa de goteros, le dicen acá. Cargando y descargando camiones. Le pagaban diario. Todo perfecto porque cuando, yo puedo decir, que cuando eso ocurrió, nosotros empezamos a mejorar la calidad de vida. Que había días que no hacíamos ni para la comida. Entonces le comprábamos a los niños la comida. Cuando él consigue ese trabajo, nosotros mejoramos mucho (...)

Mi esposo sí tiene PEP porque él sí selló, logró sacar su PEP. Sigue trabajando en lo mismo, aun cuando los explotan. Le pagan cuando quieren. Le pagan lo que quieren. Como son venezolanos le pagan menos. 'Como son venezolanos, para ustedes no hay plata, espérense' (...) Yo no pierdo las esperanzas de que mi esposo pueda encontrar trabajo en otro lado, porque en ese caso, ha habido mucha discriminación. (Grupo Focal, 2019)

Los cultivos de uso ilícito

La falta de oportunidades reales y dignas de trabajo, unidas a las precarias condiciones de vida de las personas refugiadas y migrantes, parecen ser una oportunidad dada para grupos vinculados con cultivos de uso ilícito, que ven en las personas refugiadas y migrantes “mano de obra barata” y fácil de obtener.

Aunque los relatos sobre las ofertas de trabajo en cultivos de uso ilícito se dieron en diferentes partes de Colombia, la mayoría de ellas se centraron en las historias que fueron compartidas en Cali, al sur del país.

Sí nos ofrecen, pero trabajos fuera de la ley. En Bucaramanga un señor me quería llevar a una finca, pero nunca me quiso decir cuál era, entonces no quise ir. Aquí (...), tres veces me han ofrecido trabajo en fincas de coca, pero yo les digo que no, que yo busco otro tipo de trabajo. Llegan al terminal en camionetas lujosas, la segunda vez llegó un señor en moto a decirme que, si estaba interesado en trabajar en una finca de coca, que iba a salir cada tres meses y con eso podía ayudar a mi familia. Los otros nos querían llevar de una vez en la camioneta. Éramos tres compañeros y en la camioneta también había como tres personas, bajaron el vidrio y nos dijeron “móntense que estamos buscando venecos para ir a trabajar a la finca”. Siempre dije que no quería trabajar en eso. (Relato 13, 2019)

Educación

Como se afirmó en el apartado sobre Las Causas de la Salida, una de ellas es el acceso a la educación tanto primaria, secundaria, como la universitaria. Durante la investigación fue posible constatar esta situación. Del universo de personas jóvenes que cursaban estudios bachilleratos o universitarios no continuaron estudiando. Algunas de ellas ya se habían visto obligadas a abandonar sus estudios desde Venezuela.

Vivíamos en el estado (...), mi mamá, mi hermano y yo. Estudiaba cuarto año de secundaria, me faltaba un año para terminar. Dejé de estudiar, porque los profesores nunca iban o nunca había clases, perdí la motivación y me resigné a no continuar con mis estudios. En realidad, de eso hace muy poco tiempo, lo que va de este año. No he pensado seguir estudiando, no lo he pensado. Es que se me ha hecho muy difícil, yo no traje papeles de mi liceo, mis notas, nada, porque no vine con la mentalidad de estudiar, yo vine a trabajar, nunca me pasó por la mente estudiar. Mi propósito es trabajar. Quiero trabajar y salir adelante. (Relato 58, 2019)

Niños y niñas en edad escolar

En Ecuador “Se identificó que algunos distritos de educación solicitaban documentos originales y apostillados para el proceso de matrícula de niños, niñas y adolescentes venezolanos

en el sistema educativo público”; (Reporte Operacional, 2019; R4V, 2020), esta situación parece repetirse en otras partes del continente.

Conseguir cupo en los colegios públicos o privados, aún con los documentos requeridos, ha sido difícil para la mayoría de niños y niñas venezolanas en los diferentes países. La discriminación velada ha hecho que directivas de los colegios pongan obstáculos para el acceso o que aun cuando son admitidos y admitidas se dan casos de discriminación entre los y las niñas.

Comencé el proceso de inscribir a mi hijo mayor, que estaba para primer grado. Me negaron el cupo porque él no tenía Sisbén y no tenía, aquí le dicen tarjeta de identidad. Entonces, yo al principio me desanimé mucho, porque yo decía: mi hijo va a perder el año escolar. Entonces empecé a asesorarme en Pastoral, por aquí en Caritas. Me dijeron: vete a la Secretaría de Educación, y allá tú vas a decir que existe tal ley que dice que no pueden negarles la educación a los niños venezolanos. Mi niño hizo la prueba y la pasó. Mi hijo ya gracias a Dios está estudiando, ya va a pasar a segundo grado. Los psicólogos de ahí me brindaron mucho apoyo también. (Grupo Focal, 2019)

A los obstáculos ya mencionados se suma, en algunos casos, la xenofobia de algunas de las personas administradoras de los planteles educativos, que en algunos casos incluye también violencia sexual.

Yo estaba al cuidado de los bebés, y decidí meterlos a la guardería, a un jardín infantil, y ponerme a vender a la calle, porque con un sueldo básico no se mantenía un hogar. En Ecuador hay salas de cuna, se llaman CIBVs, tienen a los niños desde las 7h00 de la mañana hasta las 4h00 de la tarde y les dan alimentación y una estimulación adecuada. Eso les garantizaba el cupo en los colegios públicos.

Empezamos a notar que los niños llegaban de la sala cuna con golpes, cuando preguntamos en la institución, nos decían que era algo normal por la edad, que se peleen o pellizquen. Pero eso sucedía con nuestros hijos y con los demás no. Estaban siendo víctimas de xenofobia, por ser hijos de venezolanos. Les decían que no eran ecuatorianos porque llevaban sangre venezolana y que le estaban robando un derecho -un cupo- a un niño ecuatoriano. En 2018, mi hija mayor, fue víctima de abuso sexual en el colegio, tenía 3 años, estaba en primero de inicial. Llegó

del colegio normal, mi esposo la llevó a hacer pipí y empezó a llorar de dolor, decía que le ardía, su ropita estaba manchada de sangre. Lo único que decía es “Ese niño es malo”. La llevamos al centro de salud urbano y en efecto determinaron que intentaron, pero no lograron romper su himen, pero estaba maltratada y psicológicamente estaba anulada, lloraba, gritaba y no se dejaba tocar por nadie. No hablaba absolutamente nada, fueron tres meses muy duros. Intentamos denunciar en la intendencia, en la fiscalía y en ningún lado nos tomaron la denuncia, ni siquiera el centro de salud que tenía que dar información a la DINAPEN, que es el órgano de la Policía, especializado en niños, no alertaron, ni hicieron absolutamente nada por el hecho de que eran hijos de extranjeros. Nunca más llevamos a la niña al colegio.

(...) La directora del colegio nos amenazó. Ella era la mamá del chico que abusó de mi pequeña. Nos dijo que, si poníamos la denuncia, ellos iban a inculpar a mi esposo por lo que le había pasado a la niña. Que lo iban a poner preso y como yo estaba ilegal me iban a quitar a los niños. Que iban a sacar órdenes de DINAPEN, e iban a hacer el trámite para adoptar a mis hijos, para que su hijo se diera gusto las veces que quisiera. Esas fueron sus palabras textuales. Su hijo era un chico que no tenía por qué estar en el colegio, porque era un centro infantil, con niños de hasta 5 años. (Relato 74, 2019)

Otro de los obstáculos, con relación al acceso a la educación de los niños y las niñas en los diferentes países, ha sido la falta de dinero para comprar los materiales escolares y uniformes, esto hace difícil el acceso real y efectivo para que las niñas y los niños puedan asistir a la escuela en condiciones apropiadas. Debido a esto algunos niños y niñas son inclusive víctimas de *bullying* por parte de sus propios compañeros/as.

Vivienda

Las personas refugiadas y migrantes venezolanas, enfrentan otro reto en los diferentes países de América Latina: las condiciones precarias de vivienda. Enfrentadas a la búsqueda de un lugar seguro para vivir sin o con escasos recursos económicos muchas de las personas se ven obligadas a vivir en condición de calle:

Nunca esperamos estar en situación de calle. Pero como somos muchos venezolanos en esa situación, nos adaptamos, porque no estamos solos. Buscamos la manera de subsistir. Llegamos a

ser de 15 a 20 venezolanos en el terminal, durmiendo en cartones, en el piso, con las maletas encima y siempre llegaba gente chilena con comida, con abrigo con medicina. Se acercaban personas de la iglesia o independientes, con comida y abrigo. Chile es frío. Siempre nos invitaban a la iglesia, en una de esas ocasiones decidimos acompañarlos. Allí conocimos a otros chilenos y nos fueron conociendo a nosotros. Así conocí a una familia que estaba siempre muy pendiente de los venezolanos. Es una familia admirable, no muchos hacen eso. Durante los 20 días que estuvimos en el terminal nos tratamos y conocimos bastante. Les comenté que quería regresar a Venezuela. (Relato 02, 2019)

Alquilar lugares como parqueos o patios de casas adaptados como vivienda:

Cuando ya estábamos los tres en Maicao, vivíamos en un patio, en una residencia, dormíamos en una hamaca, con una sabanita. Estábamos seguros dentro de cuatro paredes, no en la calle. Ahí pagábamos tres mil pesos por la noche (menos de un dólar), y dos mil por bañarnos. Primero juntábamos para pagar eso y después veíamos qué comer. Ahí vivía bastante gente. Duramos como siete u ocho meses viviendo en ese patio. (Relato 33, 2019)

Alquilar sitios en barrios periféricos en los que los terrenos no están aptos para vivir y tienen, entre otras, consecuencias directas sobre la salud de madres y niñas/niños la mayoría de veces.

Estamos viviendo mal, dormimos en el suelo, cocinamos en un fogón de leña. El ranchito donde vivimos es chiquitito, entonces nos pusimos a pedir y nos regalaron unas lonas, plásticos y unas tablas. Con eso construimos otro cuartito. El techo de plástico, y con un poco de cemento que nos regalaron hicimos un pisito. No teníamos baño, las necesidades las hacíamos adentro y en bolsa, por eso las niñas se enfermaron. Yo también me estoy enfermando, los ojos me arden por el fogón, yo nunca había cocinado en fogón. (Relato 21, 2019)

Tenemos seis días en Tumbes, en Zarumilla, nos estamos quedando en una invasión, en una casita que una señora nos está prestando, no tiene agua, ni luz, no tiene nada. La casita es de puro palo y techo de lámina. Hemos comido cualquier cosa, ayer una señora nos regaló unos guineos. Porque no tengo dinero, estuve limpiando cebollas y no me han pagado. No pagan, hay gente que lleva tres meses esperando que le paguen. (Relato 68, 2019)

En otros casos, las personas refugiadas y migrantes logran alquilar lugares en mejores condiciones, sin embargo, aún precarios. Muchas de las familias venezolanas refugiadas y migrantes son numerosas. El promedio de hijos/hijas identificado fue entre dos y seis hijos/hijas, en algunos casos viajan junto con abuelos, abuelas y/u otros familiares. Estas familias numerosas muchas veces viven en casas o residencias en las que hasta ocho personas viven en un mismo cuarto y comparten baño con otras 20 personas.

Ahora tenemos un arriendo también incómodo, porque vivimos mis dos sobrinos, mi suegro, mi esposo, yo, mis tres niñas, que una es mi nieta y mis dos gemelas. Entonces estamos ahí, demasiado incómodos. Tenemos colchonetas en el suelo. Tenemos una sola colchoneta que es arriba, donde duermen mis tres niñas. Y así...vivimos ocho en un cuartito. (Grupo Focal, 2019)

En las diferentes ciudades de acogida, las personas refugiadas y migrantes venezolanas han ido buscando en donde poder vivir. En algunos casos se han encontrado con barrios periféricos en donde terrenos baldíos o sin dueños. Algunos ejemplos son Villa Caracas y el Ferrí en Barranquilla, Colombia; el barrio 6 de Reyes en Cúcuta y en Solanda en Ecuador.

En el caso de Quito, Ecuador, el barrio Solanda situado al sur de la ciudad, que en el pasado también acogió a personas colombianas, cubanas y de otras nacionalidades, hoy en día, es uno de los barrios con mayor densidad poblacional. “Se calcula que tiene más 100.000 habitantes”, aunque en los años 70 fue diseñado para 20,000. Actualmente, los dueños de las casas modificaron las viviendas para alquilar una parte de ellas. “Los venezolanos llegan a Solanda buscando esos espacios mínimos, que se alquilan entre los 150 y 250 dólares, y casi siempre los comparten con otros”. Dada la alta presencia de personas migrantes y refugiadas venezolanas, muchas personas se refieren a “Venesolanda”. (Constante, 2019)

Salud

A pesar de identificar casos en los que las personas refugiadas y migrantes han recibido los servicios de salud necesarios, los retos en esta materia siguen siendo importantes.

La falta de información clara y oportuna afecta el acceso a los servicios de salud tanto estatales como privados por parte de las personas venezolanas refugiadas y migrantes. Por un lado, existe un desconocimiento general sobre los sistemas de salud en los diferentes países y sobre cómo acceder a ellos, y por otro lado, “no se tiene claridad respecto de la cobertura o a que sis-

tema pueden acceder” (Blouin, 2019). Muchas de las personas en condición de movilidad y que recién se están asentando en la diferentes ciudades y países recurren a la experiencia de terceros ante una eventual emergencia médica, de esta manera buscan cualquier centro de salud que pueda atenderlos.

En Colombia, de las familias que pueden acceder al PEP, aproximadamente el 30% está haciendo el uso adecuado del documento.

“La realidad es que no lo utilizan. Desconocen que teniendo PEP pueden afiliarse al Sisbén, y teniendo Sisbén, pueden ser atendidos en la red pública de salud, y dos o tres meses posteriores al Sisbén, pueden afiliarse a una EPS subsidiada de acuerdo con las ofertas de EPS en la región, pero muchas veces desconocen que teniendo el PEP pueden hacer trámites”.

Para la afiliación a la EPS, ellos reciben una visita para categorizar en qué nivel de Sisbén están, si en 1, 2 o 3. Posteriormente ya se hace una afiliación a una EPS subsidiada. De acuerdo con las EPS que tienen acceso a afiliación de población migrante: El 25% son las personas que tienen PEP y de ese 25% ni el 5% son usuarias del sistema de salud. Por falta de información. (Entrevista Contexto, 2019)

Por las precarias condiciones en las que se encuentran, las personas refugiadas y migrantes en condición no regular y en situación de calle son las que enfrentan más riesgos para su salud. Muchas de estas personas reciben los restos de comida de los restaurantes, buscan en la basura al final de día o racionan los alimentos a los que tienen acceso para poder comer durante varios días. Otros sencillamente comen una vez por día.

A las difíciles condiciones de higiene también se les suma riesgo. No tener acceso a baños y servicios de higiene hace que deban bañarse una vez a la semana, buscar ríos -algunas veces contaminados- para bañarse o usar aseos que no cuentan con las condiciones higiénicas adecuadas, lo cual acarrea que tengan problemas de piel o estomacales.

Pese a esto, o sumando a esto, es tal vez este grupo de personas refugiadas y migrantes son las que encuentran más obstáculos en la atención médica y los servicios de salud.

Cuando me enfermé por bañarme en el río no tuve asistencia médica, busqué medicinas en la basura y encontré unas pastillas, con eso me curé. Ahorita tengo parte de la dentadura mala, me duele y no he podido solventar eso, porque no cuento con asistencia médica, ni dinero para pagar. (Relato 15, 2019)

Villa Caracas, Barranquilla, Colombia

Era un terreno en el bosque que limita con el barrio La Ceiba, en Barranquilla. Ese pedazo se deslizó porque la tierra era movediza, y las casas se cayeron. El gobierno de Colombia reubicó a los colombianos que vivían ahí y el terreno quedó abandonado. Se llenó de escombros y maleza.

Hace tres años, cuando comenzaron a llegar de manera masiva las personas migrantes y refugiadas venezolanas a Colombia algunas personas comenzaron a limpiar el terreno y lo nivelaron para instalarse ahí. Al principio eran cinco familias, que vivían en unos ranchitos que pegaron al poste que estaba cerca de la calle pavimentada. Ahí, en esa calle, encontraron la toma principal del agua y la llevaron -en tubería- hacia uno de los ranchos, a unos 300 metros. En ese rancho instalaron las aguas blancas e hicieron una letrina. Así comenzó Villa Caracas.

Después llegaron más personas venezolanas y comenzaron a construir ranchos hechos de tablas, con diferentes tipos de techo: de zinc, de Eternit, de material reciclado o de plástico, y algunos no tienen techo. La tubería del agua atraviesa toda Villa Caracas, porque ese primer rancho estaba en el otro extremo de la fuente de agua, y la gente utilizó ese mismo tubo y así se hizo una red de aguas blancas que abastece toda Villa Caracas. Al principio esa red de tuberías estaba sobre la tierra, después las empezaron a enterrar, ahora no se ven, pero todos los ranchos tienen agua. Eso sirvió para que las familias que iban llegando se pegaran a la fuente de aguas blancas.

En la parte que está más pegada a la calle pavimentada, encontraron la tubería de aguas negras de las casas cercanas y jalaban un tubo hasta Villa Caracas y tienen servicio de aguas negras en algunos ranchos. Además, encontraron la tubería de gas que estaba antes en las casas, y lograron abrir esas tuberías y conectarse. Actualmente hay como 200 casas que tienen servicio de gas por esta tubería, aunque representa un riesgo por alguna mala conexión.

Durante un tiempo se mantuvo un esquema de seguridad en el barrio, pero como Villa Caracas ha crecido mucho son como 1.800 personas y se ha vuelto más peligroso.

Quienes viven en Villa Caracas son aproximadamente 70% personas venezolanas y 30% de personas colombianas desplazadas o retornadas de Venezuela.

En la comunidad no hay escuela, no hay servicios de salud, no hay parques, no hay nada, solo ranchos. A diez minutos caminando, hay una escuela de Fe y Alegría que recibe a todos los niños y niñas de Villa Caracas, no importa si son venezolanos o colombianos. (Relato 06, 2019)

La atención médica se me ha negado. Me he enfermado dos veces y no he logrado que me atiendan. La primera fue en julio, una ambulancia me dio una comida, en el momento que la comí me enfermé, me dio vómito, se me bajó la presión, casi me desmayo. Aquí los médicos colombianos no me quisieron atender, me dijeron que tenía que pagar por la consulta en el hospital San Juan de Dios. Estuve esperando como tres horas y no me quisieron atender, me tuve que ir.

Y hace poco me dio fiebre y vómito, volví al hospital San Juan de Dios y no me quisieron atender. Tuve que pedir ayuda, los compañeros venezolanos que están en el terminal me dieron para comprar pastillas. (Relato 13, 2019)

La precarización en los servicios de salud profundiza las condiciones de vulnerabilidad de las personas con necesidades específicas como niñas y niños, mujeres, adultas mayores refugiadas y migrantes, entre otras.

Mi hijo acababa de llegar conmigo de vender café. Entonces él estaba jugando ahí. Y entonces yo le digo, “papi, te voy a hacer unas tajaditas”. Comencé a calentar y a hacer las tajadas, eso tenía agua con aceite, entonces eso se incendió. Y eso fue una humazón horrible, yo dije, dios mío, yo voy a incendiar esto acá. Bueno, cuando voy a sacar eso, en ese momento explota el aceite y le cae el líquido del aceite a mi hijo. Eso fue lo peor que me podía pasar, porque yo venía con una experiencia más o menos así. Cuando lo llevo al centro de salud, a mi hijo no me lo atendían. Entonces, era una quemadura de segundo grado que necesitaba vigilancia médica. Yo le lloré al doctor y le dije que eso necesita insumos médicos que yo no tengo, usted me puede ayudar.

Entonces el doctor sí me dio jabón antiséptico, me dio gasas, me puso analgésicos. Comencé yo a hacerle las curas a mi hijo y le comencé a inyectar yo misma los analgésicos, porque eso era mucho dolor al principio. Y las cremas para las quemaduras aquí tan costosas, imagínese que costaban 50 mil pesos y yo no tenía nada. Duré 15 días prácticamente que no hacía nada, porque estaba cuidando al niño. (Grupo Focal, 2019)

Salud sexual y reproductiva

Las difíciles y precarias condiciones para el acceso a la salud de las personas refugiadas y migrantes se agravan en el caso de las mujeres. La falta de acceso a la salud sexual y reproductiva unida a la violencia obstétrica se cruza, desafortunadamente en algunos casos, con la discriminación y la xenofobia.

Yo me controlaba la maternidad (...). El día que llegué con dolores fue porque me caí en una acera, pegué la mitad de la barriga en la acera. Eso me adelantó el parto. Llegué allá con tres de dilatación. No me quisieron atender, a pesar de que ahí llevaba mi control, me mandaron para la casa, a caminar.

Estuve así como tres semanas, con dolores, con supestamente tres de dilatación. Y los dolores eran más fuertes cada día. Hasta que me mandaron de emergencia al hospital. Cuando llegué, ya tenía ocho de dilatación y casi no tenía líquido. Cuando me subieron a piso ya tenía nueve, pero el bebé no nacía, porque se encajó en la cesárea que mi hicieron con el primer embarazo y no podía salir. Yo lloraba, porque no podía parirlo. Llegó un momento en que empecé a gritar del dolor y era porque la primera cesárea se me estaba abriendo. Tuvieron que hacerme otra cesárea de emergencia.

Recuerdo que yo tenía mucho sueño, pensaba que era el cansancio, y no, era porque me estaba muriendo. La hemoglobina me llegó a 4. La placenta se reventó dentro de mí. Me sacaron como 12 compresas de sangre. Me dio preeclampsia y la presión se me alteró mucho. Lo doctores ya le habían dicho a mi mamá que yo me estaba muriendo, que no me dejara dormir. No sé de dónde tuvo fuerzas mi mamá para no llorar delante de mí y decirme lo que estaba pasando. Me pusieron al bebé para que yo no me durmiera, mientras me estaban cerrando y estabilizando. Los doctores tomaron la decisión de ligarme, sin mi consentimiento. (Relato 51, 2019)

Generales

1.

Fortalecer el trabajo articulado entre las obras de la Iglesia católica al servicio de las personas refugiadas, migrantes y víctimas de trata, consolidando la Red CLAMOR.

2.

Lograr una mayor sinergia entre las organizaciones de la Iglesia católica que atienden personas en movilidad humana con los organismos de las Naciones Unidas y otras instancias internacionales, para juntos promover el desarrollo integral de las personas refugiadas y migrantes.

3.

A pesar de los notables esfuerzos de coordinación en la respuesta a la situación de las personas refugiadas y migrantes, es necesario reforzar y alinear más las coordinaciones en los planos nacionales en las diferentes ciudades, tanto por parte de las organizaciones nacionales como internacionales. Algunas personas refugiadas y migrantes sienten que en las ciudades la respuesta podría ser más fuerte y articulada.

4.

Pensar, diseñar y ejecutar desde las diferentes redes y organizaciones campañas para la eliminación de la discriminación y la xenofobia. Una alianza entre diferentes actores es fundamental. Es necesario realizar un fuerte trabajo de sensibilización social y con operadores estatales, tanto en los lugares y las ciudades de acogida como en las rutas de tránsito, desmontando los prejuicios preconcebidos que se tienen sobre las personas refugiadas y migrantes. Actualmente, se cuentan ya con estudios económicos y sobre seguridad que desmontan las falsas nociones y mitos que dan sustento a la discriminación.

5.

Hacer incidencia ante los Estados Nacionales para que, superando políticas migratorias que asumen a las personas refugiadas y migrantes como “un riesgo para la seguridad”, cumplan con los tratados y acuerdos internacionales, respeten los derechos humanos de las personas refugiadas y migrantes y favorezcan su integración, especialmente aquellas en situación de mayor riesgo.

6.

Continuar trabajando con las y los servidores públicos en los diferentes países, para que se sensibilicen al momento de atender a las personas refugiadas y migrantes venezolanas, ya que muchas de ellas siguen sufriendo discriminación y xenofobia.

7.

Los esfuerzos por brindar información adecuada y accesible a las personas en condición de movilidad han sido importantes. Sin embargo, siguen siendo limitados en sus alcances. Es necesario repensar el cómo llegar a la población de una manera más articulada, acertada y efectiva.

8.

Es necesario reforzar la atención a las personas refugiadas y migrantes desde una perspectiva de igualdad de género y enfoques diferenciados en la prestación de los servicios en diversas áreas tanto en las rutas de tránsito como en los lugares de acogida.

9.

Dado el importante número de casos con necesidades específicas es difícil realizar un seguimiento particular a cada uno de los que se presentan. Sin embargo, es fundamental, realizar un mayor y mejor acompañamiento a este tipo de casos, especialmente los que impliquen personas en situación de mayor riesgo como mujeres madres solas o adultas mayores, niños, niñas y adolescentes no acompañados/as o separados/as, personas sobrevivientes de violencia de género, personas LGBTI+, personas con discapacidad y personas adultas mayores, entre otras.

10.

Reforzar en los Espacios de Apoyo, en los centros de acogida temporal y otros lugares de atención y de presentación de servicios el componente de acompañamiento psicosocial a las personas refugiadas y migrantes. En la atención resulta importante tener un enfoque de género, intersectorial y por grupos etarios, fomentando los espacios de escucha, de autoayuda y de confianza para las mujeres y niñas.

11.

Continuar promoviendo la participación de las personas refugiadas y migrantes en los procesos y proyectos que les competen. Promover, escuchar e incluir el enfoque de edad, género y diversidad y participación comunitaria. Propiciar procesos de empoderamiento donde las personas refugiadas y migrantes sean sujetos protagonistas de sus luchas y no meros objetos receptores de dádivas. Escuchar a las personas refugiadas y migrantes no solo en sus historias de sufrimiento si no en sus propuestas para generar cambios.

Salud

12.

Reforzar la cooperación con los Estados de modo que se incrementen las brigadas médicas en barrios, y zonas en las que las personas refugiadas y migrantes se encuentran en condición de calle o en condiciones de vivienda precarias, de hacinamiento o de insalubridad. En casos de que las haya, aumentar las campañas de información sobre estos servicios en zonas en las que se identifican viven o trabajan personas refugiadas y migrantes para que tengan conocimiento y puedan acceder a los servicios existentes.

Inserción laboral

13.

Continuar reforzando los esfuerzos de mapeo y diagnósticos sobre las necesidades del mercado de trabajo en las ciudades y lugares de acogida, enfocando los proyectos de medios de vida o de emprendimientos a los resultados de estos estudios. De esta manera se evita la saturación de los mercados “labores independientes” de las personas refugiadas y migrantes, diversificando y supliendo vacíos locales identificados.

14.

Diseñar o reforzar, cuando las haya, capacitaciones para la reintegración económica y profesional de las personas refugiadas y migrantes. Incluyendo formación en temas digitales y tecnológicos, que pueda brindar nuevas oportunidades de generación de ingresos. En el caso de las mujeres, es necesario tener en cuenta el impacto de la “domesticación” del trabajo y la “sexualización del cuerpo” de la mujer, para generar impactos positivos durante la reintegración profesional a la vida laboral.

Integración

15.

Es necesario continuar pensando, diseñando y ejecutando planes de integración social desde la misma prestación de los servicios, considerando las necesidades de las poblaciones de acogida e integrando a ésta en la ejecución de los programas diseñados.

16.

Replicar los programas exitosos y adecuarlos a otros contextos puede resultar altamente provechoso.

Corolario

Seguiremos caminando

Los pies de Noelia, Edwin, John Jairo, Jesús, Miguel Ángel, Olivia, José Manuel, Jackeline, Kelly, así como los de los más de cinco millones de refugiados y migrantes venezolanos, están cansados de tanto andar y desandar los caminos en búsqueda de protección y un futuro digno en América Latina y El Caribe.

Son pies fuertes, ágiles, pero duelen, están heridos ya por kilómetros de carreteras, por los miedos, las frustraciones e incertidumbres que han marcado sus pasos desde que salieron del país que los vio nacer y crecer.

Por ello desde la Red CLAMOR, con el invaluable aporte de ACNUR, decidimos ver más allá de números y estadísticas para contar historias de vida de venezolanos y venezolanas que un día dijeron “pies para que te tengo” y se lanzaron a las rutas de tránsito en búsqueda de un destino seguro.

En esta publicación, que está llena de vida y experiencias concretas, compartimos el sufrimiento y los riesgos que las personas refugiadas y migrantes han enfrentado; pero de manera especial, la valentía, la fuerza interior y la resiliencia de hombres y mujeres que están luchando sin descanso, con creatividad, para conquistar metas y hacer realidad sus sueños.

Las palabras en estos textos brotaron de personas extraordinarias y resilientes en búsqueda de una vida digna y segura donde puedan tener pleno goce de sus derechos.

Como quien pisa tierra sagrada, las organizaciones que conformamos la Red CLAMOR, del Consejo Episcopal Latinoamericano CELAM, nos quitamos las sandalias para encontrarnos con ellos y ellas.

Nos contaron que ninguno, en medio de la crisis humanitaria que azota a su hermosa Venezuela, podía sobrevivir con dos dólares de salario al mes, compitiendo con la inflación más alta del mun-



do, que solo les permitía comprar una harina pan y un kilo de queso y los condenaba al hambre.

Se negaron a morir por no poder comprar los remedios para su diabetes o hipertensión, porque en ningún hospital se podían hacer la operación que necesitaban con urgencia, dializar o recibir quimioterapia.

Agudizamos los oídos para escuchar que se cansaron de luchar por sobrevivir sin servicio de agua en sus casas, con largas interrupciones de la luz eléctrica todos los días, cocinando en leña como lo hacían sus abuelas por no poder conseguir la bombona de gas doméstico, haciendo largas filas todos los días para comprar unos pocos víveres; viendo como la miseria menguaba a su familia y en especial a sus hijos.

Otros ya no soportaron la persecución política, las torturas o los abusos de poder. La inseguridad de sentirse en peligro a cada paso. Por ello, decidieron huir. Cargaron en un morral tricolor descolorido un poquito de ropa y una maleta llena de sueños y esperanzas de poder conquistar su derecho a una vida mejor en algún rincón del continente.

Definitivamente huyeron, se vieron forzados a dejar su país, y así deben ser reconocidos por los Estados, los organismos internacionales y por las comunidades de tránsito y acogida.

También abrieron sus corazones para contarnos que la travesía estuvo llena de peligros. Junto con el clima inclemente, debieron soportar violencia, asaltos, abusos sexuales, dormir en las calles, estar días sin poder ducharse, pasar hambre, rezando a Dios el auxilio para ellos y ellas y los suyos en la intemperie.

Y así las ciudades de América Latina y El Caribe están llenas de personas refugiadas y migrantes venezolanas luchando por sobrevivir.

Nos acostumbramos a ver por todas partes, la cajita blanca con arepas, que, aunque es liviana, pesa sobre los hombros de quien lucha por reunir, aunque sea lo mínimo para comer, pagar el arriendo y enviar algo a sus seres queridos.

Indigna leer las historias de trabajo esclavo, de personas refugiadas y migrantes forzadas a laborar en condiciones infrahumanas, por menos del salario mínimo, más de 10 horas diarias, de lunes a domingo, para después ser despedidas, muchas veces sin recibir paga alguna. Llevando a algunos a caer al fondo de la mendicidad.

Dolorosas las páginas de esta publicación donde escuchamos testimonios de mujeres que fueron explotadas y abusadas sexualmente a cambio de comida, de ser trasladadas en un tramo peligroso de la ruta o de ser engañadas al ofrecer-

les regularizar su situación migratoria. Niños, niñas y adolescentes cambiaron las escuelas y juguetes por las calles, trabajando o siendo usados para la mendicidad o la explotación sexual.

Lamentablemente muchas personas narraron que se han sentido rechazadas, insultadas, estigmatizadas como delincuentes, responsabilizadas de quitarle el trabajo a los nacionales y de agravar los males sociales.

Muchas de las personas entrevistadas manifestaron su preocupación por que la mayoría de los Gobiernos de la región han impuesto visas y exigido documentos difíciles de conseguir en Venezuela, por lo cual muchas personas no han podido cumplir con los requerimientos establecidos y se han visto expuestas a cruzar irregularmente, aumentando su situación de vulnerabilidad.

El virus de la exclusión

Esta publicación fue culminada en el contexto de la pandemia de la COVID-19 que agudizó la vulnerabilidad de las personas refugiadas y migrantes.

El virus ha incrementado los riesgos a los que se enfrentan las personas venezolanas en la región. Han perdido sus ingresos y muchas se han quedado en situación de calle. Debido a su condición de irregularidad, varias no pueden acceder a los servicios básicos, como el de salud tan necesarios en este momento, o tienen miedo a hacerlo por si son aprehendidas.

Por eso muchos de esos pies ahora caminan transitando las peligrosas rutas, con las fronteras cerradas y más dificultades para la movilización, algunos intentando retornar a su tierra, donde también son víctimas de xenofobia y señalados por traer con ellos el virus a su país.

Lo más preocupante es que están regresando a un país con una situación peor que cuando se fueron, por lo tanto, en base a los relatos que comparten cuando pasan por las casas de acogida, creemos que muchas de las personas retornadas, una vez, Dios mediante, se disminuya el impacto de la pandemia, volverán a salir.

Fuente de esperanza

No obstante, sin duda alguna, las personas refugiadas y migrantes venezolanas son una fuerza positiva que, con su trabajo honesto, tesorero y profesional, están aportando al desarrollo de las naciones de acogida.

También resaltan las personas refugiadas y migrantes venezolanas que han contribuido a la renovación del dinamismo misionero en parroquias de toda América Latina y El Caribe.

Sus testimonios dieron fe de la capacidad de lucha, de resiliencia, de la nobleza de un pueblo que, en medio de tantos sufrimientos, no deja de sonreír, de cantar, de bailar, de creer que mañana será mejor y trabajar para que así sea.

Las personas refugiadas y migrantes venezolanas agradecen la solidaridad de tanta gente buena que se hace de camino. Las familias sencillas que comparten una sopa caliente, les permiten usar el sanitario e incluso dormir en una cama limpia. Y expresan un agradecimiento especial a las obras de la Iglesia católica que reconocemos a Cristo en las personas refugiadas y migrantes y a través de ellas le servimos.

Según el mapeo realizado por la Red CLAMOR en el año 2020, en América Latina existen 627 obras de la Iglesia católica que atienden a personas refugiadas, migrantes, y víctimas de trata, en 354 ciudades, de 22 países.

Todo este quehacer se enmarca en los Cuatro Verbos que el Papa Francisco nos presentó: Acoger, Proteger, Promover e Integrar (Mensaje para la 104 Jornada Mundial del Migrante y el Refugiado. 2018). Siempre animados y apoyados por la Sección de Migrantes y Refugiados del Dicasterio al servicio del Desarrollo Humano Integral de la Santa Sede.

También agradecen los Espacios de Apoyo y otros servicios que han recibido de las organizaciones de las Naciones Unidas, la cooperación internacional y otras instancias de la sociedad civil y los gobiernos nacionales y locales. La persona venezolana es agradecida. Y eso queda claro en este trabajo de investigación.

“Pies para que tengo”, sigamos caminando, aún hay mucho por hacer.

Salir es un derecho. No verse obligados y obligadas a hacerlo también lo es.

Es urgente construir puentes donde se pretende erigir muros. Debemos promover la cultura del encuentro y la acogida fraterna, reconocernos ciudadanos universales, donde todo hombre y toda mujer sin importar donde haya nacido, pueda tener vida y vida en abundancia (Cf Jn 10, 10).

Y seremos bienaventurados cuando podamos escuchar la voz del Señor que nos diga: “vengan benditos de mi Padre porque anduve forastero y me recibieron” (Mt 25, 35).

MSc Elvy Monzant Arraga
Secretario Ejecutivo de la Red CLAMOR

Referencias bibliográficas

ACNUR. (2013). Interpretación de la definición ampliada de refugiado contenida en la Declaración de Cartagena. *Reunión de Expertos*. Montevideo, Uruguay.

ACNUR. (Octubre de 2018). *Consecuencias de xenofobia y racismo y medidas que se pueden tomar*. Recuperado el Noviembre de 2019, de ACNUR Español: https://eacnur.org/blog/xenofobia-y-racismo-consecuencias-y-medidas-que-se-pueden-tomar-tc_alt45664n_o_pstn_o_pst/

Banco Mundial. (2019). *Una Oportunidad para Todos. Los migrantes y Refugiados venezolanos en Perú*. Peru: Banco Mundial.

BBVA. (10 de Octubre de 2019). *www.bbva.com*. Obtenido de BBVA Research: El aporte de la inmigración venezolana a la economía peruana: <https://www.bbva.com/es/pe/bbva-research-el-aporte-de-la-inmigracion-venezolana-a-la-economia-peruana/>

Blouin, C. (2019). *Estudio sobre el perfil socio económico de la población venezolana y sus comunidades de acogida: una mirada hacia la inclusión*. Lima: Instituto de Democracia y Derechos Humanos de la Pontificia Universidad Católica del Perú y PADF.

Comercio, R. E. (25 de Octubre de 2019). *El Comercio Perú*. Obtenido de Perú: <https://elcomercio.pe/peru/venezolanos-en-peru-ordenanzas-y-otras-medidas-municipales-en-contra-de-comunidad-migrante-noticia/>

Constante, S. (9 de Junio de 2019). *Noticias*. Obtenido de Univision.com: <https://www.univision.com/noticias/america-latina/los-rostros-de-venezolanda-la-capital-de-venezuela-en-quito>

Contexto Cúcuta, C. (15 de Octubre de 2019). Entrevista Pastoral Social Cúcuta. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Ecuador. (16 de Septiembre de 2019). Hnas. Scalabrinianas. (A. Bolaños, Entrevistador) Quito.

Entrevista Contexto Colombia, A. (13 de Septiembre de 2019). Adoratices Bogotá, Colombia. (A. B. Vargas, Entrevistador)

Entrevista Contexto Ecuador, A. (19 de Septiembre de 2019). Ecuador. (A. B. Vargas, Entrevistador)

Entrevista Contexto, C. (15 de Octubre de 2019). Pastoral Social Diócesis de Cúcuta. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

GIFMM, G. I. (2020). *Colombia Migrantes y Refugiados Venezolanos*. Colombia.

GIFMM, Grupo Interagencial sobre Flujos Migratorios Mixtos. (2019). *Colombia: Reporte Situacional, septiembre 2019*.

Grupo Focal 2, P. A. (11 de Octubre de 2019). Grupo Pastoral. (A. Bolaños, Entrevistador)

Grupo Focal, F. (10 de Octubre de 2019). Familias. (A. Bolaños, Entrevistador)

Grupo Focal, C. (13 de Octubre de 2019). "Nos hechamos un país en una maleta". (A. B. Vargas, Entrevistador)

Grupo Focal, M. C. (10 de Octubre de 2019). (A. B. Vargas, Entrevistador)

Grupo Focal, N. d. (15 de Octubre de 2019). (A. B. Vargas, Entrevistador)

Grupo Focal 2, L. P. (23 de Octubre de 2019). (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Grupo Focal, P. (22 de Octubre de 2019). Grupo Focal. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Grupo Focal 2, E. (16 de Septiembre de 2019). (A. B. Vargas, Entrevistador)

Grupo Focal 1, E. (18 de Septiembre de 2019). Grupo Focal, personas en tránsito. (A. Bolaños, Entrevistador)

OACNUDH. (2016). *A/HRC/32/50, Informe del Relator Especial sobre las formas contemporáneas de racismo, discriminación racial, xenofobia y formas conexas de intolerancia*. Ginebra.

OACNUDH. (2019). *A/HRC/41/18 Informe de la Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los DDHH sobre la situación en la República Bolivariana de Venezuela*. Ginebra.

OACNUDH. (2019). *A/HRC/41/18/SP, Informe de la Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos sobre la situación de los derechos humanos en la República Bolivariana de Venezuela*. Ginebra: OHCHR.

OIM, O. I. (2018). *MONITORING VENEZUELAN CITIZENS' PRESENCE: TRINIDAD AND TOBAGO*. Trinidad y Tobago: OIM.

ONUSIDA. (2019). *Diagnóstico rápido: Situación de los migrantes venezolanos con VIH en el Perú*. Lima: ONUSIDA.

Panamá, E. c. (2 de Noviembre de 2019). Empresario. (A. B. Vargas, Entrevistador)

Panamá, E. (2 de Noviembre de 2019). Entrevista de Contexto, Ciudad de Panamá. (A. Bolaños, Entrevistador)

R4V. (Junio de 2020). *R4V*. Obtenido de Plataforma de Coordinación para Refugiados y Migrantes de Venezuela: <https://r4v.info/es/situations/platform>

Relato 01, A. C. (10 de Septiembre de 2019). Entrevista. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Relato 02, A. C. (10 de Septiembre de 2019). Entrevista. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Relato 03, S. d. (10 de Septiembre de 2019). Entrevista. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Relato 06, B. C. (11 de Octubre de 2019). Entrevista. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Relato 07, B. A. (11 de Octubre de 2019). Entrevista. (A. B. Vargas, Entrevistador)

Relato 13, C. V. (13 de Octubre de 2019). Entrevista. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Relato 15, C. V. (13 de Octubre de 2019). Entrevista. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Relato 19, C. C. (13 de Octubre de 2019). Entrevista. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Relato 20, C. V. (14 de Octubre de 2019). Entrevista. (A. B. Vargas, Entrevistador)

Relato 21, C. N. (15 de Octubre de 2019). Entrevista. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Relato 23, R. L. (23 de Octubre de 2019). Entrevista. (A. B. Vargas, Entrevistador)

Relato 24, C. N. (14 de Octubre de 2019). Entrevista. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Relato 25, C. N. (14 de Octubre de 2019). Entrevista. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Relato 29, M. L. (8 de Octubre de 2019). Entrevista. (A. B. Vargas, Entrevistador)

Relato 30, Q. E. (Septiembre de 17 de 2019). Grupo Focal. (A. B. Vargas, Entrevistador)

Relato 33, R. L. (7 de Octubre de 2019). Entrevista. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Relato 35, R. L. (7 de Octubre de 2019). Entrevista. (A. B. Vargas, Entrevistador)

Relato 36, R. L. (7 de Octubre de 2019). Entrevista. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Relato 38, Q. E. (16 de Septiembre de 2019). Grupo Focal. (A. B. Vargas, Entrevistador)

Relato 39, Q. E. (17 de Septiembre de 2019). Grupo Focal. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Relato 42, Q. E. (16 de Septiembre de 2019). Grupo Focal. (A. B. Vargas, Entrevistador)

Relato 47, Q. E. (17 septiembre de Septiembre de 2019). Entrevista. (A. Bolaños, Entrevistador)

Relato 51, Q. E. (17 de Septiembre de 2019). Grupo Focal. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Relato 55, C. d. (Agosto de 2019). Entrevista. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Relato 58, S. D. (23 de Agosto de 2019). Entrevista. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Relato 59, S. D. (Agosto de 2019). Entrevista. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Relato 63, L. P. (23 de Octubre de 2019). Entrevista. (A. B. Vargas, Entrevistador)

Relato 64, L. P. (22 de Octubre de 2019). Entrevista. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Relato 66, t. E.-P. (24 de Octubre de 2019). Entrevista. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Relato 68, T. P. (25 de Octubre de 2019). Entrevista. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Relato 70, B. A. (1 de Octubre de 2019). Entrevista. (A. Bolaños-Vargas, Entrevistador)

Relato 74, S. d. (Noviembre de 2019). Entrevista. (CB, Entrevistador)

Reporte Operacional, E. 2. (Agosto de 2019). *R4V Respuesta a los Venezolanos*. Obtenido de R4V: <https://r4v.info/es/documents/download/72443>

Sequeiros, J. (22 de Octubre de 2019). *Cusco*. Obtenido de Diario Correo Perú: <https://diariocorreo.pe/edicion/cusco/tras-asamblea-acuerdan-expulsar-todos-los-venezolanos-de-distrito-de-cusco-video-918260/>

